

CONTACTO

Lass Small

Capítulo 1

LA solitaria Ann Forbes vivía en una casa en la sección de Broad Ripple en Indianápolis. Era artista y había adaptado el interior de la casa para acomodarla a sus necesidades. Aquel particular día de junio, Ann y su hermana estaban sentadas en el salón-comedor que Ann transformó en su estudio.

Sentada ante su tablero de dibujo, Ann protestó:

— ¡No quiero ir!

Su voz era inusualmente estridente. Incluso levantó la vista de su dibujo para mirar a su rubia hermana, quien estaba de pie en medio de la abarrotada habitación.

— Tienes que ir — dijo Mary, con tan absoluta seguridad, que sus puños estaban apretados —. No puedo encontrar a nadie. Me lo debes. Si no fuera por mí, tú no estarías aquí. Mamá y papá me tuvieron para no ser una pareja sin niños y...

— Lo sé, lo sé. Y me tuvieron a mí para que no fueras hija única.

— ¿Ves? ¡Fue por mí! Estás aquí gracias a mí. Así que tienes que ir. Preferiría llevar a Fiona pero no puede ir, y no quiero ir sola, así que tienes que venir conmigo.

Nuevamente, Ann insistió en su negativa:

— No hay nada más aburrido en el mundo que las fiestas de empresas.

— Son el enclave principal para mujeres a la busca de hombres poderosos — declaró Mary —. Tienes que venir conmigo porque esta es especial. Además de los invitados usuales, tenemos cinco peces gordos que van a venir a instalarse en Indianápolis. Al menos tres de ellos estarán casados, pero, por su edad y situación, dos deben estar divorciados, y yo podré atraer a uno.

Ann miró a Mary y cerró el ojo izquierdo. Tenía una lentilla nueva en aquel ojo. Era tan inusual ver tan claramente, que la fascinaba. Distraída, le preguntó a su hermana:

— ¿Es dinero todo lo que quieres de la vida?

Mary hizo un gesto amplio con los brazos.

— Posición. Poder. Y dinero a carretadas.

— No me parece que valga la pena en absoluto — dijo Ann con seguridad.

— Harry fue un desastre — dijo Mary, mirando con cuidado a su hermana.

Sabía que el ex marido de Ann había dejado cicatrices. Harry Warsaw tenía en aquel momento cuarenta años y era el propietario de una importante empresa manufacturera, con sede en Indianápolis.

— Tenía dinero y apariencia. Parecía tenerlo todo — dijo Ann, y siguió dibujando.

— Engañaba a todo el mundo. Y sigue haciéndolo. Es la famosa excepción que confirma la regla. Los auténticos hombres de poder son superiores. Son más inteligentes, saben cómo delegar autoridad y son eficientes. Cuando juegan, usan la misma gama de talentos y compromisos.

En tono suavemente zumbón, Ann dijo:

— Has estado leyendo el *Fortune* otra vez.

— Tan sólo el nombre me fascina — dijo Mary, mirando a su alrededor —; este lugar está hecho un desastre.

— Cierra los ojos.

— Hay veces, Ann, en que no estoy segura de que nuestros padres te tuvieran realmente. Mira lo diferentes que somos. Noche y día, morena y rubia; ojos negros y ojos azules. Simplemente no compaginamos. Estoy segura de que te encontraron a la puerta de casa debajo de un arbusto.

Intercambiaron una sonrisa, porque aquella era una antigua especulación en su familia, que hasta sus padres compartían.

— Di que vendrás conmigo el viernes — la apremió Mary.

— A ver, ¿qué has hecho tú por mí últimamente?

— Aún me debes que te sacara de aquella decadente comuna hippie de Texas... — hizo una pausa para mayor efecto — ... en agosto.

— Aprendí a ser fuerte a través de ellos. Aprendí supervivencia. Aprendí mucho allí.

— Sí, seguro que sí.

— Lo único en que piensas es en el dinero y el sexo.

Mary alzó las manos y las cejas.

— Dime qué hay más importante.

— La libertad — Ann estaba muy convencida.

— Eso es lo que representa el dinero.

— Si insistes en perseguir la estupidez, supongo que debería vigilar tus pasos. Así que... iré.

No podía haber sonado más renuente. Mary tuvo que contener un grito de júbilo para no estropearlo todo.

— Estupendo. Sabía que cederías — luego añadió para disimular —. No te pongas nada demasiado raro o llamativo. ¡Y deja de probar esa condenada lentilla! Tienes una pinta rarísima con un ojo cerrado todo el tiempo. Recuerda, la fiesta es el viernes a las seis en la sala de reuniones. ¿Sabes cómo llegar?

— Probablemente.

— ¿Probablemente? Eso se llama seguridad — y, tras fingir mirarla con furia, se lo explicó al detalle otra vez.

— Parece bastante sencillo.

Después de todas sus maquinaciones para conseguir que fuera, Mary estuvo a punto de estropearlo.

— Necesitas una niñera. No me extraña que Harry te engañara para casarte con él — se detuvo en seco —. Eso es una tontería. Ya lo sabes. Harry engaña a todo el mundo.

— Hay veces en que creo que podría llegar a tenerte mucho cariño.

Mary sonrió irónica.

— Yo también. Recuerda. No te pongas nada estúpido. Y cuidado con los colores. Sé discreta.

— Ojalá tuviéramos otra hermana. Alguien con quien compartir la presión, para que no fuera yo sola.

— Un día de estos conseguiré convertirme en algo digno.

— Te deseo que te cases y tengas siete hijos en cinco años.

— La venganza es de mal gusto. No faltes. A las seis el viernes. En la sala de reuniones.

— Realmente no me apetece ir — intentó retirarse Ann en el último momento. Sintiendo que su complot se resquebrajaba, Mary alzó los brazos.

— ¡Si te quedara otra alternativa, no haría falta que fueras!

— Eso debería hacer que me tuvieras mucho aprecio.

— Te lo tengo... pero con mucha precaución.

Una vez Mary se hubo ido, Ann escribió tres carteles con la cita y se puso uno en la nevera, otro en el espejo del cuarto de baño y otro en la parte interior de la puerta de entrada.

Así que el viernes Ann se puso un vestido que le pareció discreto después de probarse otros tres. Era de seda color crema y se ajustaba de forma deliciosa a su cuerpo. Se arregló el pelo en un gran moño suelto en la nuca y se puso un poco más de maquillaje que de ordinario.

Tras echar una ojeada a su sucio coche, decidió tomar un taxi y, al cabo de un largo rato, estaba en el vestíbulo con decoración modernista del edificio donde Mary trabajaba como contadora para una firma internacional.

Ann subió en el ascensor al piso catorceavo. Las puertas se abrieron y se encontró frente a Mary, quien exclamó, aliviada:

— ¡Vaya! ¡Creía que no llegarías nunca!

— Tuve que tomar un taxi. En hora pico. Lo siento.

— ¿Qué le pasó a tu coche? ¿Tenías que ponerte tan guapa? Bueno, ya es demasiado tarde. Vamos adentro.

— Yo también me alegro de verte.

Con un gesto de la cabeza, Mary la regañó:

— Cuando te dije que te pusieras elegante, quería decir razonablemente, no tan bien. Quédate en una esquina y no digas nada. No quiero competencia de aficionados.

— ¿Me dejas comer, al menos? — inquirió Ann.

— La gente nunca come en los cócteles.
— ¿Por qué estás aquí afuera?
— No conocía a nadie con quien me apeteciera entrar. Me siento insegura.
Ann se rió de regocijo mientras Mary la tomaba del brazo y tiraba de ella por el largo pasillo.
— Deja de reír. Te hace parecer muy animada y atractiva. Pon cara seria.
— ¿Así?
— Es repugnante. Ahora parece como si supieras una broma deliciosa. ¿Por qué no puedes ser simplemente vacía y poco interesante?
— Me encontraron debajo de un arbusto.
— Eso conduce a todo tipo de especulaciones sobre quiénes fueron realmente tus padres.
— Gitanos. Me di cuenta de ello hace mucho tiempo.
— Naturalmente. Eso explica tu fascinación por la comuna. Ya estamos.
Mantente callada. Escóndete en una esquina y hazte la muerta.
— ¿Ahora mismo?
— Bueno, puedes decirle "hola" al señor Byford. Es el director, por si se te ha olvidado. Pero no seas demasiado simpática. Toma muy en serio la "simpatía". Un frío gesto de la cabeza es lo mejor.
— Y la comida — insistió Ann —. Apuesto a que ha sido Sharon quien se encargó de los canapés y ya sabes lo deliciosos que son.
— ¡Pues entonces come! Dios mío, ¿por qué no pesarás doscientos kilos?
— Es mi herencia gitana. Me viene de siglos de huir para evitar persecuciones.
— Oh, cállate. Y deja a los hombres en paz.
— Cuidado.
— Ah, señor Byford. ¿Se acuerda de mi hermana, Ann?
— ¡Hombre, hooooo! — dijo el cincuentón con sonrisa ansiosa.
Ann alzó la nariz y dijo en tono frío:
— Señor Byford — y pasó de largo sin la menor vacilación, dirigiéndose directo a la mesa de los canapés.
Tomó una selección de los que le parecieron más deliciosos, los colocó en un plato y se encaminó hasta la esquina más alejada de la sala.
Su hermana era como un rubio torbellino de luz que titilaba de vitalidad y encanto. Mientras Mary reía y chispeaba, Ann sonrió un poco y dio otro mordisco a su canapé. Se pasó discretamente la lengua por los labios y entrecerró los ojos mientras consideraba con atención los sutiles sabores.
Después de haberse terminado varios, miró con indolencia a su alrededor, poniendo a descansar su paladar. Cerró el ojo derecho y escrutó el panorama, fascinada por aquella notable lentilla izquierda.
Observó que había más hombres que mujeres. Aquel era un mundo de hombres, y los hombres exudaban poder. Su mirada iba recorriendo despacio los diversos grupos en la sala. Había varios hombres pugnando por las atenciones de su hermana; Mary los estaba manejando a todos con soltura. La mayoría de ellos

estaban allí con un propósito... ser vistos o hacer contactos. El espectáculo resultaba impresionante.

Varias miradas interesadas se dirigieron a Ann, pero ella apartaba la vista con indiferencia, sin animar a ninguno. Finalmente, volvió a centrar su atención en el plato que sostenía en la mano.

Mientras probaba otro canapé exquisito, su mirada fue a parar sobre una figura que resaltaba sobre las demás en la abarrotada sala. Tendría treinta y pico años y su pose era de absoluta seguridad, con los pies separados, la chaqueta abierta, una mano en un bolsillo y la otra ocupada con una bebida. Formaba un contraste interesante con las demás figuras.

Cerrando el ojo derecho, Ann lo estudió a través de la lentilla. Merecía la pena, porque era un hermoso ejemplar de hombre. Como artista que era, fue deslizando su ojo izquierdo por su espléndido cuerpo hacia arriba con deleite. De lo más hombre. Sus pantalones no podían ocultar el hecho. Su cintura mostraba que no le sobraba ni una pizca de grasa, sus hombros no eran artificiales y su cuello era de atleta. ¿Jugador de fútbol? Su oscura cabeza estaba alzada... y sus ojos azules miraban directo a los suyos.

Ann abrió el ojo derecho y se lo quedó mirando y él, muy lentamente, cerró el izquierdo en un guiño deliberado.

Ella apartó la mirada, y luego volvió a dirigirla a él. Estaba flirteando. Alguien se aproximó a él, alguien a quien hizo muy poco caso.

Ella se dio la vuelta y apoyó el hombro en la pared, procurando que su actitud de desinterés quedara muy clara. Bajó la mirada al plato y vio que sólo quedaba un diminuto canapé. Se lo terminó y fue otra vez a la mesa a buscar más.

Tras haber dado la vuelta a la mesa, escogiendo pequeñas maravillas, se dio cuenta de que el hombre se dirigía hacia ella. La miró a los ojos y sonrió. Su intención era clara: se proponía hablar con ella. Para evitarlo, ella se deslizó entre varios cuerpos, se acercó a la puerta de servicio y le dijo a la ajetreada Sharon:

— Si alguna vez volviera a casarme, tú te encargarías del banquete. Aún no puedo permitirme el lujo de contratarte para mis inauguraciones.

— Cuando yo pueda permitirme el lujo de un cuadro tuyo, quiero que pintes a mi hijo Greg.

— Di el día. Haremos un intercambio.

— ¿Lo harías... realmente?

— Admiro mucho tu talento.

Entonces, Ann se dio cuenta al instante de que él estaba allí. Era como si una fuerza poderosa se hubiera internado en su espacio. No quiso volverse, pero vio cómo Sharon alzaba la mirada hacia él y sonreía, encandilada.

— ¿Es usted quien se encarga de los canapés? Ha conseguido una mesa maravillosa.

Sharon sonrió azorada y dijo con voz ahogada:

— Gracias.

¿Sharon azorada? Ann no se volvía aún hacia él.

Siguió hablando con Sharon, pero el corazón le latía más rápido, y experimentó un estremecimiento. Se sentía en peligro.

No podía ser para tanto. Todo aquello era una tontería. Finalmente, se volvió hacia él y alzó la mirada. Él sonrió. Santo Dios. Era exactamente como había temido.

¿Dónde estaba Mary? Ann se preguntó por qué había ido. Miró más allá de él y vio el resplandor de luz que era su hermana. Le guiñó un ojo para que fuera a salvarla.

— Soy Clint Burrows — manifestó él.

Ann asintió con la cabeza, aceptando aquello, pero su respiración era entrecortada.

— ¿Puedo darle una tarjeta? — preguntó Sharon — . Me encargo de la comida para cualquier tipo de reunión en cualquier momento.

— Por favor — dijo él afable — . Nuestra gente ya la conoce, pero déme varias para pasarlas.

Sharon consiguió manejarse con soltura. No le dio un puñado de tarjetas, sólo unas pocas. Luego siguió con lo suyo, dejando a Ann Forbes allí sola en la sala abarrotada con Clint Burrows. Ella intentó llamar de nuevo la atención de Mary con el guiño.

El aventuró unas cuidadosas palabras.

— La he visto entrar con la rubia. ¿Son amigas?

— Hermanas.

— ¿Hermanas de sangre? — hablaba en el tono controlado de los hombres que sabiéndose peligrosos, procuran no asustar de primeras a una mujer — . No se parecen en nada.

— Suelen decir que yo fui una niña gitana abandonada bajo un arbusto.

— ¿Entonces baila? — él sonrió irónico.

— No.

— ¿Toca el violín?

— No.

— Da la casualidad de que yo sí toco el violín. Si yo tocara para usted, ¿bailaría para mí?

— Sólo en las esquinas. Y yo me quedo con las monedas — era una respuesta automática que usaba desde que tenía quince años. Sonó estremecedoramente adolescente.

— Trato hecho — dijo él y extendió la mano, pero ella se limitó a mirarlo. Era demasiado prudente como para tocarlo.

El era abogado y parte de su talento consistía en saber leer a la gente. Sin pensar, le dijo:

— Soy inofensivo — lo decía en serio, y se sorprendió a sí mismo.

Ella se limitó a mirarlo.

Mary se acercó a ellos en aquel extraño momento.

— Ann — dijo, burbujeante de risa y seguridad en sí misma — . Te presento a Dingus McGee. Por el apellido, se ve que es italiano — dijo en broma — . Esta es mi hermana, Ann Forbes. ¿Y...? — miró expectante al hombre que estaba con su hermana.

Ann no dijo nada, así que Clint repitió su nombre.

— Dios mío — exclamó Dingus — . ¿Clint Burrows? ¡No sabía que hubiera llegado aquí! Bienvenido a Indianápolis. Es un honor tenerlo aquí. ¡Yo creía que medía usted veinte metros!

— No. He oído grandes cosas de usted — Clint sonrió.

— ¿De mí? — dijo Dingus, poniéndose la mano en el pecho — . ¿Ha oído hablar de mí?

— Sé que hizo usted un trabajo excepcional para los Parkinson.

— ¿Se enteró de aquello?

— Sí — comentó Clint, amable.

Dingus no era presuntuoso.

— Mire, fue todo cuestión de tiempo. Los Parkinson son unas personas encantadoras. Algo tenía que hacer.

— Encontró la solución. Fue un trabajo bien hecho.

— Gracias. El que me lo diga Clint Burrows significa mucho más de lo que puede imaginar.

— De nada — se volvió hacia Mary — . ¿Así que es usted la hermana de la gitana?

— ¿Le ha contado eso?

— Voy a tocar el violín, y ella va a bailar.

— ¿En serio? — asombrada y alerta, Mary miró a su hermana — . Eso no me lo pierdo.

Clint se mostró de acuerdo.

— Usted puede pasar el sombrero. Ella quiere quedarse con todas las monedas que le echen.

— Yo sé tocar el arpa — dijo Dingus, dejándose llevar por la repentina locura.

Clint consultó con Ann.

— ¿Puede funcionar el arpa con el violín?

— Sí.

Estaba seria, sus ojos estaban serios, y parecía estar mirando a lo largo de un pasillo que nadie más veía.

— ¿Cuándo?

Mary preguntó.

— ¿Ahora?

— ¿Aquí en Indianápolis? — inquirió Dingus, súbitamente cauteloso.

— Indianápolis es bastante cosmopolita — le aseguró Mary — . No tiene nada que envidiarle a Londres o París.

— No hay violín — dijo Ann fría, alzando la barbilla.

— Bart Byford tiene por casualidad uno en su despacho. Lo toca como hobby. Se lo pediré prestado.

Con sensación de alivio, Dingus se apresuró a descartarse:

— Mi arpa está en casa.

Clint sonrió.

— Puedes dar palmas.

Mary se echó a reír, asombrada y maravillada.

— ¡Hecho! Vamos.

Clint enarcó las cejas mirando, regocijado, a Dingus.

— ¿Te apuntas?

— ¡Hasta la muerte! — exclamó él, lanzándose a la aventura.

Clint miró a Ann.

— ¿Y tú?

— Naturalmente — respondió.

De inmediato se dio cuenta de que cometió una imprudencia. Aquel no era un hombre ordinario. Si se acercaba demasiado a él, el resultado podía ser desastroso. Pero no pudo encontrar la forma de salir del embrollo.

— ¡No puedo creerlo! — exclamó Mary — ¡Qué divertido! ¡Vamos a buscar el violín! ¡Ann, eres humana!

Entonces Clint la tocó. Tomó su brazo y susurró:

— ¿Humana? Yo pensaba que eras un sueño. ¿Eres real?

— Decepcionantemente real.

— No creo.

— Estás condenado a la desilusión.

— Estoy condenado en cualquier caso.

Se miraron muy serios y se dieron cuenta de lo que ocurría. Era un encuentro de los que se dan solamente una vez en la vida.

Cuando Bart se acercó al grupo, oyeron a Mary preguntar:

— Señor Byford, ¿podría prestarle el violín a Clint?

— Le aseguro que lo trataré con cuidado — dijo Clint, rompiendo el hechizo.

Preguntó Bart cauteloso.

— ¿Va a tocarlo aquí?

— No, vamos a una esquina de la calle.

La noticia se extendió como un incendio por toda la sala. Los murmullos excitados se alzaron por doquier. Cuando se supo que Clint Burrows estaba detrás de ello, los invitados comenzaron a arremolinarse, dispuestos a no perderse el acontecimiento.

Al cabo de unos momentos, los invitados salían del edificio en dirección al cercano centro de Indianápolis, abarrotado a aquella hora de la noche.

Ann estaba demasiado tranquila. Era como si eso tuviera que suceder y ella no pudiera hacer nada por evitarlo.

Iba caminando junto a Clint, porque él la tenía tomada del brazo. En la otra mano, sostenía el violín. Caminaba con el paso calmado de un hombre que sabía dónde estaba y quién estaba a su alrededor. Dingus y Mary los seguían.

Se detuvieron junto a una pequeña iglesia situada cerca del Columbia Club, y Dingus se dispuso a sostener la funda del violín, justo en el momento en que apareció el señor Byford.

— Yo sostendré la funda — se ofreció.

Era un extraño acontecimiento... en el que Bart Byford nunca habría participado. Pero cualquier cosa que Clint hiciera, cambiaba las circunstancias.

Clint afinó el violín, con la mirada fija en Ann. Mientras tanto, Dingus buscaba un sombrero entre los invitados. Finalmente, se lo pidió prestado a un curioso.

Con gestos llenos de gracia, Ann se quitó los zapatos y se los tendió a Mary. Se soltó el pelo negro, que cayó en cascada en torno a sus hombros, y se ató el chal alrededor de las caderas, de forma que el borde rozaba el suelo. Luego hizo una reverencia y le indicó con un gesto a Clint que estaba dispuesta a comenzar.

Mirando a su reservada hermana, Mary dijo:

— Nunca lo creería si no estuviera aquí.

Dingus se rió con nerviosismo. Pertenece a una familia realmente formal.

Ann replicó seriamente:

— Es mi destino — y sus ojos estaban fijos en los de Clint.

Mary frunció el ceño, cada vez más asombrada.

Clint le dio el instrumento a Bart y se quitó la corbata y la americana. Se las dio a Dingus y luego se arremangó.

A continuación tomó el violín, se lo puso bajo la barbilla y tocó las cuerdas con el arco. Las primeras notas comenzaron a fluir.

Ann alzó los brazos por encima de la cabeza, juntó las muñecas e irguió el cuerpo. La gente que pasaba se detenía a mirar, asombrada. Un extraño silencio se extendió por la zona mientras la misteriosa música del violín comenzaba a sonar con estremecedora claridad.

La música vibraba con una cualidad primitiva que resultaba irresistible. Clint estableció el ritmo y luego hizo un gesto a Ann, quien comenzó lentamente. Era evidente que tenía nociones de baile. Estaba atrapada por la música y se movía con perfecta adaptación. Sus giros e inclinaciones eran gráciles, encantadores y emocionantes. La música y sus movimientos parecían arrancar anhelos paganos. Ella sabía que estaba bailando para él.

A medida que su cuerpo se acostumbraba al quejumbroso lamento de amor no correspondido en que se había convertido la música, Ann se movía más libre, y la gente retrocedió para dejarle más espacio. Su magia creó un oasis en el centro urbano congestionado por el tráfico en aquella ruidosa noche de viernes veraniego.

Una vez completada su danza, Ann volvió a su postura original. Parpadeó al darse cuenta de dónde estaba, y su mirada cayó sobre Clint, que aún desgarraba las últimas notas como un susurro de adiós.

Súbitamente estallaron los ruidosos comentarios, los amistosos vítores y algunos aplausos. Dingus pasó el sombrero prestado. Un policía se acercó a preguntar qué pasaba. Dingus le dio el dinero recogido para el Orfanato de la Policía y un billete de dólar a quien prestó el sombrero.

Clint volvió a ponerse la americana y sonrió mientras le solicitaba alegremente otra pieza. Pero Ann le susurró a Mary:

— Tengo que irme.

Sin más preguntas, Mary se despidió con un gesto de Dingus, ignoró el grito de Clint, y ambas desaparecieron entre la multitud.

Capítulo 2

MARY salió con el coche del estacionamiento reservado de la empresa y se internó por la autopista Meridian hacia el norte. Sintiendo como si estuvieran huyendo, le preguntó a Ann:

— ¿Qué ha ocurrido?

— No lo sé. Supongo... — Ann rió débil —, supongo que es mi sangre gitana que me avisa del peligro.

— Clint Burrows es el Getty del mundo legal — apuntó Mary sin reír.

— No me extraña.

— Y está muy interesado en ti. ¿Por qué se me ocurrió llevarte? — dijo burlona —. Tenía que haber resistido tus súplicas de que te llevara a la fiesta.

Ann permaneció en silencio.

— ¿Es en serio? ¿Realmente tienes malas vibraciones? — le preguntó Mary.

— Tengo una fuerte sensación de caos.

— Bien — dijo Mary, sin saber qué añadir.

Al cabo de un momento, llegaban a su casa. Tras detenerse en la entrada de coches, Mary paró el motor y se volvió hacia su hermana.

— Piénsalo bien. No hagas nada que pueda oponerte de forma permanente a Clint. Tal vez sean los canapés de Sharon los que te han alterado las sensaciones. El ajo puede ser peligroso.

— He visto un largo pasillo.

— Bien... — Mary hizo una pausa —. Sea lo que sea, este encuentro entre ustedes es importante. Vuelve a mirar por ese pasillo.

— Dingus estaría bien para ti.

— Es un buen abogado, pero no es mi tipo. No tiene suficiente ambición. Es un poco envarado y formal. Pero alguien podría enseñarle algo antes que fuera demasiado tarde. No podía creer que hubiera venido con nosotros esta noche. De hecho, no podía creer que tú estuvieras allí.

— No tenía más remedio.

- Venga, no te pongas misteriosa, que me dan escalofríos.
- Puedo poner fin a este proceso con Clint. No tengo por qué seguir. Puedo pasar de largo.
- ¿Estás segura de que es lo que quieres? ¿Cómo puedes saber que tienes razón?
- Ella sacudió la cabeza.
- Harry ya me puso suficiente trastorno emocional para toda la vida.
- Realmente nunca me lo has contado. Sólo... lo dejaste. Y de forma muy extraña. Tuvo que ser horrible para que te fueras de esa manera.
- Gracias por no protestar cuando te pedí que nos fuéramos esta noche. Sé que a ti te apetecía quedarte.
- Puedes contar conmigo siempre.
- Ah, Mary. Eres muy especial.
- Lo sé. Me debes el estar aquí.
- Ven dentro de un día o dos. Estoy pintando algo emocionante que quiero que veas.
- Hay veces en que envidio tu sensibilidad – dijo Mary, contemplándola –. Yo veo superficies. Oigo palabras y sonidos. Degusto la comida, huelo aromas, y siento emociones ordinarias. Tú vas tan lejos, que me inquietas. Pero me pregunto si no será una bendición ser tan ordinaria como soy.
- Eres extraordinaria.
- Me encanta que no seas objetiva.
- Ann se detuvo cuando salía del coche y le dijo:
- Estoy trabajando en algo profundo. Ven dentro de un par de días a contemplar mi alma.

Él fue a su casa. Ann estaba acostada en su pequeña cama, contemplando la luz de la luna. Supo que estaba allí antes de oír su suave llamada, y no se movió. Oyó el segundo golpecito. Parecía apropiado que no usara el timbre. Percibió sus movimientos silenciosos a través del porche hasta la entrada de coches para abrir la puerta. Dio la vuelta a la casa.

Ella permaneció acostada, escuchando sus leves ruidos. Era como si un gran y curioso animal estuviera estudiando la casa. No la llamó. Sólo estaba allí. Oyó el susurro de la hierba cuando pasó frente a la ventana, y lo oyó cuando se detuvo. Sabía dónde estaba ella. Se detuvo debajo de la ventana. Eran conscientes el uno del otro. Permaneció allí mucho tiempo. Luego se fue, sin hacer ruido. Pero de pronto, ella sintió que su cuerpo se relajaba y se echó a llorar, sabiendo que, aunque se hubiera marchado por el momento, el compromiso entre ellos había comenzado.

Hacia la mañana, soñó otra vez con el pasillo y volvió a ver caos y trastorno al fondo. Tenía miedo. Finalmente se despertó y frunció el ceño, mirando a la débil luz del amanecer. Era una mujer solitaria que rara vez salía a buscar a sus amigos. Mary satisfacía su escasa necesidad de contacto exterior.

Sus padres decían que era como una extraña tía de su padre.

La palabra "extraña" siempre estaba relacionada con esa tía. Su nombre fue Annette. Huyó con su amante a algún lejano país que Ann había olvidado. Murieron durante una revuelta antes que Ann naciera. El tenía una foto suya. Cuando se sentía trastornada, siempre recurría a la foto de Annette, deseando haber podido hablar con ella. Se sentía muy sola.

Clint acudió antes que su hermana. Llegó a las diez de la mañana. Llamó a la puerta y ella supo quién era. Fue a abrir y se lo quedó mirando seria, ataviada con su bata manchada de pintura. Llevaba el pelo sujeto en un moño severo, y no sonreía.

— Eres huidiza — le dijo él.

-No.

— ¿Puedo entrar?

— Estoy trabajando.

— He oído que eres pintora. Me gustaría ver tu obra.

— ¿Vas a comprar?

El vio una nota de humor en sus ojos.

— Tal vez — sonrió un poco.

— Entonces te dejaré pasar.

Abrió la puerta y lo dejó pasar al interior de su santuario.

La sala estaba bloqueada a la vista por un precioso biombo chino muy alto, que atrajo la atención de Clint de inmediato. Sus ojos disfrutaron de sus intrincados arabescos y luego dio la vuelta para ver la habitación. No estaba limpia. El gastado suelo estaba desnudo y manchado de pintura en varios sitios. Las paredes estaban cubiertas de cuadros, bocetos, acuarelas, dibujos. Y todo resultaba notablemente coherente a pesar de la falta de planificación. Se quedó contemplando el asombroso espectáculo de sus obras.

— Dios mío — dijo en voz baja.

— La mayoría dice eso en tono diferente — comentó ella, sonriendo.

El siguió asimilando, maravillado, lo que lo rodeaba. Los escasos muebles estaban sepultados bajo la parafernalia artística. Había varias mesas sobre las que se amontonaban papeles y las estanterías se combaban bajo el peso que sostenían.

Tenía innumerables bandejas llenas de tubos de pintura, viejos y nuevos. De cara a las grandes ventanas que daban al norte, se alzaban varios caballetes con cuadros en diversos estados de realización.

Ann cubrió con una tela aquel sobre el que estaba trabajando para ocultarlo a su vista.

— ¿No vendes ninguno? — le preguntó él, viendo la gran acumulación de cuadros.

— Estoy preparando una exposición.

— Tienes talento.

— Es una bendición.

— Sí — se volvió hacia ella — . ¿Por qué saliste huyendo?

— Ya lo sabes.

— Eres aprensiva por algún motivo, pero, ¿por qué huiste de mí?

— Veo trastornos para los dos.

El sonrió y le rozó la mejilla con un dedo.

— No tengas miedo. Nada se consigue sin cierto grado de perturbación.

— En mi vida ya he tenido demasiada.

— Ahora estaré yo contigo. Te allanaré todas las dificultades.

Ella se lo quedó mirando con sus ojos claros y perceptivos.

— No puedes estar conmigo. No siempre

— Pero si me necesitas, acudiré a ti.

— ¿Cómo lo sabes?

— No lo sé. Nunca me sucedió nada remotamente parecido a esto. Ayer noche me planté frente a tu ventana, sabiendo con precisión dónde estabas acostada y que estabas despierta y atenta a mi presencia. ¿Cómo puede ser? — su voz era grave, y sus ojos azules tenían una expresión intensa: había aceptado el compromiso — . No te cierres a mí.

— Tengo miedo.

— ¿De mí?

— De lo que va a suceder. Podría destrozarme.

— No te ocurrirá ningún mal.

— ¿Cómo puedes estar tan seguro? — la angustia ensombrecía su rostro.

— Yo no permitiría que nada malo te ocurriera.

— Podría estar fuera de tu alcance.

— No — dijo él, sin el menor titubeo.

— Todo esto es muy extraño.

— Soy un nuevo creyente en el destino. Te vi y me guiñaste el ojo. Una mujer encantadora, elegante, sofisticada...

— Tengo una nueva lentilla que es de lo más notable. Siempre he sido muy corta de vista de ese ojo y es asombroso ver claramente por fin. Cierro el ojo derecho para ver a través de la lentilla. Yo nunca le guiñaría el ojo a nadie.

— ¿El destino convocado por la comprobación de una lentilla? — dijo él riéndose, mientras sus ojos brillaban de regocijo — . Bueno, cosas más raras han ocurrido.

— Eres magnífico. Me gustaría pintarte.

En tono regocijado y sin la menor nota de lascivia, él inquirió:

— ¿Desnudo, en la cama, saciado?

— ¿Es eso, entonces? ¿Deseo sexual?

— Es más que eso. Tú lo sabes también.

— Nunca volveré a casarme.

— ¿Quién era el hombre?

— Harry Warsaw.

— ¿El? No está muerto.

— No.

— Entonces está loco por haberte dejado marchar — frunció el ceño un poco — . Nunca he oído decir que estuviera mal de la cabeza. Y, en su negocio, ese tipo de cosas acaban sabiéndose — la atravesó con su mirada azul — . ¿Lo está?

Ella se dio la vuelta y no replicó.

— Entonces — su tono de voz demostraba que la creía inocente de lo que hubiera podido pasar — . ¿Lo sabré alguna vez? Necesito saberlo, si tengo que hacerte cambiar de idea respecto a los hombres.

— No siento recelo por los hombres... sólo de perder mi libertad.

— Esto es cada vez más curioso.

— No. Es sólo precaución. Y resolución. Debo ser libre.

— Yo tengo una mano muy ligera — le prometió él con los ojos serios.

— Pero una mano, de todas formas.

— Una mano puede ayudar... proteger... defender.

Ella se volvió hacia él con una leve sonrisa. Pero sus ojos mostraban recelo.

— No sé cómo comportarme — dijo él — . Este es un galanteo muy inusual.

Hemos avanzado meses desde ayer noche, cuando estuviste probando tu lentilla. Yo ya me había fijado en ti. No estabas allí para conocer gente y hacer amistades.

— Fui por la comida.

— En toda mi vida, no vi nada tan erótico como tú probando aquellos canapés.

Me dieron ganas de probarte a ti de la misma forma.

— Creo que eres peligroso.

— No.

— Me dijiste que eras inofensivo.

— Lo soy. En los negocios es diferente, pero esto es aparte.

— Te das mucha prisa en tranquilizarme, pero, ¿estás realmente aparte? ¿O lo haces sólo para llevarme a la cama?

— Bueno... pensé en eso. Sí, realmente lo llegué a pensar.

— ¿Cuando estabas delante de mi ventana?

El se puso serio.

— Entonces no, aunque parezca extraño. Entonces fue como una...
comunicación muy intensa. ¿Lo sentiste?

— Sí.

Clint se acercó a Ann y le puso una mano en la mejilla. Con suavidad, le preguntó:

— ¿Qué es esto? ¿Qué está ocurriendo? Tú lo notas también...

Ella sólo asintió.

— ¿Qué quieres que haga? —le preguntó él.

— Es demasiado tarde — Ann sonrió con tristeza.

— Lo supe anoche.

— Creí que podía escapar de cualquier relación contigo.

— No. Yo tampoco puedo. Necesito besarte — su voz era ronca.

— No creo que pueda resistir un beso.

— Lo intentaré primero con uno muy pequeño.

Ella abrió mucho los ojos al tomar conciencia de aquella última palabra. Sería el primero de muchos, pero sería pequeño.

El inclinó su cabeza hacia la de ella, contemplándola, con la respiración irregular y los músculos tensos. Y su boca rozó sus labios. Fue algo devastador.

Ella se echó a llorar, aferrada a él. Y luego dijo:

— Hacía mucho tiempo.

¿Por qué dijo aquello?

— ¿Qué? — él titubeó un segundo.

— No lo sé.

Sus ojos se encontraron. El sonrió, y su sonrisa era tierna.

— ¿Sueles hacer algo tan mundano como comer comida normal? Soy humano.
Necesito comida — inquirió Clint.

— ¿Ahora mismo?

— Lo antes posible.

— Ven a la cocina. Te daré de comer.

Lo condujo hasta la inmaculada cocina. Puso la cafetera al fuego y luego comenzó a prepararle una tortilla. Le dio unos bollitos deliciosos, tiernos, perfectamente rellenos.

— ¿Dónde los compraste?

— Los he hecho yo.

— Eres una artista.

— Me gusta la comida.

Al cabo de un rato, la cocina estaba llena de cacharros sucios.

— Te ayudaré a fregar — dijo él.

— No. Mable viene a ayudar. Le pago bien. A mí no me gusta limpiar.

— ¿Puedo ver tu habitación... donde estabas anoche?

— Ahora no.

— Por ti puedo esperar. Es sólo la habitación lo que quiero ver.

— Está sin arreglar también.

—Quiero ver dónde sueñas.

Ella comprendió que aquello era algo más que sólo ver su cama. De mala gana, lo condujo hasta su dormitorio.

—Es precioso. Me gustan los cuadros, especialmente aquel. Se veía un castillo y un caballero que acudía a rescatar a la dama prisionera.

—¿Eres tú?

—¿Cómo lo sabes?

—Y ese soy yo.

—¿Me rescatarías?

El pareció impaciente con aquella pregunta redundante.

—Sí.

—¿De qué?

—De... —la miró con los ojos entrecerrados—. De ti.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo he imaginado. Lo pintaste después del divorcio.

—Sí.

—¿Por qué no te liberó el divorcio?

—No lo sé.

—Yo te liberaré. Tienes que estar libre para mí.

—¿Dónde está tu casa? —le preguntó ella, tras un momento de silencio.

—En este momento, tengo un chalet renovado en la Lockerbee Glover Factory. He llegado recientemente de Chicago. Tengo familia allí. Un hermano, una cuñada, y sus dos hijos —se quedó mirando un cuadro abstracto—. Háblame de este cuadro.

—Si debo explicarlo, es que no he conseguido comunicar nada con él.

El lo miró más detenidamente y vio los inquietos colores.

—¿Tan desazonada estás?

—Ahora no. He logrado hacerme un lugar apacible en el que estoy segura y libre.

—¿Crees que soy un intruso? Yo pensaba que venía a rescatarte.

—Estoy protegida en mi castillo.

—Un castillo protegido puede ser un lugar muy aislado.

—De las perturbaciones —convino ella—. Del sufrimiento, de la desilusión.

—De la vida —le corrigió él.

—He intentado vivir y es horrible.

—Tú no eres de las que se rinden —se la quedó mirando.

—Sí. No puedo soportar las emociones de la contienda.

—¿Tiene que haber contienda?

—La hay.

—No entre nosotros —dijo él enfático.

—Incluso así.

—No podemos darnos la espalda.

—Lo sé —suspiró Ann.

—No sucederá nada. Confía en mí.
—Ya no me queda confianza.
—Me has dejado entrar en tu casa. Eso demuestra algo. Nos atendremos a eso hasta que te sientas segura y puedas abrir las compuertas —esperó, pero ella no dijo nada; miró al reloj de la mesilla y dijo—: debería irme. Tengo una cita.
¿Quieres que me quede?

Ella esperó un momento.

—Esta vez no.
—Dame un beso de despedida.
—La próxima vez.

El supo que no lo hacía por atormentarlo. Realmente no podría resistir otro beso. Hizo un esfuerzo por no tocarla.

Ann lo acompañó hasta la puerta. A pesar de su inquietud, era evidente que no le apetecía que se fuera. Pero era mejor así.

—Pasaré más tarde.

Ella alzó la mirada y entendió. Asintió y él se fue. Ann cerró la puerta y apoyó la cabeza contra la hoja, casi desesperada. Comenzaba. Lo que el destino les deparaba, ocurriría.

Ann regresó al estudio y apartó la tela que cubría el lienzo. Aquel cuadro era su alma. Se lo quedó mirando un largo rato. Estaba pintado en tonos sepia y en principio parecía abstracto. Se metió otra vez con él y se puso a rehacer la esquina inferior izquierda. ¿Estaba cambiando su alma?

Cuando Mary llegó aquella tarde con órdenes de sus padres para que Ann fuera a cenar el siguiente domingo a su casa, Ann le enseñó a su hermana el cuadro, Mary no fue muy sutil.

—Me da un poco de miedo. Ese brazo que se va haciendo pequeño de la esquina de abajo me inquieta.

—No se hace pequeño. Está haciendo acopio de fuerzas.

—Ah —Mary se lo quedó mirando ceñuda un rato, luego alzó la mirada hacia Ann—. ¿No es este el brazo del otro cuadro? ¿El héroe?

—Tal vez.

—¿Clint?

—Quizá

—¿Es eso lo que te da miedo?

—Sí.

- Podríamos ir a Inglaterra una temporada. Voy a tener unas semanas libres.
- No conseguiría más que demorarlo todo.
- ¿Tan mal está la cosa?
- No lo sé.
- ¿Vas a ver a Clint otra vez?
- No me queda más opción.
- ¡Oh, sí que te queda! —declaró Mary con vehemencia—. ¡Eres una mujer libre! ¡No tienes por qué hacer nada que no quieras! Excepto, claro está, ir a cenar a casa de los padres el domingo. Creo que mamá tiene un candidato para nosotras. He pensado que debía advertirte por si conocías a alguien cuyos hijos pudieran pasarte un caso rápido de sarampión o algo similar.
- Esta vez te toca a ti. Al último lo espanté yo.
- Yo llevo a Dingus. A mamá le dieron los temblores cuando le pedí que lo invitara. Les encantará. Eso debería servir para poner fin a esta locura por un tiempo.
- ¿Quieres ponerle fin?
- Ese hombre me intriga —reconoció Mary—. Creo que por lo envarado que es. Yo podría hacer que se soltara y animar su vida. Está demasiado volcado en el derecho. Necesita saber que hay otras cosas en la vida. Pero es un buen hombre. Trabaja duro.
- Ann se quedó en silencio.
- Mary se apresuró a tranquilizarla.
- No es que me esté poniendo seria ni nada por el estilo.
- Ann la miró con detenimiento y Mary se agitó, inquieta.
- Era ya una hora avanzada de la tarde cuando llamó Clint.
- Salgamos a cenar.
- He comprado gambas y filetes de ternera.
- ¡Podemos cenar en tu casa!
- Le he dado a Mac una de las gambas y le ha gustado.
- Se produjo una leve pausa.
- ¿Quién es Mac?
- El gato que me tiene esclava.
- Sólo durante un tiempo.
- Eso es lo que me da miedo.
- No hay motivo. Iré a tu casa. Llevaré vino. ¿Algo de postre?
- Elige tú — mismo.
- Si puedo elegir, te elijo a ti.
- Podría ser veneno.
- Moriría feliz.

Se había puesto una larga túnica de seda que abrazaba su cuerpo, y se sujetó el pelo en una larga trenza oscura. Mientras esperaba a Clint, Ann iba llenándose de tensión. Daba vueltas por la casa, mientras su gato la contemplaba. Cuando llegó Clint, parecía relajada y calmada. Clint y Mac intercambiaron una fría mirada y se despreciaron mutuamente.

Clint dejó el vino sobre la mesa y le ofreció a ella un ramo de gladiolos. Ann buscó un gran jarrón y sacó las flores a la mesa del patio. Era la primera vez que Clint lo veía a la luz del día y se quedó asombrado.

Lo había dejado crecer salvaje. Las hierbas crecían por todas partes, mezcladas con plantaciones de tipo jardín inglés. Tenía una fuente con peces de colores cubierta con un enrejado. Varios senderos de ladrillo discurrían entre los lechos de flores y los árboles extendían sus ramas por doquier, de forma que el jardín resultaba sombreado y encantador.

— ¿Se te fue el jardinero?

— Tengo el césped del jardín delantero podado como concesión a los vecinos. Pero este es mío. Antes que comprara la casa, estuvo vacía durante quince años. La compré por todos los arbolitos que crecieron aquí por su cuenta. ¡Mira qué variedad!

— Es una maravilla.

— Es para mí. Es como yo. Libre. Descuidado. Sin domesticar.

— Yo no quiero domesticarte — le aseguró Clint con suavidad.

— Yo no encajaría en tu mundo.

— Entonces cambiaré el mundo.

— Quizá lo hicieras — dijo ella, mientras colocaba los gladiolos en la mesa junto al estanque.

Los dos se quedaron mirando el jarrón: resultaba incongruente y formal en medio de aquel entorno descuidadamente hermoso.

Capítulo 3

EN los días que siguieron, Clint y Ann estuvieron dando figurativamente vueltas el uno en torno al otro, como harían dos criaturas desconocidas. Ella se sentía atraída por él, pero tenía recelos, mientras que él trataba de hacerla salir de sus trincheras.

Como cualquier otro hombre poderoso, Clint tenía poco tiempo libre. Viajaba mucho y trabajaba con frecuencia por las noches.

Acudía junto a Ann a las horas más extrañas del día y de la noche. Ella no volvió a ocultarse de él en silencio, como lo hizo aquella primera noche. Pero no estaba completamente abierta a él.

La hacía reír. Se tumbaba en la hamaca y le sugería que lo abanicase con plumas de pavo real durante los perezosos días de verano. Y ella, de hecho, llegó a depositar granos de uva en su boca abierta, haciendo que a Clint le chispearan los ojos y que sus manos anhelaran acariciarla.

Nunca estuvo en un lugar donde se sintiera más sereno... ni más frustrado. Soñaba con hacer el amor con ella en aquel jardín salvaje. Pero deseaba algo más que su cuerpo. La contemplaba y se preguntaba cuánto tendría que esperar.

Llevó su violín y tocaba para ella en los días lluviosos, mientras Ann pintaba. O alegraba con su música el pequeño paraíso bañado por el sol de su jardín trasero.

Gradualmente, a medida que pasaban los días, ella se acercaba más a Clint. Su mirada se posaba sobre él y empezó a hacerle bocetos. Clint le dejaba a ella todas las libertades, pero trataba de dominarse a sí mismo. Sus manos. Sus palabras. Sus modales.

Soñaba con ella, dormido y despierto. Su concentración se vio dañada en serio.

Era una exquisita tortura estar con ella, oír su voz. Aquella voz era perfecta. Su sonrisa curaba todas las heridas que su ego pudiera haber sufrido y cuando lo tocaba, era como una caricia mágica.

Fue sólo gracias a un férreo control como consiguió que sus manos permanecieran impersonales con ella. Pero la miraba. Se retorció en su interior, sumido en los pensamientos más eróticos. Pero no la tocaba.

Bueno, alguna vez le alisaba el pelo. Le ponía una mano en el hombro. Le quitaba alguna imaginaria pajita del pelo y la arrojaba lejos antes que ella pudiera verla. La "ayudaba" a subir los tres escalones de la sala.

Pero no la acariciaba tal como anhelaba hacerlo.

Un apacible día, cuando estaban los dos tumbados sobre la hierba, contemplando las mariposas, ella le dijo:

— Eres como una bestia sometida a una cruel represión.

La sorpresa hizo que él estallara en carcajadas, teñidas de amargura. Sacudió la cabeza, en un gesto de impotencia.

Ella se apoyó en un codo para verle el rostro.

— ¿Por qué te hace reír el que lo sepa?

— Yo que creía que estaba siendo demasiado sutil y controlado, mientras estoy a punto de estallar de puro deseo por ti. Estaba muy satisfecho de mí, porque creía que te tenía engañada. ¿Cómo lo has sabido?

— Tu respiración. Estás tenso, a punto de saltar. Finges estar relajado, pero todo tu cuerpo vibra. Tus movimientos pequeños son demasiado rápidos. Tus movimientos amplios son estudiados, no impulsivos.

— Con esto acaba mi carrera de actor.

— Yo te habría dejado tenerme.

— Oh, Ann...

— Sé que esto no ha sido fácil para ti. Yo te ayudaría a sobrellevarlo. No quiero que sigas en tensión esperando el desenlace. Quiero ofrecértelo.

Con aquella decisión, ella se puso de pie, se quitó el largo vestido de algodón por encima de la cabeza y lo extendió sobre el suelo. Se tumbó encima de espaldas y se mantuvo inmóvil bajo la luz del sol.

Una rápida constatación se abrió camino en la mente de Clint. Nunca la habían cortejado, ni la instigaron nunca al amor... y, evidentemente, nunca gozó haciendo el amor. Se quedó horrorizado.

Al quitarse ella la ropa, el deseo invadió su cuerpo ya medio excitado. Aquel era su estado permanente desde que la conoció. Ahora le temblaron las manos, su respiración se hizo entrecortada y comenzó a sudar. Sabía que no podía hacer el amor con ella... no ahora; no si deseaba que sus vidas progresaran como debieran.

Ella no deseaba amor de él; deseaba darle paz a su cuerpo. Ni siquiera iba a hacer el amor con él. Era sólo una forma de ofrecerle distensión física. Sin embargo, estaba dispuesta a ello. Le estaba ofreciendo su cuerpo. Y él no podía tomarlo. No así.

Pero tendría que actuar con mucho tacto para rechazar su ofrecimiento.

Ella abrió los ojos y, sin mover la cabeza, trató de mirarle. Vio que estaba concentrado en ella y que parecía muy alterado. Cerró los ojos con fuerza y se puso rígida.

¿Tenía miedo? ¿Qué clase de hombre era Harry Warsaw? Al estudiar a Ann, Clint se dio cuenta de que no estaba horrorizada, sino preparada para soportar lo que fuera. Qué cosa más terrible para cualquier mujer tener que hacer frente a un acto tan exquisito con... resignación.

Fue su compasión lo que salvó a Clint. No sirvió para calmar su deseo, pero lo hizo pensar antes en ella. Alargó una mano y la posó sobre su brazo. Ella se encogió.

—Oh, amor, ¿qué te hizo él? —preguntó Clint.

—Nada —dijo ella, abriendo los ojos—. Solía ser muy rápido.

—Dios mío.

—No, no. Casi no me dolía. Terminaba en seguida. Puedes hacerlo. Sé lo que es. Puedo soportarlo. No me importa. Pero no me hagas esperar mucho. Me pongo más tensa y entonces me duele más.

—No debería dolerte en absoluto —estaba tan enojado con su torpe ex marido que sus palabras eran ásperas—. Deberías sentir algo muy agradable. Deberías ser capaz de disfrutarlo, desear hacer el amor.

—Eso es lo que decía él. Decía que era frígida. No te enfades conmigo. No me resistiré.

Todas sus palabras fueron como puñales para él. Enterró la cabeza entre las manos para contener el deseo de golpear a un hombre ausente.

Moviéndose con lentitud para no resultar amenazador, se tumbó a su lado y dijo:

—Eres preciosa. Deja que te mire.

Tumbada aún con los ojos fuertemente cerrados, ella le indicó rápido:

—De acuerdo. Pero no tardes. Estoy muy nerviosa.

—No hay tiempo hoy para que haga el amor contigo y...

—Sí. Será cosa de un par de minutos. Adelante, termina ya.

Clint le acarició el brazo.

—No, necesitaremos mucho tiempo para amarnos, porque quiero que sea perfecto. Quiero que tú goces también.

Ella estaba agitada. Respiró varias veces antes de hablar.

—En realidad no me gusta hacerlo. Y no estoy segura de que a él le gustara tampoco. Era más bien una compulsión. Pero yo no podía... yo... es algo que no me gusta.

—Entonces no lo haré. No hasta que me pidas que te haga el amor.

Sus ojos atribulados se dirigieron hacia él. Su voz era titubeante y pesados, pero sus palabras estaban llenas de seguridad.

—Entonces no lo haremos nunca

—No sé si te das cuenta de lo mucho que estoy llegando a amarte. No podría dejarte ni aunque no hiciéramos nunca el amor.

—Pero... ¿no sería muy difícil para ti? ¿Por qué ibas a quedarte? ¿No es esa la única razón por la que los hombres necesitan a las mujeres? ¿Para liberarse físicamente?

—Supongo que no saber hacer el amor es como no entender de fonética. Para entender las palabras, tienes que empezar con los sonidos. Estás retrasada en un abismo respecto al amor. Tienes que empezar desde el principio. Empezaremos por lo básico. Eres una mujer. Eres encantadora, preciosa y deseable. Yo soy un hombre. Estoy equipado para darte placer y niños... Estás perdiéndote muchas cosas de la vida. Y, sin ti, yo también me las estoy perdiendo.

Muy seria ella replicó:

—Ya te he dicho que no me importaba. Puedes empezar. Te entiendo.

—Cuando... —le costaba pronunciar el nombre de Harry—. Cuando él te besaba, ¿sentías lo mismo que con mis besos?

—El no era cariñoso. Si no íbamos a hacerlo, no le gustaba que lo tocara. Ni que lo besara o abrazara. Se apartaba de mí. O me empujaba. Cuando nos casamos, yo lo intenté. Había visto a la gente besarse y me hubiera gustado que me abrazaran de esa forma, pero a él no le gustaba.

—Tú me dejas abrazarte.

—Sí, me gusta... contigo.

—Déjame abrazarte un rato. Te prometo que no te tomaré. Relájate. Estemos juntos simplemente.

—Volveré a ponerme el vestido. Lo siento.

—¿Sentirlo?

—A él no le gustaba verme desnuda. Le avergonzaba, a menos que...

—A mí me gustaría que fueras desnuda siempre. Eres exquisita.

—¿En serio?

—¡Oh, Ann, mírate!

Para entonces, ya estaba tan preocupado por ella, que tenía fuerzas para sobrevivir aquel tormento. Deslizó suave la mano sobre su vientre.

— Mira qué piel más suave. Eres hermosa. Mira la línea de tu vientre. Ahh — pero a ella se la había puesto la carne de gallina y estaba rígida —. No voy a hacerte daño.

— Tengo los... pechos doloridos.

— ¿Estás cerca del período? —le preguntó él con dulzura.

— No, no. Pero es que él me los apretaba demasiado fuerte.

— ¿Te... te violaba?

— No, no. Sólo era... brusco. Si yo gritaba, se ponía furioso. Decía que, si no fuera tan frígida, disfrutaría.

Clint aplicó mentalmente todo tipo de espectaculares castigos a Harry.

Ann prosiguió.

— Consulté a mi médica al respecto. Pensé que tal vez él era irracional, pero ella le dio la razón. Me dijo que, mediante los escarceos preliminares, una mujer puede llegar a sentir suficiente pasión para que le guste ser tratada de forma diferente. No con brusquedad, pero sí menos dulcemente. Me lo explicó de forma que entendiera la diferencia. Y no era más de lo que Harry me hacía. Soy frígida —le lanzó una mirada pesarosa.

— Pues no besas como una frígida.

— No había besado nunca a nadie tal como te beso a ti. Tú... disfrutas y me ayudas. Me haces sentir con si fuera parte del beso.

— En eso consiste el amor, y así es como debería ser la unión del hombre y la mujer. Quiero amarte con todas mis fuerzas. Pero no lo haré hasta que no me lo pidas. Deja tan sólo que te abraze y te bese.

— No me importa que... lo hagas.

— Quiero que estés ávida de mí.

— Clint, tal vez no ocurra nunca. ¿Entonces qué?

— Haremos frente a ese problema cuando ocurra.

Ella estalló en ruidosos sollozos. Clint se quedó horrorizado.

— ¿Qué ocurre? Vamos, vamos. No es para tanto. Oh, cariño. Mi amor. Chisst, chisst. No pasa nada. Estoy aquí, y nada malo puede ocurrirte. Chisst — lentamente, la atrajo contra su cuerpo y la acarició con dulzura.

Entre hipidos y jadeos, ella dijo:

— Tenía mucho miedo.

— ¿De mí? ¿Cómo podías tener miedo de tu héroe? No puedes tener miedo de mí.

— Me he cerrado al contacto con los hombres. No pensaba siquiera salir de mi lugar secreto. Tú has logrado penetrar, y tenía miedo de que todo comenzara de nuevo. Sin embargo, me resulta imposible apartarme de ti. Ha sido terrible para mí.

— ¿Por qué no me lo has dicho nunca?

— No sabía que podía.

El emitió un gruñido mientras la estrechaba más contra su cuerpo.

— Ann, por el amor de Dios, no te cierres a mí. ¿Cómo voy a ayudarte a resolver tus problemas si no sé cuáles son?

Con la respiración entrecortada, ella permaneció desnuda entre sus brazos. El la acunó con dulzura. Y la besó, usando toda su pericia. Frotó la cara contra su cuello y le besó el hombro. La estrechó con fuerza contra su pecho, deseando estar él también desnudo.

Pensó irónico que merecía una medalla por su valor. Aflojó sus brazos un poco, entrecerró los ojos y, apretando los dientes, reconoció:

— Estoy destrozado.

Ella alzó sus negros ojos hacia él y dijo:

— Podrías hacérmelo.

Ganar la batalla, pero perder la guerra. Eso sería lo que ocurriría. .. Si quería conseguir alguna vez su amor, libremente otorgado, tendría que resistir ahora. Sonrió, con los dientes aún apretados y le dijo:

— Deja levantarme. Tengo que subir un árbol o dos.

— ¿Para qué? — dijo ella apartando sus largas piernas desnudas de encima de su cuerpo.

— No va a resolver nada, pero me ayudará.

Se levantó rígido y se acercó a la casa.

Ella recogió su vestido y lo sacudió.

— Eres muy diferente — le dijo, algo confusa.

Clint se volvió hacia ella.

— ¡Eso es! ¡Recuérdalo! Es importante que te acuerdes de eso. Soy un hombre diferente.

— ¡Ya lo sé! — dijo ella, mientras se ponía el vestido —. Ya te he dicho que podías hacérmelo.

— No quiero "hacértelo". Eso es lo que intento explicarte. Quiero compartir el amor contigo.

— ¡Entonces adelante y acaba de una vez! ¡Es que no te das a entender!

— Voy a enseñarte la diferencia entre una cosa y otra.

— No hay forma de enseñarme. Harry lo intentó durante casi dos años. No pude aprender.

Con voz áspera, Clint le dijo:

— Harry no te enseñaba. Te usaba.

Ann abrió mucho los ojos y pareció asombrada. No era estúpida. Entendía lo que Clint decía. Sólo que iba contra todo de lo que llegó a convencerse.

¿No era culpa suya sino de Harry? Aquello era algo que no consideró nunca. Aun así, eso no desmentía el problema básico de que ella fuera frígida. Tal vez si hubiera sido capaz de aceptar a Harry con más gracia, no habría habido ningún problema.

Con la cabeza gacha y su frágil cuerpo, Ann era la imagen misma del desconsuelo.

— ¿Qué estás pensando? — le preguntó él.
— Que te he fallado.
— ¿Quieres decir que si hubiera tomado a esa mujer rígida como una tabla hubiera ganado? ¿Ganado qué?

Fue como si la hubiera abofeteado. ¿Cuántas veces le dijo Harry palabras similares? Sus ojos vacíos se alzaron hacia los de Clint y dijo:

— Al menos habrías tenido alivio.
— ¿Y tú? — le preguntó él —. ¿Qué hubieras tenido tú? ¿Qué, aparte del cuerpo dolorido?

Aquello la sorprendió. Nunca se planteó que ella pudiera sacar nada del acto.

— Soy incapaz. Yo no saco nada haciéndolo. Sólo doy.

— Alabada sea el alma mezquina de ese miserable de Harry, ¡Te dejaba participar de un "acto"! Suena de lo más excitante. ¿Es que no te hizo nunca el amor?

— Te he dicho que podías hacérmelo. ¿Por qué te enfadas tanto conmigo? Eres como Harry.

El se acercó a ella en dos grandes zancadas y le aferró los brazos con fuerza.

— ¡No! ¡Nunca! — la rodeó con los brazos y la estrechó contra su cuerpo —. No estoy enfadado contigo. Estoy... estoy... — buscó una palabra aceptable —. Estoy consternado por como te han usado. No puedo creer que esto pueda sucederle a una mujer a estas alturas. ¿Cuánto hace que te divorciaste?

— Casi tres años. Me casé a los veinte. Tengo casi veintiséis.

— ¿Es que no lees nunca nada, ¿no has oído hablar de mujeres, juegos eróticos, orgasmos y amor? Es tu cuerpo. ¿No has sentido nunca curiosidad sobre cómo funciona?

— El mío no me funciona así.

— Esta doctora a la que fuiste, ¿te examinó?

— Naturalmente.

— ¿Fuiste a algún asesor? ¿Algún terapeuta?

— Me dijeron que dependía de mí. Harry no quería ir.

— Deja que lo adivine. Te dijo que era tu problema.

— Sí.

— Bueno, yo voy a pedir consejo. ¿Quieres venir conmigo?

— Ya me han "aconsejado" bastante. Ya no tengo problemas. Estoy libre de ellos. Sin ti, podría estar satisfecha tal cual estoy. Te doy la libertad. Esto no funcionaría nunca.

— No soy tan pusilánime. Volveré. Te encuentro demasiado deseable — dijo, sonriendo con ironía.

Ella le lanzó una mirada severa.

— No eres el único hombre que me ha mirado de esa forma.

— ¿Entonces has estado con otros hombres además de Harry?

— No. Con el problema que tengo, no me he sentido tentada nunca.

— Me gustan los retos — dijo él, sonriendo.

—Déjame en paz.
—No puedo.
—Sólo conseguirás que acabemos exhaustos y amargados los dos.
—Seremos amigos. Amigos que se besan, pero sólo eso. No te pediré nada más.
—Esta no es una relación normal para ti. Necesitas una mujer.
—Me las arreglaré.
—Oh, Clint, ojalá... —no sabía qué decirle, sólo sabía que se sentía terriblemente preocupada por él.
—Al menos no eres indiferente.
—Ojalá supiera qué hacer.
—Disfruta de mí como amigo. Piensa en cosas que decirme. Escúchame. Deja que te abrace y te bese.
—Eso puedo hacerlo —lo miró con incertidumbre.
—Yo también, mi princesa de la torre, yo también puedo. Deja que te abrace mientras te digo adiós.
—Oh, Clint —Ann se estrechó contra su cuerpo.
El la besó castamente, pero con maestría. Ella alzó la boca y le devolvió sus besos. La sostuvo así nada amenazador hasta que sintió que su cuerpo estaba en el límite. Entonces la soltó. ¿No se daba cuenta de cómo se aferraba a él?

La fecha de inauguración de la exposición de Ann se aproximaba. Trabajaba febril, sin descanso, pero cuando veía a Clint, se tomaba tiempo. Para ella, era más importante que su trabajo. Y Clint procuraba no ser egoísta con el tiempo de la chica.

Pero lo llenaba de esperanzas el hecho de que no se diera prisa en despedirlo.

Clint intentaba no interferir con sus horarios y hacía todo lo posible por ayudarla en su trabajo, haciéndole compañía mientras pintaba, o tocando música para ella.

Una vez llegado el día de trasladar los cuadros, Clint contrató una camioneta para llevarlos a la galería. Luego se tomó un día libre para ayudarla a colgarlos en la galería. Clint estaba fascinado contemplando cómo ella se concentraba buscando el lugar y la colocación perfecta para sus obras.

—Eres maravillosa —le dijo aquella noche, mientras cenaban un emparedado.

—Creo que la exposición va a ser brillante —dijo ella con entusiasmo.

—Ya lo es, lo fue y lo será.

Ella asintió, satisfecha.

—Está perfectamente colocada. Has sido muy paciente conmigo. No te has quejado ni una sola vez.

—Has conseguido que quede perfecta.

—Sí —dijo ella, sonriendo con satisfacción.

La contempló. Algún día sería él quien la dejaría tan agotadoramente satisfecha.

— ¿Cómo has conseguido tener el día de hoy libre?

— Con mucho esfuerzo — reconoció Clint.

— Te lo agradezco.

— Los genios necesitan siempre que les ayuden con las cosas mundanas de su vida, además de con las importantes. Hoy era importante. Quizá no lo consiga siempre, pero estaré yo o alguien igualmente atento... aunque no demasiado.

¡Entonces ella se inclinó hacia él y lo besó!

Era la primera vez que Ann tenía un gesto así voluntariamente. El estuvo al borde de las lágrimas.

— No creas que te vas a escapar sólo con ese dulce pago. Necesito otro.

Como si lo hubiera estado haciendo siempre, ella lo abrazó, apoyando la cabeza en su cuello. Inmóvil de emoción y de deseo, Clint la rodeó con los brazos.

Cuando ella lo soltó y apartó su cuerpo, él se aclaró la garganta y le preguntó:

— ¿Cuándo vas a hacer tu próxima exposición?

Ella le acarició el pelo y dijo:

— Hasta el año próximo.

— Oh. Bueno, creo que tardaremos por lo menos un día en descolgar todos esos cuadros. Así que volveré a estar aquí dentro de un mes.

— Tal vez no tenga que descolgarlos. Si se venden, serán los compradores quienes lo hagan.

— Pero no se venderán todos, imagino — comentó sombrío.

— ¿Por qué te decepciona eso? — preguntó Ann asombrada.

— Si se venden, no puedo ayudarte a descolgarlos y no obtendré un beso de gratitud.

Ella se echó a reír con regocijo auténtico.

— Te besaré por cada uno que se venda.

— ¡Hecho! Ya me debes dos. Te enseñaré los que quiero.

Ella sentía gran curiosidad por ver cuáles había escogido y fue a verlos con él. Uno era muy pequeño y en él se veía a un pescador, muy serio y concentrado en el White Roger. Era muy apacible, sereno, realmente demasiado pequeño para ser considerado otra cosa que un regalo de agradecimiento a alguien especial.

El segundo que escogió, era harina de otro costal. Era de confección muy intrincada, así que requería cierto estudio. Y cuanto más se estudiaba, más se descubría en él. Representaba el mar y estaba hecho en una rica gama de verdes.

Clint extendió el cheque y Ann le puso la etiqueta de "vendido" al marco. El pequeño se lo regaló. Clint lo aceptó. Luego, ella lo besó tanto por el cuadro vendido como por el regalado. Y los ojos de Clint eran como dos brillantes rendijas. ¿Se daba cuenta de que empezaba a abrirse a él?

Capítulo 4

EN casa de Ann, un par de mañanas antes de la inauguración, ésta le dijo a Mary:

— He hecho un trato con Sharon. Pinté una acuarela de su hijo Greg y, a cambio, ella va a encargarse de los canapés.

— Si la gente se entera de que va a servir Sharon — dijo Mary pensativa —, pensarán que has llegado a la cúspide.

— No necesariamente. Pueden suponer que comparto lo mejor. La comida y mis cuadros...

— Eres una mujer muy astuta.

— Fui educada por mi hermana Mary.

— Esa Mary Moore es otra mujer astuta. Parte de su éxito consiste en colgarse de las jóvenes promesas y luego reclamar parte del mérito — asintió la hermana.

— Hablando de jóvenes promesas, ¿cómo está Dingus McGee? — inquirió Ann.

— No hablaré si no es en presencia de mi abogado — replicó Mary —. Y hablando de abogados... ¿cómo está Clint? Me quedé muy impresionada por la paciencia que demostró ayer, cuando empezaste a cambiar los cuadros de sitio.

— Ah, ¿pero estabas allí?

— Sabía que nadie notaría mi presencia. Estabas tan absorta en la colocación de los cuadros que ni te diste cuenta. Fui yo la que les llevó los emparedados.

— Lo recuerdo — dijo Ann, sorprendida.

— Y fui a buscar más cable.

— ¡Ah, sí! Tuvimos que esperar.

— Debe amarte.

— Sigo creyendo que sólo está intrigado. Nunca ha estado más frustrado ni reprimido en su vida. No sabe cómo entenderme, y yo sufro porque no está dispuesto a abandonar.

— ¿Abandonar?

— No tiene sentido. Lo nuestro está condenado.

— Eso suena de lo más Victoriano.

— No puedo enfrentarme a otra relación. Sigo temiendo que sólo se produzca el caos si seguimos viéndonos.

Con la madurez que le daba su casi año y medio de diferencia con su hermana menor, Mary dijo:

— Creo que una relación fácil entre un hombre y una mujer debe ser algo muy raro en la naturaleza.

— ¿Así que las cosas entre tú y Dingus no son fáciles?

— ¿De dónde sacas que puede haber algo entre Dingus y yo?

— Te niegas a hablar de él.

— Como tú con Clint. Me gustaría que Dingus se largara.

— ¿Te resulta pesado?

—No. De hecho, no deja de prestarle atención a su trabajo. Le surge algo en el despacho y se absorbe en ello tan profundamente, que se le olvida llamarme. Se olvida de mí. Luego se presenta a mi puerta y actúa como si deberíamos estar encantados de volver a vernos.

—¿Y tú no lo estás?

—Le daría una paliza de todo corazón.

—Eres demasiado baja y no pesas lo suficiente. Tendrías un aspecto ridículo si lo intentaras...

—Pero me resultaría muy satisfactorio, porque así conseguiría su atención.

—Tal vez acabarás casándote con él —comentó Ann.

—No seas tonta —dijo Mary, irritada y nerviosa.

Ann también estaba cada vez más nerviosa. No tenía idea de qué marchaba mal. Últimamente estaba muy intranquila. Y nada había cambiado en realidad. Seguía viviendo en su refugio. Seguía pintando con absoluta concentración. Pero ya no se sentía satisfecha.

¿Por qué? Buscó una respuesta y no pudo encontrarla. Su vida era justo como siempre. No. No lo era. Había algo diferente en su vida y era Clint. ¿Clint? No, eso no tenía que ver con Clint. Dado que no estaba comprometida con él, eliminó a Clint como causa de su desazón.

Al contrario de Dingus con Mary, Clint la llamaba casi todos los días. Le decía que la echaba de menos, que le gustaría estar tumbado en la hierba junto a ella. Y siempre que podía, iba a verla.

Así que no podía tratarse de Clint. Tenía que ser la exposición. La inauguración era el viernes por la noche, y se iba a ofrecer una copa a los invitados.

La exposición del año anterior fue la primera suya y se las arregló bastante bien. ¿Por qué tenía que ponerse tan nerviosa este año? ¿Cómo podía sentirse tan vulnerable? Suspiró y se retorció las manos.

Finalmente, para exorcizar sus temores, se puso a dibujar sobre un cartón. Dibujó a un artista el día de una inauguración. Todos los asistentes bebían, reían y hablaban. Y ninguno miraba los cuadros.

Cuando terminó el dibujo, lo dejó a un lado y, sin el menor titubeo, tomó otra cartulina especial para acuarela y, tras limpiar los pinceles, puso rápido manos a la obra.

Al cabo de un rato, había esbozado un expresivo retrato de Clint, con sus penetrantes ojos azules y su pelo agitado por la brisa del jardín.

Al mediodía, Clint la encontró allí. Tenía una llave de la casa y, al ver que estaba trabajando, no quiso molestarla. Se la quedó mirando desde atrás. Finalmente, ella terminó el retrato y lo contempló con expresión satisfecha. Alzó los brazos, estiró su cansado cuerpo y sonrió a Clint.

Aquello hizo que el cuerpo de Clint reaccionara igual que siempre. ¿Por qué no podía inmunizarse contra esas punzadas de excitación? ¿No decían que la familiaridad alimenta la indiferencia? Se acercó a ella y la besó en los labios antes

de contemplar su retrato. Así era como lo veía ella. ¿Era tan arrogante y duro? No, era determinación. No era tan guapo.

— Me has atrapado — dijo él, y sus palabras no se referían al retrato.

Luego, ella le mostró el otro dibujo, el del artista en su inauguración.

El se echó a reír.

— ¿Dónde está el artista?

Y ella señaló con el dedo una figura encogida y deprimida.

— ¿Esta es tu pesadilla? ¿Es que no has visto las hermosas obras que tienes colgadas allí? ¿Cómo puedes sentirte insegura?

— Es la pesadilla de toda persona que depende de la aprobación del público... de personas desconocidas, ocupadas, con vidas diferentes. Tenemos que robar la atención de esas personas que viven tan rápido que no tienen tiempo para ver. Ni para escuchar. Ni degustar. Hasta Sharon debe sentir la preocupación de saber si alguien va a apreciar sus pequeñas maravillas...

Clint sacudió la cabeza.

— Tú vas a aprobarlas. Y Sharon va a estar pendiente sólo de ti.

— Si hoy me sirve de indicación, mañana mi estómago no va a aceptar nada. Nunca había sentido tanta aprensión. Es ridículo.

— Ya has vendido un cuadro — le recordó él —. A mí.

— Ah, pero tú sigues intentando influirme a tu favor. El dinero no era problema para ti. Lo hiciste por el beso.

El permaneció impertérrito.

— Sí. Quizá no habría nada que no consiguieras que yo hiciera a cambio de un beso tuyo. Y si me amaras, lograría realizar lo imposible.

Tranquila, ella le recordó:

— Ya sabes que puedes tomarme cuando lo desees.

— De esa forma, no — la tomó entre sus brazos y contempló su rostro —. Tienes que desearme tanto, que me pidas que te haga el amor.

— Oh, Clint... — dijo ella, mirándolo seria —. Mi vida era tan fácil antes que aparecieras tú.

— Yo era un espectador inocente. Te vi y aquello fue mi perdición. Me embrujaste con una comprobación de tu lentilla.

— Yo no pretendía embrujarte.

— No tenías más remedio. Estábamos condenados a conocernos, y estaremos juntos el resto de nuestras vidas. Y en cuanto te des cuenta de eso, mi vida se hará mucho más sencilla.

Ella lo miró, frunciendo el ceño. ¿Cuándo empezó a parecerle tan agotado? ¿Tan tenso?

— ¿Te encuentras bien?

— He estado trabajando horas extra para poder estar mañana por la tarde y por la noche contigo.

— En serio, voy a estar bien.

— ¿No quieres que vaya?

— ¡Oh, sí! ¡Naturalmente! Pero no quiero que estés exhausto.

— Bésame dulcemente como tú sabes.

Era un encanto. Ella estaba descalza, así que tuvo que ponerse de puntillas para besarla. El podía haberla ayudado agachando un poco la cabeza, pero no lo hizo.

Clint estaba en el límite de la locura de puro deseo, y aquel ligero deslizamiento de su cuerpo contra el suyo fue una tortura irresistible. Sus manos se movieron sin su permiso, pero él controló su avidez. Luego, tomó el control del dulce beso y lo intensificó con trémula contención, doblando el cuerpo de Ann sobre sus brazos y deslizando su mano libre por su costado hacia arriba hasta posarla suavemente sobre su seno. Se lo acarició.

Ella boqueó, y el beso se convirtió en algo que nunca había experimentado antes. Era casi como si estuviera... ¿asustada? ¿De Clint? Se estremeció y posó las manos sobre su pecho para empujarlo. Pero no lo hizo. Las dejó allí, sencillamente.

El corazón le latía furioso, su respiración era entrecortada y sentía las rodillas como gelatina. Aquello sí que era un beso. Era lo que siempre había anhelado; lo que pensaba que nunca experimentaría. Era magia. Era...

El alzó la cabeza. Su rostro estaba congestionado, y todo el cuerpo le temblaba. Sus ojos eran como penetrantes llamas azules.

Ann se sentía lánguida, con los ojos casi cerrados. Su rostro estaba pálido, sus labios entreabiertos. Se sentía floja, como sin huesos. ¿Acaso se había desmayado? ¿Qué le sucedió?

Abrió los ojos un poco y Clint supo que lo había echado todo a perder. Fue tan paciente y luego, con un simple beso demasiado ávido, lo estropeó todo. Todas sus argucias, toda su contención se fueron al diablo.

Ella alzó la cabeza y lo miró, ceñuda. Le costó formar las palabras, pero su tono era inconfundiblemente hostil.

— ¿Por qué has parado?

¡Las palabras lo conmovieron! ¿Ella deseaba su beso? ¿Esa clase de beso? Y, bajo su mano, sintió que el pezón se había endurecido. Como si le escaldara la mano, la apartó rápido y tragó aire. Luego se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el techo. A continuación, dio varias vueltas por el estudio antes de ser capaz de mirarla.

Ella estaba de pie, como una marioneta abandonada, con el cuerpo inclinado en un ángulo extraño.

— ¿Te encuentras bien? — le preguntó él con cautela.

— ¿Cómo puedo saberlo?

Se acercó a ella con cuidado, sin saber muy bien qué esperar y se inclinó para mirarla a la cara.

Las pupilas de Ann eran enormes, y su expresión, muy seria.

— ¿Vas a hacerlo otra vez?

El tosió y se detuvo al frente, a cierta distancia.

—Quiero que señales este día en tu calendario —le dijo—. Si alguna vez, en el resto de tu vida, pones en duda mi amor, recuerda este día... Si no te amara con todas mis fuerzas, en este momento estarías en el suelo y yo estaría violándote.

Ann se lo quedó mirando un largo rato. Luego casi susurró:

—No... estoy... segura... de que... hubiera sido... una violación.

Después de una pausa interminable, él dijo con voz espesa:

—Creo que estamos haciendo progresos.

Se quedaron mirando uno al otro y luego él sonrió. Ann intentó no hacerlo. El sonrió más. Ella se echó a reír y él, seguidamente, estalló en carcajadas. Se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Y cayeron el uno en los brazos del otro. Clint la alzó en vilo y la hizo girar por el estudio medio vacío, sin dejar de reírse ninguno de los dos.

Cuando se dejaron caer al suelo. Mac, el gato de Ann, se los quedó mirando con desprecio y decidió salir de allí.

Con coquetería recién descubierta, ella le preguntó:

—¿Lo hacemos?

El cuerpo de Clint respondió de inmediato, pero no estaba en sus planes dejarse arrastrar por tentaciones súbitas. Pesaroso, replicó:

—Aún no. No seas impaciente.

—Eres un hombre extraño.

—Soy el hombre que te ama.

El amor no era una de las cosas que más impresionaran a Ann. Con cierta ironía, le dijo:

—Yo creía que amaba a Harry. Y sólo amaba al hombre que creía que era. Y aquello no era más que un sueño que, poco a poco, se descompuso hasta quedar en nada.

Clint vio en ella la desilusión y dijo con dulzura:

—Por eso estamos esperando. Quiero estar seguro.

—Le tengo miedo al amor.

—Es algo con lo que hay que tener cuidado —convino él—. Puedes acabar enredado con una mujer gitana que te deja embrujado con las lentillas.

—La verdad es que nunca creí pertenecer a mis padres. Sé que nací de ellos, pero nunca sentí como si realmente fuera... de ellos.

—He leído sobre personas que sentían eso.

—Están muy perplejos conmigo. Yo solía rogar que pudiera ser normal.

—Tú no eres anormal. Eres única —le aseguró con ternura.

—Eres muy bueno conmigo.

—¿Te das cuenta de que me amas?

—Me resisto a saberlo. Eres demasiado perturbador. Me siento tranquila.

—¿Pero no tienes miedo?

—Eso también. No de ti, sino a perder mi paz.

—No puedes vivir por siempre metida en un cascarón, aislada de la vida.

—Pero tengo mis cuadros, mi jardín y a Mac.

— ¿Ninguna persona?

— Mary es mi contacto.

— ¿Yo no?

— Me siento muy atraída por ti — le indicó seria — . Pero es como si fuera a saltar por un precipicio en medio de la niebla. No sé dónde voy a aterrizar.

El le acarició la mejilla.

— Yo estaría allí para tomarte de la mano, para conducirte a través de la niebla y para guiar tus pasos hasta que pudieras ver.

Ella lo miró gravemente y cruzó las piernas a lo indio.

— Deberías dedicarte a la publicidad en vez de al derecho. Sabes cómo utilizar las palabras. Tendrías que estar en alguna actividad que consistiera en consolar a las personas, ayudarlas a entender.

— Por eso me dedico al derecho. El lenguaje de la ley es complejo. Yo creo en el orden y en que los reglamentos se usen con la intención con que fueron hechos, no manipulados por cualquier otra razón.

— Te necesitamos en Washington.

— No soy político.

— Supongo... que podrías seguir aquí en tu cascarón de Indianápolis, sin ponerte nunca a prueba y... ¡No, no! Yo...

Pero él se le había echado encima y la inmovilizó contra el suelo. Ella se estaba riendo de él, y la sonrisa de Clint era muy peligrosa.

— Los ratoncitos no se meten con los gatos grandes — la advirtió — . Así que más vale que no me provoques.

— Por esta vez — dijo ella y se mordió el labio inferior para no echarse a reír otra vez.

Clint la vio hacer eso y agachó la cabeza. Dulcemente, con los dientes, tomó su labio inferior y luego la besó apasionado.

Ella curvó los dedos de los pies y se estremeció. Su respiración se hizo más agitada. Sus manos se hundieron entre el pelo de Clint.

El alzó la cabeza y contempló su rostro mientras su mano buscaba de nuevo su seno. Luego agachó la cabeza y chupó el erecto pezón a través de la camisa. Ella emitid sonidos guturales y arqueó la espalda.

Bruscamente, él se dio la vuelta y quedó boca arriba con un brazo sobre los ojos. Abandonada, ella lo miró con cierta indignación, luego rodó sobre sí misma y se apoyó sobre su pecho, buscando besarlo por debajo del brazo. El la dejó hacer durante un rato, pero luego la apartó y dijo:

— Llego tarde.

Tras decir eso, le dio una palmadita en la cadera y la besó en la frente. ¡Luego se puso en pie y se marchó, dejándola allí sentada en el suelo! Iba silbando mientras salía por la puerta.

Ann estuvo golpeando cosas toda la tarde. Luego fue a la galería y se mostró impaciente e irritable. Su forma de actuar sorprendió a todo el mundo, pero fueron tolerantes, atribuyendo su conducta a los nervios. Mary la miraba, ceñuda.

Ann nunca había golpeado las cosas a su alrededor. Después de un par de escenas de tensión, Mary le dijo a su hermana con los dientes apretados:

— ¡A ver si te comportas!

Y Ann se indignó.

Se fue a casa y se dedicó a columpiarse en el jardín con impaciencia. Luego se puso en pie de un salto y se puso a limpiar frenéticamente el estanque. Cuando terminó, contempló críticamente el jardín y decidió que estaba demasiado salvaje. ¡Y comenzó a cortar las hierbas!

Allí la encontró Clint. Se detuvo a contemplar los huecos que había dejado en el pobre jardín. Luego miró a Ann con una sonrisa maravillosamente satisfecha.

¡Al verlo, ella supo que fue él quien perturbó su paraíso! Se puso de rodillas y le lanzó con furia un manojo de hierbas. El lo esquivó con habilidad y tuvo la desfachatez de echarse a reír.

Luego se dirigió hacia ella, mientras Ann trataba de alejarse caminando medio a gatas. La atrapó sin esfuerzo, la alzó en vilo, la llevó hasta el limpio estanque e, ignorando sus chillidos, la arrojó dentro.

Mientras Mac los contemplaba, fascinado, Clint se metió con ella en el estanque, luchó con ella hasta inmovilizarla y la besó. Aquel beso tendría que haber evaporado el agua, dejando a los pobres pececillos panza arriba...

Tras besarla, Clint la tomó otra vez en brazos y se la llevó al dormitorio, dejando tras ellos un largo sendero de agua. Sin pensar dos veces, la depositó sobre la cama, empapada como estaba.

Clint bajó la mirada hacia Ann. Ella alzó la barbilla y se echó hacia atrás. Clint se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. Luego se quitó todo lo demás mientras ella lo miraba, cerrando el ojo derecho para ver perfectamente, pero al fin abriendo los dos, hipnotizada. Era hermoso.

A continuación, se sentó junto a ella en la cama y, con mucha eficiencia, comenzó a despojarla de su ropa. Ella se resistió un poco, pero él no lo notó. Tomó la sábana y la secó con ella. Luego la besó.

Ella no pudo evitar que sus brazos rodearan el cuerpo de Clint y lo atrajeran hacia el suyo. Sus senos se aplastaron contra el vello de su torso.

La hizo acostarse y se acomodó a su lado, cubriéndola a medias. Ann se estremeció.

— Tu hora ha llegado. No te resistas.

— Adelante — su permiso era el que siempre le había otorgado, sólo que esa vez estaba teñido de impaciencia y cierta irritación.

— Cuando me lo pides tan afablemente...

Ella le golpeó la espalda con sus débiles puños y sacudió la cabeza furiosa, mientras casi lloraba. ¡Estaba rabiosa!

Fue entonces cuando la besó. La consumió. Sus manos fuertes la atrajeron contra su cuerpo. Su respiración era cada vez más descontrolada, el corazón le retumbaba y se vio perdido durante varios momentos de locura hasta que su disciplina de hierro hizo valer de nuevo sus derechos.

Aquello fue realmente lo que llegó a Ann: incluso en ese momento, él era capaz de detenerse, por el bien de ella. No iba a tomarla hasta que ella lo deseara. Y súbitamente, Ann comprendió que en realidad lo deseaba. Pero aún era un acto de ofrecimiento... por el momento.

Lo dejó hacer lo que quisiera, pero aún estaba tensa. Sin embargo, no podía permanecer así. Cuando él comenzó a besarle los senos, sus manos apretaron su cabeza con fuerza contra ella.

Y cuando él comenzó a deslizar su rostro sudoroso por su vientre, produciéndole todo tipo de sensaciones sobre la sensible piel, ella tuvo que retorcer el cuerpo y alzar las rodillas. Echó la cabeza hacia atrás; sus ojos se cerraron y de su garganta comenzaron a surgir gemidos.

Las manos de Clint eran tan ardientes como su aliento. Sus besos eran húmedos y penetraban en su carne. Chupaba y lamía y, lentamente, la volvía loca. Ella estaba cada vez más frenética, sin saber qué hacer. Se aferró a él como pudo. Deseaba besarlo y tocarle, Sentía una necesidad urgente de probar su cuerpo y le besó el hombro y rozó su carne con los dientes mientras sentía moverse sus dedos.

Oyó su suspiro mientras se apretaba más contra sus dedos. Ann dejó escapar un sonido quejumbroso. El se rió entre dientes y aquello le produjo una oleada de sensaciones. Su risa fue lo más erótico que hubiera experimentado en su vida. Hasta el momento.

Clint plantó la mano sobre la parte más sensible de su cuerpo y comenzó a acariciar.

- Podrías... entrar — dijo ella, jadeante, mientras todo su cuerpo se retorcía.
- Cuando me lo pidas.
- No seas idiota.
- Di por favor — jadeó él.

Sus cuerpos estaban resbaladizos de sudor mientras se retorcían el uno sobre el otro. Clint cubrió uno de sus senos con la mano y lo apretó suavemente. Luego bajó la mano y volvió a introducirla entre sus piernas, haciendo que se estremeciera de placer.

- Pídemelo — dijo con voz áspera.
- Por favor — jadeó ella con urgencia.

Pero la hizo esperar un poco más. Se cernió sobre ella, dejando que lo sintiera, y la besó con ternura, mientras su mano no dejaba de acariciarla. Ella se relajó y él alzó la cabeza para que pudiera verle mientras entraba en ella. Ann se sorprendió y volvió a tensarse. Pero sus músculos agarrotados no impidieron su entrada; se cerraron ávidos en torno a él y aquello la sorprendió aún más. El se quedó quieto. Ella se relajó y luego volvió a tensarse en torno a él. El gruñó y entonces fue ella quien se rió.

— Eres una bruja.

— ¡Es maravilloso! ¡No duele!

Ella se movió. Experimentó. ¡Lo llevó al borde de la locura! El sudor empapaba su cuerpo. Parecía que hubiera estado corriendo varios kilómetros. Apretó los dientes y contó. Hizo todo lo que pudo mientras ella no dejaba de retorcer su cuerpo resbaladizo, cada vez más fuera de sí, cada vez más frenética. Fue entonces cuando de lo más profundo surgió una súplica:

— ¡Oh, Clint! ¡Ayúdame!

Y él se movió.

Ella se tensó en torno a él, apretó los dientes y luchó. Y luego sollozó mientras él la arrastraba hasta la cima, más allá de aquel exquisito precipicio, empujándola hacia un reino de magia explosiva.

Capítulo 5

MIENTRAS estaba junto a Ann, Clint notaba cómo poco a poco, su respiración se iba calmando. Se puso de costado y la miró. Deslizó una mano por su vientre.

— ¡Me habías jurado que eras frígida! ¡Menuda tramposa estás hecha!

Ella lo miraba con cautela. Sonrió un poco, pero no replicó. Luego se cubrió con la sábana.

El no podía permitirlo. Volvió a descubrir su magnífico cuerpo mientras la reprendía.

— ¿Qué haces?

— Creía que querías que me cubriera.

El se la quedó mirando.

— ¿Por qué?

— El siempre... me daba la espalda y me decía... que me tapara.

Clint la observó inexpresivo mientras asimilaba aquello. Luego, con emoción contenida, murmuró:

— Pobre idiota.

Luego la miró dulcemente y la acarició.

— Yo era frígida — susurró ella.

— En absoluto — dijo él sonriendo irónico —. Me alegro de que hayas arrasado medio jardín antes que llegara yo. Tiemblo sólo de pensar lo que me habría ocurrido si hubiera llegado en el máximo de tu frenesí. Menos mal que habías gastado parte de tu energía con las pobres hierbas antes que te pusieras a lanzarme cosas.

— Fallé.

— Tai vez en el primer momento — dijo él —. ¡Menuda gitana desenfrenada estás hecha! Me gustaría verte danzar, ahora que has descubierto el alcance de tu comunicación emocional. ¡Vaya si puedes comunicarte! ¡Chispas!

— Me tiraste al estanque — creyó necesario mencionar ella.

— No, no te tira — se defendió él —. Lo único que hice fue refrescarte un poco en un caluroso día de verano. Estabas tan ardiente... — sonrió malicioso — ... que no te dabas cuenta de que lo primero que necesitabas era enfriarte un poco.

Ella le lanzó una mirada paciente,

— Me metí contigo — añadió él, como si aquello hiciera aceptable el hecho.

— Me pusiste fuera de mí.

— Es lo justo. ¡Tú me traes loco desde hace dos meses!

— ¿Quieres decir que no es la inauguración de mañana lo que me ponía nerviosa? ¿Eres tú quien me ha tenido preocupada? — lo miró a través del ojo de la lentilla.

— No, mi hermosa gitana huerta, eres tú misma quien te has tenido preocupada.

Ella abrió el ojo derecho y se lo quedó mirando.

— No había sentido nunca nada tan estremecedor en mi vida. Perdí el control.

El se aclaró la garganta.

— Bueno... deberíamos hacerlo otra vez ahora mismo — trató de parecer serio —. Cuando uno intenta algo nuevo, lo mejor es practicar mucho para no perder el tino — dijo, mientras su mano se deslizaba sugerentemente por el vientre de Ann.

— Aún no me he recuperado — dijo ella.

— Cuando te hayas recuperado, tal vez yo empiece a estar interesado. Las últimas palabras tuyas que recuerdo, fueron para suplicarme que te ayudara, así que tal vez vuelvas a requerir mi intervención — sonrió malévolamente —. Siempre estoy dispuesto a ayudar a una dama en apuros, pero por si acaso vuelves a tener un ataque de lascivia así, tengo que estar preparado para ti. Vas a tener que empezar a trabajar ahora, para atraer mi atención.

— Estoy bastante tranquila.

— Ya verás cómo cambias.

— No hagas eso.

— ¿Por qué no?

— Pues porque no lo vas... no lo vamos a hacer otra vez hasta dentro de varios días y...

— Yo no apostaría mucho dinero a eso — sonrió malicioso —. Cuando mucho, unos veinte centavos.

Ella pareció asombrada.

— ¿Quieres decir que desearías hacerlo otra vez? ¿Mañana?

— Encanto, ya que has abierto las compuertas... de tu disposición... podríamos dedicarnos a esto durante toda la noche. Incluso habría muchas posibilidades de que no aparecieras en la inauguración... mañana por la noche.

La besó durante más tiempo y la tocó aquí y allí. Caricias suaves y extremadamente sensuales.

— Yo... no creo...

— ¿Qué es lo que no crees? — le preguntó él con ojos brillantes.

— No estoy segura.

— No te preocupes por nada. Me parece que estaré preparado para otro ataque en cuanto estés lista.

— Eres de lo más presuntuoso, ¿no te parece?

El se rió, entusiasmado.

Ann dejó escapar un suspiro largo y paciente, pero luego sonrió y acabó riéndose con él.

— Qué asombroso ha sido.

— Sí.

— Nunca pensé que pudiera ser así. Creí que la gente mentía.

El la miró con ternura.

— Pobre Harry. Mira lo que se perdió.

— No estoy seguro de que disfrutara mucho conmigo. Yo era tan frígida, que se daba la vuelta en cuanto terminaba.

Clint oyó aquello, horrorizado. ¿Y ella pensaba que era culpa suya?

— Y no sólo era frígida. Soy un ama de casa deplorable. No soy ordenada, ni limpia.

— ¿Se casó contigo para que le limpiaras la casa? ¿Acaso no podía contratar a alguien?

Ella se quedó mirando a Clint. Era en verdad un hombre diferente. Hasta sus padres le dijeron que ella era la causa del enojo de Harry. No servía como ama de casa.

— ¿Acaso estabas todo el día cruzada de brazos? — le preguntó Clint.

— Era la mujer de Harry Warsaw. De pronto me encontré metida en la vorágine de su vida. Con veinte años, estaba rodeada de gente mucho mayor que yo, que sabían perfectamente lo que querían y suponían que yo también lo sabía. Había reuniones, comidas y... ¡la locura! Había cócteles y cenas, rostros y nombres y se esperaba que yo me adaptara a todo. Era mi trabajo.

— Y cómo era tu trabajo, ¿él consideraba que no necesitabas ayuda? ¿Acaso dirige su negocio sin ayuda de nadie?

— Sí — dijo ella —. En serio. El dirige la empresa solo. No permite que nadie intervenga en sus decisiones.

— ¿Y luego llegaba a casa y la cena no estaba lista?

— Oh, sí. Me encanta cocinar, pero odio limpiar. Nunca tenía tiempo y la casa no estaba en orden.

— Lo único que pido yo es que cambiemos las sábanas de vez en cuando.

Ella lo miró recelosa.

— No voy a irme a vivir contigo.

— Quiero casarme contigo.

—No.

—Si crees que voy a conformarme con ser un semental esporádico para satisfacer tus apetitos recién descubiertos, estás subestimando mi sentido de la posesión.

—Yo no pertenezco a nadie más que a mí misma.

—También me perteneces a mí.

—Vamos, Clint...

—¿Vamos? Muy bien, porque resulta que yo también estoy listo. Es estupendo que tú...

—No soy "tu mujer"

—Mi gitana tuerta —susurró él, alzándose sobre ella.

Ella estaba indignada.

—No quería decir...

Pero él había hecho descender su pecho sobre el de ella y se movió de un lado a otro para apartar las manos que ella había alzado hacia él. Luego, con deleite, comenzó a restregar su sexo sobre su cuerpo, y ella abrió la boca. Descendió más y más, apretando con más fuerza, atrapando las manos de Ann contra su pecho.

Qué diferente era aquel hombre. Aunque trató de mostrarse defensiva, no estaba rígida. Lo miró ceñuda, pero no le hizo daño y, en el último momento, apartó las manos de entre sus cuerpos y gritó, con cierta coquetería:

—¡No estoy lista!

No le había dicho que no le hiciera el amor o que la dejara en paz; sólo dijo que no estaba lista. Así que él alzó su cuerpo y tomó impulso antes de penetrarla y girar deliciosamente.

—¿Así que... no estás lista?

Ella lo miró y sus labios se curvaron para formar un "no".

Clint le sujetó la cabeza entre sus grandes manos y casi la besó. Pero se limitó a acariciarla con su ardiente aliento, mientras emitía sonidos de avidez contenida. Ella arqueó el cuerpo hacia él.

—¿Quieres un beso? —le preguntó él, sonriendo. Ella entrecerró los párpados.

—Uno pequeño.

El se movía con insidiosa lentitud. No tenía prisa. Ella se retorció debajo de él. Intentó todos los trucos que se le ocurrían de su reciente descubierta caja de recursos para excitarlo hasta el frenesí. Pero él no respondía a sus apremios. Entonces, ella se dio cuenta de que estaba haciéndolo a propósito. Volvió a derrumbarse sobre la cama y abrió sus ávidos brazos, soltándole. ¿Era aquello otro tipo de tormento?

Lo era. Pero no para castigarla, sino para darle placer. Se movía lentamente, pero no demasiado... lo justo para mantenerla en el grado de máxima excitación.

Ann nunca imaginó que hacer el amor pudiera ser tal banquete sensual. Los sentimientos que Clint despertaba en lo más hondo de su ser le producían temblores de éxtasis.

Los suspiros de la chica eran como música para los oídos de Clint. Deslizó la mano entre sus cuerpos sudorosos y comenzó a acariciarla con mano trémula. Era una exquisita tortura estar sobre ella, dentro de ella, sintiéndola plenamente, anhelando la satisfacción total.

Ella comenzó a boquear mientras todo su cuerpo temblaba y se convulsionaba. El trató de permanecer un momento más en aquel estado de tensión previo al desenlace, pero los movimientos frenéticos de Ann lo arrastraron irremisiblemente con ella hasta una vorágine de placer.

Gimieron y jadearon mientras regresaban lentamente a la realidad. Sus manos húmedas aún se deslizaban por sus cuerpos sudorosos mientras las últimas sacudidas agitaban sus cuerpos. Al fin quedaron inmóviles, exhaustos, acompañados tan sólo por el sonido entrecortado de sus respiraciones.

— Te amo, Ann — le indicó él con los ojos cerrados.

— Sí.

— Cásate conmigo.

Ella se quedó en silencio un largo rato, y luego sacudió la cabeza.

El abrió los ojos y estudió su rostro pálido y tenso.

— ¿Te encuentras bien?

Ella permaneció con los ojos cerrados. Sonrió con debilidad y le acarició el brazo.

— ¿Entonces quieres que me marche? — le preguntó él.

— ¡No! — exclamó ella, abriendo los ojos.

— ¿Entonces qué tienes pensado hacer respecto a mí?

— Voy a... usarte.

— ¿Pero tendrás cara? ¿Y yo qué? ¿Crees que quiero limitarme a ser un objeto sexual para tu cuerpo insaciable?

— ¿No quieres?

— Bueno... sí, pero quiero más.

— Esta noche no.

— Desde luego, sí que has aprendido rápido.

— Es que he conocido a un hombre — susurró ella, sonriendo pícaro y recalcando especialmente la última palabra.

El la acarició el rostro con gesto satisfecho, mientras sus ojos la estudiaban.

— Tenía que haberte llevado a un prado para este primer encuentro de amor.

— ¿Por qué?

— Para que mi gitana gozara de las reacciones naturales de su cuerpo ante el amor en un ambiente natural.

— ¿Hacer el amor a una gitana en la cama no es natural?

— Para ti no. Pareces fría y distante y luego eres un auténtico horno. Te deseé al verte la primera vez, en aquel cóctel. Me dejaste anonadado. Tenía que tenerte. Pero no tenía idea de que pudiera ser así.

— Ni yo tampoco. No había conocido a nadie que tuviera una experiencia así.

— No fue una experiencia, Ann. Era amor.

- Sí.
- Y te casarás conmigo.
- No. Seré tu amante.
- ¿Por qué sólo eso?
- Es lo único que puedo ofrecerte. No puedo casarme otra vez. Tengo que conservar mi libertad —le explicó con suavidad.
- La conservarías conmigo.
- Tú querrías que estuviera comprometida contigo.
- De la misma forma que yo lo estaría contigo.
- No. Tú tendrías tu propia vida y a mí en casa. Yo necesito mi vida, bajo mi propio control. No puedo volver a perderlo.
- Yo no pondría ninguna objeción a que siguieras pintando. Tienes un gran talento y sería un error no usarlo. Yo no te tendría aislada en una torre.
- Hay muchos tipos de torres.
- No puedes aislarte de la raza humana.
- Sí que puedo. Tengo que hacerlo. Así es como quiero que sea mi vida. Yo estaba perfectamente satisfecha hasta que tú te abriste paso hasta el interior de mi mundo. He aceptado que eres parte de él. Y eso es lo máximo que puedo aceptar.
- ¡Pero hay muchas más cosas en la vida! —protestó él.
- Ya las he tenido. Y no las quiero volver a tener. Estoy a salvo aquí.
- ¿Pero qué te hizo él, por todos los santos?
- Me curó del matrimonio —replicó con sencillez.
- Y de muchas más cosas.
- Nunca me dio lo que me has dado tú esta noche, Clint. Esto ha sido maravilloso. Increíble. Gracias.
- Nos lo hemos dado mutuamente. Pero nos hemos ofrecido algo más que placer. Nos hemos ofrecido amor.
- Sí —convino ella.
- Soy paciente. Llegarás a desear que se junten nuestras vidas y no sólo nuestros cuerpos.
- Si eso es lo que esperas, no deberíamos vernos más. Sólo acabarás siendo desgraciado. Esto es lo único que puedes tener.
- Ya veremos —la tomó entre sus brazos y la estrechó contra su cuerpo.
- Estoy segura. No trates de atosigarme —le advirtió ella.
- Esperaré.
- Sería inútil.
- No.
- Te lo he advertido.
- También me advertiste que eras frígida.
- Tú eres diferente.
- Eso es. Con eso, lo has dicho todo.
- No puedo ser como tú deseas. Créeme cuando te digo que no estoy dispuesta a renunciar a mi vida.

— Sólo te pido que la compartas.
— Me pides mucho más que eso. Ya te he dicho que compartiré el amor, pero nada más.
El pensó eso un momento antes de preguntar:
— ¿Puedo quedarme a pasar la noche?
— Me gustaría. Supongo que esta es una de esas veces en las que sugerirías que cambiásemos las sábanas — dijo ella juguetona.
— Yo dormiría contigo sobre los matorrales — sus palabras eran serias. Una promesa.
— Eso demuestra lo mucho que estás dispuesto a ceder... ahora — había cinismo en sus palabras.
— Eso demuestra lo mucho que te amo y lo lejos que llegaría por complacerte.
— Ahora — repitió ella.
— Iremos paso a paso.
Cambiaron las sábanas, se ducharon y se acostaron uno en los brazos del otro. Al despertar en mitad de la noche, se sorprendieron al encontrarse. Y se quedaron asombrados por la ardiente necesidad que los invadió de inmediato y por la facilidad con que podían saciarla.
Cuando se despertaron otra vez por la mañana, aún sentían asombro.
— ¿Llegará el momento en que aceptemos que estamos juntos por las mañanas? Ella le advirtió:
— No vamos a vivir juntos.
— ¿No?
— Podría haber veces, como esta, en la que te quedarías a pasar la noche, pero no sería todas las noches.
— ¿Ni siquiera cuando haga frío y nieve? ¿Me obligarías a levantarme y a irme a casa en medio de la nieve y el viento j helado?
— O seré yo quien lo haga — y añadió en tono urgente —: Tenemos que organizarnos. Hoy es la inauguración. ¡Santo Dios, mira tu traje! Voy a meterlo en la secadora y al menos podrás ponerte los pantalones. ¡Mira que meterte vestido en el estanque!
— Igual que tú.
— Por si no te acuerdas, fuiste tú quien me tiró.
— Deberías agradecermelo — dijo él, sonriendo sugerente.
Y transcurrió un cierto tiempo antes de que se levantaran de la cama otra vez para ducharse y aprovechar algo el día.

Ann estaba serena antes de la inauguración. Con gran compostura y organización, trabajó como lo había hecho el día anterior. Clint estaba con ella, y llamó a Dingus para que fuera también a ayudar. Y lo más sorprendente fue que el

abogado renunció a algunas de sus preciosas horas de trabajo para acudir a la llamada.

A última hora de la tarde, se marcharon para arreglarse. Mary había llevado su ropa para vestirse en casa de Ann. Antes de marcharse, Clint sonrió a Ann.

— Iré por ustedes con tiempo de sobra.

Ann aún no podía besar a Clint delante de su hermana, pero le sonrió casi como si estuvieran solos y le tocó el brazo sin darse cuenta de que lo hacía.

Las dos hermanas se vistieron con elegancia, como requería la ocasión, Ann se puso una túnica negra que dejaba entrever su pierna a través de la abertura y Mary un vestido azul que realzaba su cabello rubio.

Los dos hombres fueron a casa de Ann, y los dos iban muy formales de etiqueta.

Ann y Clint no podían apartar los ojos el uno del otro. Pero Mary y Dingus no se dieron mucha cuenta, pues lo mismo parecía sucederles a ellos.

Ann y Mary conocían a todas las personas que fueron a la inauguración y fueron presentándolas a Clint y Dingus. Clint contemplaba cómo Ann saludaba a los invitados. Sonreía, pero parecía un poco fría y distante. Eran los invitados quienes reaccionaban. Les gustaba. Estaban complacidos por haber recibido la invitación y todos admiraron realmente los cuadros.

Los canapés de Sharon fueron tan maravillosos como siempre, y la inauguración fue un gran éxito. Los padres de Ann llegaron pronto con varios amigos. Eran personas agradables que contemplaron los cuadros de Ann con su usual asombro y que sonrieron afables a Clint.

Clint había observado que los precios de los cuadros de Ann eran demasiado bajos. Casi todos se vendieron en las dos primeras horas. Y hubo invitados que le pidieron citas. Aunque ella les daba largas a algunos, diciendo que su horario era muy apretado, a otros les dijo con naturalidad que la llamaran más adelante.

Eran casi las diez cuando Harry Warsaw se presentó con un grupo. Ann se lo quedó mirando inexpresiva, muda, anonadada de que hubiera ido. Clint le puso una mano en la parte inferior de la espalda, para que supiera que estaba junto a ella.

Harry se inclinó y le besó a Ann la pálida mejilla mientras decía con desenfado:

— ¡Así que has encontrado una afición!

Era muy propio de él negarle todo talento.

Luego Harry miró al hombre que se cernía protector sobre ella.

— Clint Burrows, ¿verdad? Oí que se trasladó aquí. ¿Por qué?

— Warsaw — Clint reconoció solamente el apellido, mientras lanzaba una mirada hacia Dingus.

El astuto abogado se acercó a los recién llegados.

— Vengan por aquí. ¿Les apetece un poco de vino?

Y el grupo encabezado por Harry avanzó a través de la galería, entre las miradas y los murmullos de admiración de los invitados. Era un hombre poderoso y muy jovial, así que todo el mundo lo saludaba. El y su séquito contemplaron superficialmente los cuadros mientras tomaban el vino, pero Clint se encargó de que Ann no estuviera disponible cuando el grupo de Harry se marchó.

Clint descubrió que las manos de Ann estaban frías y temblorosas y que parecía anonadada. Le preguntó en voz baja:

— ¿Te encuentras bien?

— Sí. Me pregunto cómo se enteró.

— ¿No le enviaste invitación?

— ¿Cómo iba a enviársela?

— Me parecía improbable.

— La última vez que vi a Harry Warsaw fue en una parada de camiones en Oklahoma...

Clint esperó, pero ella se dio la vuelta, dejando claro que no deseaba hablar de su ex marido.

— Podríamos marcharnos a cualquier lugar que te apetezca.

Ella alzó la mirada hacia él.

— Podría amarte.

— Ya me amas, tonta mía.

— No soy tonta, soy gitana — respondió sonriendo.

— Me gustan tu padre y tu madre, esas dos personas cuerdas que tuvieron que vérselas con la niña que alguien abandonó en su puerta — se quedó pensativo un momento —. Tus padres deben sentirse víctimas de un destino caprichoso. Por si no les bastaba con Mary, luego te tuvieron a ti. ¿Crees que tu padre habrá llegado a pensar si tu madre no habría estado tonteando por los bosques con algún sátiro?

— Ella nunca haría eso.

— Las aguas tranquilas son las más profundas.

— Ella ni siquiera sabe nadar.

— Eso es lo más prosaico que has dicho en dos meses.

— No estoy segura de que quiera que conozcas bien a mis padres. Esa parte de mi vida está a salvo. Es similar a la seguridad de mi propio mundo. Tú has invadido mi espacio, y me inquieta que llegues a conocer todos los otros segmentos. Eso puede convertirte en una parte demasiado importante de mi vida.

En tono suave y razonable, él le dijo:

— Yo soy tu vida, y tú eres la mía.

— No.

— ¿A quién vamos a invitar a nuestra fiesta de después de la inauguración?

Ella se lo quedó mirando.

— ¿Vamos a celebrar una fiesta?

— Oh, sí.

- ¿En dónde?
- Ya lo verás.

Capítulo 6

MIENTRAS Ann contemplaba a los presentes en la sala, las miradas que Clint le lanzaba a ella eran muy diferentes. Le advirtió:

– No tienes que cerrar el ojo derecho para probar la lentilla. He tenido una refriega con una bruja gitana que me ha dejado tan para el arrastre, que si algún hombre me desafiara, tendría dificultades en defender mi propiedad.

– ¿Propiedad?

– Er... posición. Sabía que empezaba por "p" – puso expresión de inocencia, pero inmediatamente añadió – : No hagas pruebas con la lentilla.

Ella protestó.

– Es que es muy fascinante ver los colores... los de los cuadros y los de las mujeres. Y los trajes de los hombres forman un maravilloso contrapunto.

– No me había dado cuenta de que para eso era para lo único que servíamos... como contraste cromático en un grupo de mujeres.

– Nos hace falta algún motivo para tenerlos alrededor.

– Tú no hagas guiños. No quiero tener que palearme con ningún hombre por tus favores esta noche. Tengo otros planes.

– ¿Ah, sí? ¿cuáles, si se puede saber?

– Te lo diré después de la fiesta, más tarde.

– Ah, sí, la "fiesta". ¿Quieres que haga un dibujo al carbón de la inauguración para ti?

– Esta noche no. ¿Quién quieres que venga a la fiesta?

– No sé. Se lo preguntaré a Mary.

Así que fue Mary quien eligió al grupito de parejas que iban a acudir a la fiesta de después de la inauguración. Y aquello acabó de demostrarle a Clint lo poco que le preocupaban a Ann las amistades.

A Clint le gustaba la gente. ¿Era el distanciamiento de Ann algo temporal, debido a sus experiencias como mujer de Harry, o era un rasgo de carácter imposible de cambiar? ¿Sería un problema?

Clint era un hombre gregario. Había dedicado tiempo y energía a conseguir el reconocimiento que en aquel momento tenía en el mundo de la abogacía. Pero había más cosas en la vida.

Deseaba más... un hogar que compartir, amigos de los que pudiera sentirse próximo. Había elegido Indianápolis porque era una ciudad que reunía la sofisticación de las grandes urbes con las ventajas de las ciudades de tamaño

medio. Así que allí estaba, a sus treinta y seis años, donde deseaba estar. ¿Y se había enamorado irremisiblemente de una solitaria?

Si fuera realmente una solitaria, toda aquella gente no se sentiría tan atraída por ella. Se veía que aquellas personas se encontraban a sus anchas en su relación con Ann.

Al permanecer tan sola, ella estaba perdiéndose el placer de las amistades informales. Él iba a cambiar eso, pensó Clint con satisfacción, de la misma forma y con los mismos resultados que cambió su vida sexual. Costara lo que costara, iba a cambiar su vida social. Iba a ampliar y enriquecer su vida. Aquella fiesta de la inauguración sería un principio.

Mientras los demás invitados se marchaban, se les dijo a las parejas elegidas que se quedaran.

Ann se comportaba con su habitual afable frialdad. Clint la miraba y sonreía para sí. Porque, ¿quién si no él sabía la pasión ardiente que se ocultaba tras aquella fachada?

Los últimos invitados se fueron tras felicitarla y quedaron sólo las parejas elegidas. Al cabo de un rato salieron de la galería a buscar sus coches.

Cuando Ann se encontró a solas con Clint en el coche, se volvió hacia él con la caja con los canapés de Sharon que sobraron en el regazo.

— ¿Tu apartamento?

— No. Espera y verás.

— Espero que no se queden. Estoy muy cansada entre unas cosas y otras — le sonrió.

Clint se rió en voz alta y le tomó la mano.

Ann alzó la barbilla y dijo pudorosa.

— Me refería a la inauguración.

— Y yo que me he pasado la noche tratando de saciar tus apetitos salvajes.

— ¡Clint, eres indecente!

— Has estado magnífica esta noche. Y estuviste magnífica anoche también. Pero estoy muy orgulloso de ti, Ann. Tus cuadros son soberbios.

Siguieron hablando de sus cuadros hasta que, de pronto, Ann se dio cuenta de adonde se dirigían.

— ¿Vamos a mi casa primero?

— Sí — dijo él, deteniéndose en la entrada de coches.

— Ah, bien, así puedo cambiarme de ropa. Tengo un nuevo par de... — había salido del coche.

Miró a su alrededor y, con una expresión de perplejidad, dijo:

— Los otros coches están aquí.

— Ven a ver.

Estaba muy satisfecho de sí mismo. Tomó las cajas de canapés de los brazos de Ann y le indicó que subiera los escalones del porche. Ella titubeó mientras preguntaba:

— ¿Qué me has preparado?

– Te espera una sorpresa.

– Ya estoy conmocionada – dijo ella, casi en un susurro.

Clint abrió la puerta y se echó hacia atrás con una gran sonrisa. Mientras los otros se arremolinaban en la entrada, lanzando exclamaciones, Clint contempló el rostro de Ann, deseando compartir su placer.

Con un escalofrío paralizante, ella se dio cuenta de que alguien estuvo allí antes que ellos. Había varias macetas con palmeras repartidas con mucho gusto por el estudio. Todo estaba perfectamente arreglado, estilizado. La impresión era de tranquila elegancia, agradable para la vista.

Ann no podía evitar apreciar el efecto estético. Pero, sin su autorización, alguien penetró en su santuario.

Hablando entre ellos, sin dejar de mostrar su admiración, los otros fueron entrando mientras Clint le decía a Ann:

– Hay más.

Tiró con suavidad de su brazo y la condujo hacia el jardín.

Se había convertido en un paisaje de cuento de hadas. Encontró jardineras con flores en los huecos que dejó Ann en su ataque frenético del día anterior. Y alrededor del estanque estaban velas encendidas, dispuestas con gran imaginación en todo tipo de recipientes.

Pero Ann no veía solamente el gusto exquisito de aquella imagen llena de magia; veía su mundo lleno de intrusos. Y era Clint quien tenía la llave de su reino privado, y él quien permitió la entrada a los otros. Se sintió traicionada. ¿Cómo podía decir que la amaba cuando la conocía tan poco?

El estaba encantado.

– La florista ha hecho un trabajo excelente, ¿verdad? Me la recomendó Sharon.

Los invitados se esparcieron por el jardín, maravillados. Una pareja ocupó uno de los columpios. Otros, se sentaron alrededor del estanque. Otros paseaban por los senderos de ladrillo. Todo el mundo parecía sentirse como en casa.

Mary se acercó y pasó un brazo por los fríos hombros de su hermana. Mary no dijo nada. Estaba simplemente allí. No sabía nada de aquel plan o lo hubiera impedido. Creyó que se fingían al apartamento de Clint. Clint quiso sorprender a Ann. Y lo consiguió con creces.

Los invitados lo miraban todo con ojos resplandecientes y no dejaban de mostrarle su admiración a Ann con las más variadas expresiones.

Alguien le preguntó:

– Clint dijo que iba a ser una sorpresa. ¿Estás sorprendida?

Y ella replicó con un horror bastante sincero.

– Sí.

Clint se rió de satisfacción. Había valido la pena el esfuerzo. La besó en la mejilla y le preocupó notar su piel tan fría.

– ¡Estás helada! ¿Dónde tienes un chal?

– Iré a buscarlo yo misma.

Ella fue a tomarse dos aspirinas e hizo frente al hecho claro de que tenía que resignarse. No podía echar a todo el mundo bruscamente de su casa. *Su casa.*

– Cariño, ¿estás bien? – Clint estaba allí.

– Eres como Harry – pasó por delante de él y sacó un grueso suéter del armario.

El se quedó anonadado.

– ¿Qué? ¿Qué quieres decir?

– Después del sexo, él siempre buscaba la forma de provocar una riña. Tenía que haberlo esperado.

– ¿Qué? – estaba horrorizado –. ¿Qué quieres decir?

– Lo has conseguido.

Fue a tomarla del brazo, pero ella lo apartó con brusquedad y saltó afuera... con sus invitados.

Las dos siguientes horas fueron interminables. Los invitados se la pasaron maravillosamente. Acabaron incluso arremangándose los pantalones y chapoteando en el estanque.

Como era un hombre formal, Dingus no chapoteó. Estaba sentado junto a Mary frente al estanque. Mary estaba muy callada.

Dingus le preguntó:

– ¿Te encuentras indispuesta?

– Estoy bien.

– ¿Tienes sueño?

– No.

Dingus observó:

– Pues no estás tan parlanchina como es habitual en ti.

– No.

– Ven a sentarte en el columpio y te cantaré algo – sugirió él en un arranque de extravagancia.

– Tengo que ver si Ann me necesita.

– Clint está ocupándose muy bien de ella – replicó Dingus.

– Ha invitado a toda esta gente a su santuario.

– Ah, vaya.

– No ha entendido – dijo Mary.

– Me sorprendió cuando llegamos aquí – reconoció Dingus.

– ¿Entonces te das cuenta de que se ha precipitado?

Dingus sacudió la cabeza una vez.

– Soy casi tan amante de la intimidad como Ann.

– Pero lo tuyo es costumbre, y lo de Ann es retiro. Y precisamente esta noche tenía que aparecer Harry Warsaw.

– ¿Se pondrá bien?

– No es una paranoica, sólo le gusta su intimidad. Si Clint hubiera esperado un poco y le hubiese preguntado antes, tal vez se habría adaptado. ¿Por qué la gente se empeña en las sorpresas?

— Generalmente, lo hacen con buena intención.

— Sí, pero esta noche, a pesar de su buena voluntad, Clint ha conseguido que su relación con Ann vuelva al punto cero. ¿Por qué se sienten atraídos los tipos viriles y dominantes por las tímidas violetas?

Dingus le puso una mano en torno al brazo.

— ¿Y por qué se sienten atraídas las bellas por los hombres retraídos?

— ¿Estás hablando de nosotros?

— Sí — sonrió un poco.

— ¿Qué te hace pensar que me siento atraída por ti?

— Ya me he encargado yo.

— No eres mi tipo en absoluto — dijo ella.

— Ya te adaptarás.

— Para ser un hombre "retraído", eso me suena extraordinariamente machista y dominante.

— Ese es el efecto que me produces.

Ella se rió, burbujeante.

— ¿Se le pasará a Ann el disgusto?

— Eso depende de cómo se porte Clint. De lo próximos que estén. De si ella lo ama.

— Probablemente saldrán con bien de esta — al cabo de un momento de silencio, Dingus añadió:— Creo que él se quedó aquí anoche.

— ¿Y cómo puedes saberlo?

— Mi apartamento da a su estacionamiento. Su coche no estaba allí anoche. Llegó esta mañana y llevaba la ropa hecha un desastre. Le pregunté en dónde estuvo. Me dijo que en el estanque de Ann y se rió como un hombre que ha... recibido buenos cuidados.

— ¿Cómo puedes decir eso?

— Lo dio a entender. Y tú has tenido que notar cómo estaban... juntos en la galería esta tarde... No tienes más que comparar cómo estaba Ann ayer y cómo estaba esta tarde.

Mary se quedó pensativa.

— Tal vez salgan bien de ésta.

— No si ella cierra la puerta.

Mary asintió.

— Del castillo.

— ¿Vamos a sentarnos al columpio? — sugirió otra vez Dingus.

— ¿Qué tal cantas?

— No muy mal si no es mucho rato.

Ann pensó que los invitados no se irían nunca. Cuando por fin se fueron, tras mostrarle a Ann su entusiasmo y su admiración, quedaron solos Mary, Dingus, Clint y Ann. Clint estaba en ascuas, cada vez más angustiado, desde que Ann le espetó "*Eres como Harry*" y apenas le volvió a dirigir la palabra.

— Estoy segura de que me disculparán. Ha sido un día muy largo y estoy exhausta. Buenas noches — mientras se daba la vuelta, le hizo a Mary un leve guiño con el que le suplicó ayuda. Mary se puso manos a la obra de inmediato.

— Vámonos todos — dijo, tratando de llevarse a los dos hombres. Pero ninguno de los dos era fácil de dominar. Dingus dijo:

— Hay que apagar las velas.

Y Clint añadió:

— Hay que volver a poner la rejilla.

— Tú tienes la llave — manifestó Ann —. Cierra cuando salgan.

Y se dio la vuelta. No se sentía con fuerzas de dedicar el tiempo necesario para convencer a Clint de que habían terminado. No podía soportar que otro hombre usara su vida de aquella forma. Nunca más.

Subió a su habitación y se encerró.

Las tres últimas personas tardaron un rato en irse. Ann podía oír el sonido de la voz seria de Mary. Estaba empeñada en sacarlos de allí. Bendita Mary.

Ann se desnudó y se metió en la cama. Pero las sábanas seguían oliendo deliciosamente a Clint. Asió la almohada y se abrazó a ella como si fuera él. Y lloró.

Él estaba allí. Intentó abrir la puerta del dormitorio.

— Abre la puerta. Tengo que estar contigo.

Ella se quedó en silencio, ahogando sus sollozos en la almohada.

— Ann, te ordeno que abras la puerta, por nuestro bien. No sé lo que he hecho — y de nuevo dijo —: Tengo que estar contigo.

Ella no hizo ningún sonido. Como hizo aquella primera noche, permaneció en silencio.

Oyó sus pasos alejándose por el pasillo y supo que estaba en el jardín. Se acercó a la ventana y, tras levantar la persiana, la abrió y entró en la habitación. Ella lo miró con los ojos dilatados mientras Clint se quitaba la ropa y se acercaba a la cama.

— No — susurró ella.

— Sí — su voz era muy dulce —. Por mucho que nos peleemos, siempre estaremos juntos — se metió en la cama y tomó su cuerpo rígido y frío entre sus brazos —. Si prefieres no hablar ahora, tenemos el resto de nuestras vidas para resolver lo que sea que te preocupa. Te escucharé y cabe la posibilidad de que añada una palabra o dos, aquí o allí. Pero estás muy fría y cansada y tal vez sea mejor que esperemos la mañana. Deja que te caliente.

Ella se estremeció. Sabía que él le haría el amor y que ella respondería, pero no deseaba esa intimidad. No ahora. ¿Cómo podía mostrarse firme con un hombre que no dejó que una ventana lo detuviera?

Pero lo único que hizo él fue estrecharla entre sus brazos y comunicarle el calor de su cuerpo ardiente.

– Te amo – dijo él –. Mantén eso bien grabado en tu mente.

A medida que sus temblores disminuían y su cuerpo se calmaba e iba entrando en calor, ella dijo:

– Cualquier otro hombre habría tenido el sentido suficiente para permanecer alejado de mí.

– Yo no soy cualquier hombre. Incluso tú has reconocido que soy diferente. Te amo, Ann. Podemos hacer frente a cualquier cosa que surja entre nosotros.

– Yo no soy tan fuerte.

– Me tienes a mí. No tienes que hacer nada sola. Estoy aquí.

Ella se quedó pensando aquello; y pensando, se quedó dormida. Clint no logró dormirse hasta mucho después, pero incluso cuando lo logró, sabía cada vez que ella suspiraba o se movía.

Era tarde cuando se despertaron el sábado. Ella fue consciente de que no estaba sola y abrió los ojos al oír su respiración entrecortada. ¿Una pesadilla? Parecía inquieto. Alzó la cabeza para ver qué le ocurría y se encontró con sus brillantes ojos azules.

– ¿Qué te ocurre? –le preguntó ella en un susurro.

El sonrió pesaroso.

– Estoy algo perturbado por estar acostado desnudo en la cama de una señorita.

Ella se sonrojó y se habría apartado de él si Clint no se lo hubiera impedido.

– Buenos días, señorita.

– Buenos días.

– ¿Has reedificado tu castillo esta mañana?

Ella sabía que él se daba cuenta de que había algo que no funcionaba, pero no podía explicárselo. ¿Cómo se puede explicar a un hombre lo que es ser hombre?

– ¿Por qué me acusaste de ser como Harry anoche? ¿Qué era eso de hacer el amor y luego una discusión?

– Es lo que él habría hecho. Cuando acababa conmigo, se quedaba callado un rato y luego buscaba algún motivo para discutir. A mí no me gusta discutir, así que trataba de apaciguarle. Y eso no hacía sino intensificar su actitud, que podía durar días. Finalmente, acababa haciéndome enfadar. Y aquello era lo que lo dejaba satisfecho. Era extraño.

– ¿Cómo puedes compararlo conmigo? Yo no buscaba discutir contigo.

– Trajiste a toda esa gente a mi santuario. Utilizaste tu llave para dejar que entrara gente a cambiarlo todo.

– Oh, amor mío. Sólo pretendía complacerte.

— ¿Invadiendo mi mundo?

— No pretendía que fuera una... intrusión en tu mundo. Pensaba en ello como nuestro mundo. Quería compartirlo con tus amigos. Te amo tanto, que deseaba que ellos tuvieran un poco de nuestra felicidad. Deseaba decorarte con gemas y anillos y objetos de oro. Quería llenar de flores tu casa. ¿Cómo pude ser tan torpe que sólo he conseguido enfadarte?

¿Cómo podía seguir enfadada con él después de aquello? Se lo quedó mirando un rato.

— Empiezo a ver que vas a suponer un castigo para mí toda la vida.

Y con esas poco afables palabras, ella reconoció que él iba a estar siempre allí, aunque fuera un castigo para ella. Y él echó a reír. La abrazó y la besó y sus brazos se cerraron en torno a Ann con su habitual posesividad masculina. Y ella lo dejó.

— No entiendo cómo puedes ser así — rezongó la chica — . Pareces amable y educado, pero eres incapaz de comprender cuando no se te desea.

El sonrió y se movió.

— Tú me deseas.

— Soy sexualmente tolerante contigo y trato de librarme de atenciones no deseadas... Aaah.

— ¿Sí? — susurró él insidioso — . ¿Cuáles son las atenciones no deseadas? ¿Estas?

— E... eso está bien.

— ¿Y esto? ¿Te molesta esto?

— Oooh... no.

— ¿Y esto qué te parece? — era despiadado — . ¿Me detengo? ¿O quieres que te haga esto?

— S... sssí.

— Respecto a esas "atenciones no deseadas..."

— Cállate.

— ¿He oído a Ann Forbes decir "cállate"? ¡No puedo creer que una señorita como Ann Forbes pueda decir algo tan grosero como "cállate"! ¡Qué escándalo!

— ¿Quieres escandalizarte de verdad? ¿Qué te parece esto?

Y le acarició en un lugar muy íntimo con diabólica dulzura.

Su juego se hizo bastante hilarante. Se revolcaron, sin dejar de reír. El la persiguió hasta el jardín. Las vallas eran muy altas y nadie podía verlos. Y acabaron haciendo el amor sobre la hierba.

Luego, prolongando el juego, se metieron en el estanque, para gran pavor de los pececillos de colores quienes, hasta el día anterior, habían llevado una existencia apacible.

Ella se echó a reír, con su pelo negro húmedo colgando por su espalda y las manos en los hombros de Clint. Luego, sentándose sobre él, le echó hacia atrás el cabello y tomó su rostro entre las manos. Se inclinó hacia delante y lo besó muy dulcemente.

— Me encantan las flores. Y las velas convirtieron esto anoche en un país encantado.

—Ojalá no lo hubiera hecho nunca. Temí perderte y no lograba entender por qué.
—No traigas a nadie más aquí.
—Te lo prometo.
Qué fácilmente dijo aquellas palabras.

Capítulo 7

HARRY Warsaw telefoneó a Ann aquel sábado.
—Bueno, qué hay, Ann —dijo, tan cordial como siempre—. Estás madurando estupendamente. Estabas preciosa anoche. Quiero volver a verte.
—No.
El se rió afable.
—Yo también he madurado. Podemos hacer cita para comer la semana que viene. ¿Qué te parece el miércoles? En nuestro sitio de siempre.
Con acida ironía, ella inquirió.
—¿Qué... "sitio de siempre"?
—Solíamos ir al Ático de Jeb, en los viejos tiempos. ¿No te acuerdas?
Ella intentó recordar haber estado siquiera allí con él.
—No, Harry, no me acuerdo, y no quiero volver a verte. Se terminó. Dejemos las cosas como están.
Y en el mismo tono cauteloso con que Clint habló a Ann la primera vez, Harry dijo:
—Hubo algo bonito entre nosotros, Ann. Sólo que eras demasiado joven para adaptarte a ello. Tenemos que hablar.
—No. Tengo un invitado. Adiós.
—Te llamaré la semana que viene, y hablaremos.
Ella simplemente colgó.
Aunque estaba a menos de un metro de ella, Clint se sintió como si estuvieran a kilómetros de distancia. Ann se estremeció.
—¿Harry... Warsaw? —dijo él, atrayéndola hacia su cuerpo.
Ella asintió contra su hombro.
Clint se puso tenso.
—¿Qué quería?
—He madurado y quiere charlar.
—¿Y quiere Ann Forbes hablar con Harry Warsaw?
—No.
Muy cuidadosamente, Clint mencionó:
—Me dijiste que la última vez que lo habías visto fue en una parada de camiones en Oklahoma. ¿Qué ocurrió?

Ann no recordaba haber mencionado aquello. Pero le tomó la mano y juntos salieron al jardín.

Mientras caminaban, Ann le contó la historia.

— El estaba buscando la forma de provocarme después de una sesión de sexo. Me había estado pinchando... verbalmente. En la parada de camiones, hizo que me sirvieran un cuenco de zanahorias que yo no pedí. Yo no quería las zanahorias y empujé el cuenco hacia su lado. El volvió a empujarlo hacia mí y dijo con los dientes apretados que si hubiera querido zanahorias, las habría pedido. Yo le dije que tampoco yo las pedí y que pensaba que podían gustarle a él.

"Me doy cuenta de que esto suena ridículo, pero era la forma típica en que le gustaba provocarme para que saltara. Luego siguió diciendo otras cosas, metiéndose conmigo. Hablaba demasiado alto y su voz llegaba a las demás mesas. Generalmente era muy selectivo respecto a los lugares donde discutir. Quizá pensó que al estar en una parada de camiones nadie nos conocería. No sé lo que pensó. Fue realmente brutal. Por entonces yo sospechaba que Harry podía tener un problema que no tenía nada que ver conmigo. No podía decir nada. No miraba alrededor. Sabía que la gente escuchaba y me daba vergüenza. Estábamos allí sentados en la mesa y Harry comía como si estuviera solo. Al cabo de un rato, una pareja se acercó a nuestra mesa. Tendrían unos cuarenta años. El hombre tenía los dientes salientes y el rostro cubierto de pecas. Llevaba una gorra de granjero, unos vaqueros gastados y una camisa de cuadros. Su mujer tenía unos solemnes ojos azules. Ella también llevaba vaqueros y una camisa a cuadros. El hombre me dijo: "¿Quieres quedarte aquí o prefieres venir con nosotros?"

"No se me había ocurrido largarme sin más. Me educaron para ser obediente. Harry era mayor que yo y una figura de autoridad. Yo estaba convencida de que podía cambiar las cosas y hacer que el matrimonio funcionara. Pero después de dos años, ya estaba harta de Harry. Así que me levanté y me largué con ellos. Así de simple. ¡Era libre!

Hizo una pausa para respirar.

— Fue un acto de coraje, por parte de los Bates... Jim y Fran. No podían saber a qué extremos hubiera podido llegar un hombre que hablaba de aquella mala manera a una mujer, pero se arriesgaron sólo por ayudarme. Fran es la mujer mis dulce del mundo y Jim es como un caballero andante. Apenas dijimos una palabra. Les pregunté adonde se dirigían y me dijeron que vivían en una vieja comuna hippie en Texas. Me marché con ellos.

"A aquel sitio lo llamaban Paz. Sólo por el nombre, puedes adivinar en qué fechas se fundó. Viendo a los Bates, nadie hubiera podido imaginar lo radicales que eran. Y siguen siéndolo. ¿Quién, si no alguien como ellos, podría haberme ayudado?

— Yo lo hubiera hecho.

Ella le tocó la rodilla a Clint y sonrió:

— La comuna es una comunidad limpia, organizada y en la que hay mucho trabajo. Se dedican al cultivo y comercialización de frutas y verduras exóticas, al

diseño y confección de alfombras y tapices exquisitos, cerámica muy elegante y maletas y bolsas de cuero. Se han ido formando parejas permanentes y los niños viven con los padres. Son tan tranquilos como cualquier pueblecito de clase media, pero mantienen la independencia de los sesenta, un individualismo apacible y crítico propio de aquella época. Fue una experiencia trascendental para mí.

"Estuve trabajando. Hice lo que pude. Había estado un par de años en la Escuela de Arte Herrón. Dibujaba bien, así que estuve haciendo diseños. Luego echaba una mano en todo lo que fuera necesario, desde descargar camiones por las mañanas a coser bolsas. Lo que fuera. Todo el mundo era muy amable. Había varios personajes más o menos extravagantes, pero el ambiente generalizado de tolerancia permitía que todo el mundo se adaptara a la comunidad con sus rarezas. Yo nunca tuve una... familia así. Mis padres nunca dejaron de mirarme con cierta perplejidad, como si fuera un bicho raro. Allí me sentía absolutamente a gusto.

Aun entrecerró los ojos por un momento.

— Fran fue quien decidió que tenía que volver a la escuela de arte — continuó —. Yo estaba satisfecha con mis acuarelas para turistas y mis diseños de alfombras, pero ella insistía en que debía aprovechar al máximo mis posibilidades.

"Era una mujer muy cariñosa, pero con una voluntad de hierro cuando veía algo claro. Estaba siempre animando a todo el mundo — la expresión de Ann se hizo un poco pesadosa —. Pero creo que me hizo salir demasiado pronto del nido. No aprendí lo suficiente de ella — terminó al fin.

Clint preguntó:

— ¿Cuánto tiempo tardaste en acabar los estudios de arte? ¿Dos años?

Ella asintió con la cabeza.

— Me gustaría conocer a esa pareja — dijo Clint.

— Ella haría que te lanzaras como candidato a presidente.

— Tal vez la contratara para dirigir una de las oficinas que represento.

Ann se echó a reír.

— ¡Eso sí que sería digno de verse! ¡Ustedes dos trabajando juntos!

Se quedó un momento pensativa.

— En la escuela, hice un retrato de Fran y Jim. A mi profesor le encantó. Dijo que tenía el toque mágico de los auténticos artistas. Lo que no podía entender era que yo no hice más que pintar lo que veía. Los copié, tal como eran. Me daba un poco de miedo enseñárselo a ellos. Era un retrato extraño. Pero lo entendieron perfectamente y se emocionaron. Para mí, fue también lo más emocionante que me hubiera ocurrido, hasta entonces.

Añadió aquello muy tímida, sin mirar del todo a Clint.

El no lo mal interpretó. Le puso una mano en la nuca y la acarició.

— Cuando tu profesor dijo que eras una auténtica artista, no se equivocaba. Lo has demostrado con creces — luego añadió lo que deseaba decirle desde hacía rato —: Vendes tu obra demasiado barata.

— Me conformo con que a la gente le guste mi trabajo. Conozco a una escritora que escribiría por nada, sólo por compartir sus historias. Yo soy como ella.

- Fran se tiraría de los pelos.
- La has entendido a la perfección – Ann se rió.
- Debemos parecerlos.

– Ella se habría puesto hecha un furia también si hubiera estado aquí cuando Harry me llamó. De hecho, no he hablado a nadie de Harry, excepto a ti. Llevaba casi un año en la comuna cuando por fin el divorcio se hizo definitivo. Mary apareció por allí como una visitante de otro planeta, y la gente dejó de trabajar para mirarla. Era como un sueño, tan rubia y guapa. Ella y Fran se hicieron amigas al instante. A pesar de lo diferentes que son de aspecto, también son muy parecidas. Mary es más protectora.

- Ya me he dado cuenta.
- ¿Por qué no dejaste que Mary te sacara de aquí anoche?
- Tenía que estar contigo.
- Te colaste en mi habitación sin pensarlo dos veces.
- Te amo. Tengo que hablar con Fran sobre ti. Necesito su consejo.
- ¿Por qué?

– Mis instintos protectores son aún más fuertes que los de Mary. Tengo que saber cómo compaginar mi necesidad urgente de protegerte con tu derecho y tu necesidad de libertad.

- Entonces lo entiendes.
- Sí.

Ella se quedó en silencio, pensando. Luego dijo:

– Qué suerte tuve al estar aquel día en Oklahoma... Me pregunto si habría llegado a dejar a Harry alguna vez, si hubiera podido soportarlo más. Qué horrible hubiese sido pasarme la vida... soportando.

Clint le advirtió:

– Ayer vino para comprobar de primera mano todo lo que había oído de ti. Y te vio allí, joven, llena de vitalidad y talento, rodeada de hombres que merodeaban a tu alrededor. Y quiere tener su parte en ello. Es un hombre de negocios listo.

- ¿Es por eso por lo que tú sigues junto a mí? ¿Quieres tener parte en ello?
- Quiero tenerte toda.

Pero no le hizo el amor. La abrazó y la besó, pero tuvo mucho cuidado. Se sentía un poco inseguro con ella. Había descubierto que podía cerrarse a él. Después de la noche anterior, se dio cuenta de que no podía hacer lo que quisiera respecto a ella. Tenía que ser cauto. Era una nueva experiencia para él.

Y la siguiente vez, después de que Harry llamara a Ann, Clint fue a verlo y le dijo que se retirara. Aquello puso fin al estorbo de Harry, quien no volvió a llamarla.

A medida que transcurrían los días, Clint y Ann proseguían su idilio veraniego. Ann bailaba para Clint en aquel jardín paradisíaco, mientras él tocaba el violín. Eran amantes. Cada vez que hacían el amor, parecía una experiencia diferente, cada vez más intensa y deliciosa.

Y hablaban. Discutían de religión, política, equipos de fútbol y comercio mundial. Sus conversaciones eran estimulantes, porque nunca estaban completamente de acuerdo. Pero veían a muy poca gente.

A Clint aquello le resultaba muy duro. Amaba a Ann y deseaba estar con ella, pero echaba de menos el estímulo de otras mentes. A Dingus le estaba permitida la entrada junto con Mary al santuario de Ann, y eso aliviaba en parte la desazón de Clint. Los dos hombres se hicieron buenos amigos. Pero Dingus no representaba un reto suficiente para Clint.

Clint fue a cenar a casa de Ann una noche, y estaban charlando en la cocina antes de sacar los platos al jardín.

— Hay unas personas a las que deberías conocer — le dijo Clint a Ann —. Tengo que devolver algunas invitaciones. He estado ignorando a demasiada gente y tengo intención de instalarme en Indianápolis en definitiva, así que voy a celebrar una fiesta en mi apartamento dentro de dos semanas. ¿Vendrás? Me parece que has estado en un comité con una mujer que conozco.

Ann apartó la mirada.

— Estoy empezando un nuevo cuadro. No sé si...

— Tienes que comer. Puedes venir, aunque sea un rato, a picar algo. Sharon se va a encargar de los canapés.

Ann sonrió.

— Ese es el gancho para atraerme.

— Realmente preferiría atraerte por mí mismo y no tener que recurrir a la comida. Es un poco deprimente para mi ego.

— Soy tímida — dijo ella, sonriendo.

Él la corrigió.

— No te interesan las otras personas. Más que tímida, eres excesivamente celosa de tu aislamiento.

— De mi aislamiento no; de mi libertad.

— Pero vives de espaldas al mundo.

— Sólo quiero vivir mi propia vida.

— Pero me estás encerrando a mí en tu cascarón.

— Eres libre para salir cuando quieras — dijo ella, contemplándolo con los ojos dilatados, sin respirar.

— Te amo.

— Oh, Clint — le rodeó con los brazos y lo besó.

Estuvieron un rato sin hablar. Luego Clint dijo:

— Leí una historia sobre una pareja que estaba atravesando una enorme planicie en caravana, cuando su hijo pequeño murió. Lo enterraron allí mismo, pero luego la mujer no quería separarse de la tumba. Y su marido no tuvo corazón

para obligarla a marcharse. Se quedó con ella y la caravana prosiguió su camino, dejándolos allí solos. Yo haría eso por ti. Lo estoy haciendo. Si no hay más remedio, viviré encerrado en tu cascarón.

Ann alzó su húmeda mirada hacia su amante.

— Yo no estoy destinada a compartir la vida de nadie.

— No te engañes. Vas a compartir la mía — su voz era áspera de emoción.

— Lo intentaré.

Lo decía en serio. Y lo intentó realmente.

Quizá si se hubiera obligado a llevar una vida más social después de su divorcio, a Ann le hubiera costado menos acudir a las cenas de Clint. En el exterior, parecía apacible y serena. Pero, en su fuero interno, contaba los minutos que faltaban para que terminaran.

Clint estaba orgulloso de ella, ajeno a su silenciosa desesperación. Sus cenas, servidas por Sharon, eran perfectas. Ann era una invitada más y Clint actuaba como el mejor anfitrión.

Una noche, Clint tuvo a tres clientes a cenar. Habían llegado a un buen acuerdo profesional y todo el mundo estaba satisfecho. Sharon se había superado a sí misma.

Ann estaba allí. La conversación sobre aspectos comerciales le resultaba incomprensible. Y las otras tres mujeres no paraban de hablar de ropa y de viajes. En un momento apropiado de la conversación, Ann, con cierto regocijo interno, les habló de la comuna de Paz. ¡Y obtuvo una respuesta asombrosa!

Una de las mujeres resultó conocer muy bien los productos que allí se hacían. Todas se mostraron muy curiosas e interesadas y comenzaron a hacerle preguntas a Ann sobre el pueblo y sobre los productos y le preguntaron si había alguna posibilidad de que pudiera conseguirlos más baratos.

No había ninguna. Las mujeres allí sentadas, con sus joyas relucientes y sus elegantes modelos mostraron su pesar por tener que pagar el precio completo. Aquel incidente hubiera sido digno de un chiste de periódico.

— Ann Forbes — dijo una de las mujeres pensativa —. ¿Usted es la joven de la exposición de la galería de Jon?

Ann asintió.

— Es usted muy... buena. No es que sepa mucho de arte, pero quedé impresionada. Me gustó mucho todo lo que vi. ¿Hace usted retratos?

— Muy rara vez.

— Tal vez quisiera algo pequeño. No sé, un simple apunte a lápiz o una pequeña acuarela. Ya la llamaré.

Ann replicó:

—Ya estoy trabajando en la exposición del año próximo y tengo muy poco tiempo. Pero conozco a varios artistas que hacen retratos. Le daré sus nombres.

—Oh, pero no me gustaría acudir a desconocidos.

Qué curioso. ¿Qué era Ann para aquellas mujeres? ¿Conocían la reputación de Clint y querían un retrato hecho por su amante?

Ann permaneció junto a Clint mientras los invitados se despedían y se marchaban, y para entonces, las mujeres se habían convencido de que Ann iba a hacer una excepción y les haría sus retratos. Algo pequeño, naturalmente, y no muy caro. Ann murmuró otra vez que conocía a otros excelentes retratistas. Pero todo el mundo se fue, la puerta se cerró y la pareja se quedó sola... al fin.

—Una velada agradable —dijo Clint, satisfecho—. ¿Qué tal con las mujeres? Al parecer, les has causado una gran impresión. ¿Les harás los retratos? Esto podría conseguirte más encargos.

—No. Andan buscando gangas. Y yo no soportaría pintarlas. Son de plástico. Hacía tiempo que no encontraba a mujeres tan auténticamente ociosas. ¿Y tú dices que yo estoy aislada? Ellas sí que lo están. A la única que pintaría esta noche es a Judith. Pero no creo que le gustara el retrato. La mostraría tan perdida como está en realidad. ¿Por qué se casan los hombres mayores con chicas tan jóvenes?

El replicó con total sinceridad:

—Son muchos los hombres que no sabrían tratar con una mujer segura de sí misma, con carrera e intereses propios. La mayoría de los hombres quieren una mujer para la que ellos sean lo más importante. No resulta fácil cambiar a los hombres.

—Yo soy una mujer con carrera propia.

—Hay circunstancias atenuantes.

—¿Por ejemplo?

—Te pliegas a mí. Me tomas tal como soy. Me incluyes en tu vida. Te preocupas por mí. Estás intentando cambiar tu vida por mí. Sé lo aburrida que estabas esta noche, se te notaba.

—No creo.

El sacudió la cabeza y sonrió irónico.

—Eres realmente brillante ahogando bostezos.

—Lástima que sea un talento no comercializable.

—El Departamento de Estado podría contratarte. Puedes hacer creer que el ser más aburrido del mundo te resulta fascinante. Menos mal que no examinaste a los hombres con esa lentilla tuya.

—No la llevo puesta.

—¿Te tengo delante... sin nada? —dijo él, boquiabierto.

—Totalmente desprovista de adornos.

—Bueno, no totalmente —dijo él, mirando significativo su elegante túnica.

Ella mantuvo la mirada clavada en él mientras se llevaba las manos a la espalda para bajarse la cremallera de la larga túnica. Luego, dejó que el tejido se deslizara con mortificante lentitud por sus hombros.

Clint la contemplaba con los ojos entrecerrados y mordiéndose el labio inferior.

Ella fingió que el tejido había quedado atorado al llegar a sus pezones. Pero, en realidad, tenía que hacer un esfuerzo para mantenerlo en aquella precaria posición. Alzó los brazos y se quitó las horquillas que mantenían sujeto su pelo. Las fue tirando una a una al suelo.

— Mi ama de llaves se asombrará cuando encuentre estas horquillas.

Ann asintió y dijo;

— ¿Quieres que baile para ti? — y esbozó una sonrisa seductora que hizo estragos en las ya alteradas hormonas de Clint.

— Dios mío. ¿Lo harías?

— Toca para mí.

— En mi estado, imposible. Pero puedo poner una cinta.

Se dirigió al equipo de música y comenzó a buscar entre las cintas.

— Podría ser más rápido, si fuera capaz de concentrarme.

Ella se rió.

— Si quieres bailar para mí, no te rías de esa manera.

— Sí, señor.

— Ni hables. No hagas nada — añadió, lanzándole una mirada ardiente por encima del hombro.

Por fin, consiguió meter la cinta y apretó los botones correspondientes. Luego, con gesto brusco se quitó la corbata y la chaqueta y se derrumbó sobre el sofá. La música comenzó.

Era una música realmente gitana. Era un ritmo sensual, palpitante y primitivo, lleno de seducción. Y aquello fue lo que hizo Ann.

Comenzó a girar y contorsionarse deliciosa por la habitación. Era exquisita. Era sensual.

Al final, dejó que el tejido de su túnica se deslizara hacia abajo, hasta sus caderas. Luego volvió a entorpecer el descenso, haciéndola girar perezosa. Permaneció medio desnuda en el centro de la habitación, dejando que su cuerpo palpitara con el ritmo primitivo de la música.

Clint no pudo más. Se levantó del sofá y, en pocos segundos, había acabado de despojarla de la torturante prenda. Luego, la alzó en vilo y se la llevó a su habitación.

El también fue exquisitamente sensual. La posó sobre la cama y se inclinó sobre ella mirándola a los ojos. Se tomó el tiempo suficiente para despojarse de toda la ropa.

Luego la exploró al detalle, como si nunca antes hubiera visto una mujer y necesitara satisfacer su curiosidad. Cuando ella quiso hacer lo mismo con su cuerpo, le atrapó las manos y se las sujetó por encima de la cabeza. Ella se retorció bajo él, volviéndolo loco, llenándolo de excitación.

Su rostro estaba tenso de deseo y la tomó con cuidado primero y luego con enérgicos embates. Hizo una pausa y luego comenzó de nuevo, excitándola cada vez más. Y pasó mucho tiempo mientras hacían el amor.

Ann se quedó aquella noche. Y fue ella la que se despertó primero y fue a buscar la ropa. Pero decidió ponerse la de Clint. El sonrió cuando se despertó y la vio con su camisa puesta y nada más. Hicieron el amor en el suelo de la sala. Rodaron, riendo sin parar, con sus cuerpos unidos. Luego se oyeron sólo los sonidos del amor. No tenían suficiente el uno del otro. ¿Tendrían alguna vez? ¿Podría llegar alguna vez el momento de la indiferencia a un amor así?

Capítulo 8

CUANDO el teléfono sonó en el apartamento de Clint, Ann no lo levantó. Clint se rió ante su reticencia.

— ¿Es demasiado temprano para que seas una simple visita?

Ella le dio un codazo.

— He recibido una educación exquisita.

El habló por teléfono:

— Clint Burrows... Hola, Natalie. ¿Va todo bien?...ya veo... Me encantaría recibirlas. No, lo entiendo. Tú deberías venir también. Ya me encargo yo. ¿Cuándo llegarán aquí? Muy bien. Dile a las niñas que estoy deseando volver a verlas. De acuerdo. Allí estaré. Adiós.

Colgó el teléfono y dijo:

— Mis sobrinas vienen de visita.

— ¿Ah, sí? — preguntó ella con amable interés —. ¿Cuándo?

— La semana que viene. El lunes por la mañana temprano.

— ¿Cuánto tiempo se van a quedar contigo?

— Hasta el domingo. Sam, el marido de Natalie, tiene una cita de negocios en Cincinnati, así que vendrán en coche desde San Luis, dejarán a las niñas aquí y seguirán el camino, y luego se quedarán el fin de semana. Es una oportunidad que tienen de pasar unas vacaciones todos juntos — entrecerró los ojos y dijo —: Tiene que haber servicios de cuidado de niños aquí en Indianápolis. ¿Conoces a alguien?

Ann no sabía nada relacionado con niños. Era un mundo completamente extraño para ella.

— Tal vez Mary pueda saber algo...

— ¿Por qué no se lo preguntas? Y yo preguntaré en el despacho — le sonrió a Ann —. Son unas niñas muy buenas.

Ann pensó que sería curioso conocer a las sobrinas de Clint. ¿Se parecerían a él? No se le ocurrió intentar solucionarle el problema, ni se ofreció para cuidarlas mientras él estuviera en el trabajo. Se fue a la cocina y preparó unas crepes perfectas para almuerzo, dejando la cocina hecha un desastre.

Más tarde, Clint la limpió, mientras Ann, sentada en un alto taburete, leía en voz alta un libro de cocina. El, con expresión distraída, llenaba el lavavajillas.

— ¿En qué estás pensando? — inquirió ella.
— En que necesitaremos un lavavajillas y una asistente.
— ¿Estás dando por hecho que yo vendría a vivir aquí?
— Estoy dando por supuesto el matrimonio.
— Ya lo he probado — dijo ella —. Y no es para mí.
— Lo has probado con el hombre equivocado.
— En eso tienes razón. Pero los hombres son los hombres — dijo ella, encogiendo los hombros.
— Al conocerme, reconociste que yo era diferente.
— Eres maravilloso — recalcó ella con énfasis.
— Estás hablando de sexo. Cualquier hombre con experiencia puede complacer a una mujer. ¿Qué hay del resto de mí?
— Eres muy guapo — cerró el ojo derecho y le dedicó una mirada lasciva.
— Eso no me acaba de convencer. Quiero algo más sólido. Algo como... bueno, habrá que inventar alguna palabra.
— Estás loco, Clint Burrows.
— Por ti — dijo él, y la besó.
Luego, la alzó en vilo y se la llevó otra vez al dormitorio.
— No puedo creer que quieras hacer el amor otra vez.
— En menos de una semana, voy a tener a dos sobrinitas aquí y nuestro tiempo libre va a verse seriamente limitado... ¡durante siete días! ¡Siete! Piénsalo, Ann Forbes.
— ¡Horror!
— ¿Lo ves?
— Te amo, Clint.
— Cástate conmigo.
— Tonterías.
— ¿Cómo puede decirle eso una mujer a un hombre que le pide matrimonio, con los tiempos que corren?
— Ya he tenido más que suficiente de hombres con Harry...
— Harry no cuenta. De mí aún no has tenido suficiente.
Ella sonrió.
— Eres más que suficiente para cualquier mujer.
Aquello fue bastante para que terminara su conversación y comenzaran a comunicarse de otras maneras.

Cuando llegó la noche y Ann pudo salir de su casa con cierta dignidad, vestida otra vez con su elegante túnica, Clint la llevó a casa. Y entonces fue él quien se quedó a pasar la noche allí.

Y durante todo el fin de semana, él no dejó de repetir el argumento de que la siguiente semana iban a llegar sus sobrinas, y que iban a tener que quedarse todas las noches con ellas.

— Me da la impresión de que estás usando eso como excusa — le acusó ella.

— ¿Cómo puedes decir eso? — exclamó él, fingiendo indignación, y pasando a castigarla de inmediato por tan injusta acusación.

Ann sabía que iba a echarlo de menos la siguiente semana, cuando llegaran sus sobrinas. En verdad cada vez se sentía más a gusto con él.

Clint la llamó a las cuatro y media de la madrugada el lunes siguiente, y no fue sólo la hora lo que la alarmó, sino su tono tenso.

— Cariño, tengo problemas. Estoy en Terre Haute. Ha habido un accidente. Mi cuñado, Sam, puede que salga de esta. Mi hermana está muy grave. Los van a llevar en helicóptero al Hospital Metodista. Se llevan a las niñas también. Las pequeñas están bien, pero muy conmocionadas. ¿Podrías ir al hospital y encargarte de ellas?

— ¿Las traigo aquí?

— Espera a que yo llegue. Entonces sabrán que te conozco y dónde se encuentran. Tenemos que tener mucho cuidado con ellas, para que no se sientan abandonadas. Ha sido terrible para ellas. Están muy afectadas. Llegaremos dentro de una hora o así. Voy a dejar el coche aquí y alquilaré una avioneta.

— ¿Voy a buscarte al aeropuerto?

— He llamado a Dingus. El estará allí. Tengo que delegar en él algunos asuntos de trabajo. Avisaré al hospital para que te esperen.

— ¿Está Natalie?...

— Muy, muy mal.

— Oh, Clint.

— Sí. Ve al hospital de inmediato, para que estés allí cuando lleguen las niñas, por favor.

— Allí estaré — le prometió Ann.

Al colgar, Ann llamó a Mary, quien respondió con voz somnolienta:

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¿Cómo lo sabes?

— Mira qué hora es. ¿Te encuentras bien?

Ann le explicó lo que ocurría y acabó diciendo:

— No sé qué hacer.

— Vístete. Estaré allí en veinte minutos.

Pero Mary llegó al cabo de dieciocho minutos. No había mucho tránsito a esas horas de la madrugada.

— Busca papel y lápices de colores le sugirió Mary —. No sabemos cuánto tiempo vamos a tener que esperar. ¿Qué edad tienen las niñas?

— Lo he olvidado. No son bebés. Unos seis años o así.

— ¿Están heridas?

— Conmocionadas. Sus padres están malheridos, la madre está muy mal.

Pobres niñas. ¿Qué haremos con ellas? — Ann buscaba cómo compartir la responsabilidad.

— Ya veremos — respondió Mary.

Y así, como era costumbre, Mary tomó las riendas de los acontecimientos. Se dirigieron al hospital y allí les dijeron que esperasen. Fueron amables con ellas y las mantuvieron informadas.

— El helicóptero ha llegado. Los padres están en cuidados intensivos. Las niñas serán examinadas, naturalmente. ¿Las conocen a ustedes?

— No. Yo soy amiga de su tío.

— La enfermera comprobó su cuaderno.

— ¿Su nombre?

— Clinton Burrows.

— Sí. Viene en un vuelo privado. Cuando llegue, le diré que están aquí — se dirigió hacia Mary —. ¿Es usted pariente?

— De ella — dijo Mary, señalando a Ann.

La enfermera miró a Ann, luego otra vez a Mary y asintió.

— Bien — dijo la enfermera —. Será mejor que vayan a desayunar. Cuando llegue el señor Burrows, le diré dónde están.

— ¿No hay nada que podamos hacer por las niñas? — preguntó Mary.

— No mientras las estamos examinando. Tendrán que pasar por lo menos veinticuatro horas hasta que estemos seguros de que no les pasa nada. Les ha sido asignada una enfermera que permanecerá con ellas hasta que llegue su tío.

Finalmente Ann preguntó:

— ¿Y la señora Durbin? ¿Va a salir de esta?

— Haremos todo lo posible.

Ann y Mary se sentaron a esperar. Al fin, aparecieron Clint y Dingus. Ann observó con sorpresa cómo Dingus se inclinaba tranquilo y besaba a Mary en la boca, aunque Clint la besó también a ella.

A Ann le costaba trabajo inmiscuirse en los acontecimientos externos, en las vidas y problemas de los demás. Sus sentimientos estaban bloqueados de alguna forma. Contemplaba la vida como un juego de luces y sombras, con ojos de artista.

Pasó mucho tiempo... lenta, interminablemente. Por fin apareció una enfermera y dijo que la señora Durbin aún vivía. Dejaron a Clint que fuera a ver a su hermana unos minutos.

Fue la angustia que Mary y Dingus sentían por Clint lo que despertó la compasión de Ann. Clint parecía muy fuerte. Pero cuando se fue de la sala, Dingus emitió un gruñido, apoyó los codos en las rodillas y enterró el rostro entre las manos.

Fue entonces cuando Ann se dio cuenta de forma consciente de la gravedad de la situación. Aquello era real. Terriblemente real.

Y estaban las dos niñas pequeñas... compartían la misma diferencia de edad aproximadamente que ella y Mary. ¿Cuidaría la mayor de la menor como hizo siempre Mary con ella? Entonces fue cuando Ann vio a Mary realmente como una persona.

Aquella Mary era una desconocida. Esa era la mujer hacia la que Ann se volvió durante toda su vida, descargando en ella sus problemas... dando por hecho que Mary los resolvería, la protegería y le ofrecería consuelo.

Ann siempre exigió aquello de Mary. Qué asombroso. Mary nunca se negó, ni la rechazó, ni se enojaba. Había aceptado el hecho de que Ann necesitaba su protección y siempre se la ofreció.

Clint la llamó a ella para pedirle ayuda, ¿y qué hizo ella? Llamó a Mary de inmediato. Y allí estaba Mary, como una roca, cuya protección y afán de consuelo incluía en aquel momento también a Dingus.

Incluso entonces, mientras contemplaba la dramática escena, Ann no podía evitar meditar sobre su dependencia de Mary. Probablemente la única decisión que había tomado por su cuenta era su desastroso matrimonio con Harry.

Y Mary no se perdonaba por no haberse dado cuenta de que Harry no le convenía a Ann. Ni siquiera dejar a Harry fue idea de Ann, sino de los Bates. A sus veintiséis años, Ann veía finalmente con claridad que era totalmente dependiente de otra persona. Y aquella persona no era el hombre que amaba: era su hermana. Nunca se dio cuenta hasta entonces.

Clint regresó tras sus cinco minutos con Natalie. Su rostro apenas traslucía emoción, pero sus gestos eran más rápidos.

— Lo hemos hablado con Sam, y acordamos que debemos decirle a Natalie que Sam también está herido. A veces, eso hace que aumente la voluntad de vivir de una persona, por el bien de los hijos. No estamos seguros de que lo haya entendido. Se lo he dicho yo, ya que Sam no se encuentra en condiciones. Le han tenido que inmovilizar la mandíbula y tiene el rostro lleno de puntos... le he dicho que las niñas están a salvo y que yo me encargaría de ellas. Que no se preocupase. Sam y Natalie están en la misma unidad. Los tienen juntos, pero él no puede hablar. Tiene asida la mano de Natalie. Puedo verla durante otros cinco minutos dentro de una hora, y dejaremos entrar a las niñas también.

— ¿Eso es conveniente?

— Necesitan saber lo que está ocurriendo... Son parte de esto. Estaban con ellos cuando ocurrió. Se despertaron y lo vieron. Lo saben. Necesitan hablar, con su madre mientras todavía... vive.

Dijo todo aquello con firmeza, pero una lágrima solitaria resbaló por su mejilla. No le prestó atención. Era como ver llorar a un león.

Dingus y Mary se fueron al despacho. No tenían nada que hacer en el hospital. Regresarían a última hora de la tarde.

Ann siguió sentada en la sala de espera. Pasó el tiempo haciendo bocetos de la gente que esperaba allí.

Clint deambulaba por la sala entre las visitas de cinco minutos.

— Creo que esta vez me ha oído. Las niñas volverán a entrar esta tarde. Las heridas de Natalie son internas. Creen que su situación se ha estabilizado.

Ann no dijo nada. Clint prosiguió:

— Menos mal que has venido. No creo que pudiera permanecer entero sin que estuvieras tú aquí a mi lado — sus ojos estaban hinchados por las lágrimas contenidas.

Se inclinó para besar a Ann, y luego fue a lavarse la cara.

Ann lo miró mientras desaparecía. Pensaba que le estaba ayudando simplemente por estar allí. ¡Sorprendente! ¿Ella era su fuerza? ¿Ella? ¿Ann Forbes? Lo único que había hecho era estar allí sentada, dibujando.

Clint y Ann bajaron a cenar y Clint le habló de su hermana y su marido, y luego de su familia. Sus padres iban a llegar al día siguiente. Su hermano de Florida y su hermana de Chicago llegarían en cualquier momento.

— Tengo terror al momento en que aparezcan mis padres. Esto va a ser duro para ellos; Natalie es la menor, su pequeña.

Ann se quedó mirándolo cuando dejó de hablar y sugirió:

— Cómete la fruta.

— Voy a tomar un café.

— No, la fruta te sentará mejor. Cómetela.

— Me alegro de que estés aquí. ¿Te lo he dicho ya?

— Sí.

— No me dejes.

Se le quebró la voz un poco y aquello conmovió a Ann.

— No lo haré.

Pero se preguntó cómo podría sacar fuerza de su persona como ella. Toda aquella situación le parecía irreal. Tenía la extraña familiaridad de los dramas de hospital de la televisión. Pero la muerte no estaba en el guión.

La otra hermana de Clint, Sue, llegó de Chicago. Se aferró a Clint y apenas se dio cuenta de la presencia de Arin mientras hablaba nerviosa y apresurada.

Con la llegada de su familia, y estando entre ellos, Ann se sentía como fuera de lugar, pero Clint la tenía asida del brazo y no estaba dispuesto a dejarla marcharse.

Su hermano Rick era mayor que Clint, y se parecía mucho a él, aunque su expresión era más dura. Notó que Clint descargaba parte del peso sobre los fuertes hombros de su hermano. Y envidió a Natalie por todo el amor que la rodeaba.

Solamente Mary la amaba a ella. ¿Y Clint? ¿Cuánto la amaba?

Ya era medianoche cuando Clint la llevó a casa. No se quedó.

— ¿Vendrás por la mañana? — le preguntó a Ann.

— Si me necesitas.

El la abrazó con gesto angustiado y su voz se quebró:

— Eres tú quien me mantiene en marcha — la besó muy dulcemente —. Te amo.

Luego la soltó y regresó al hospital.

Por la mañana, los padres de Clint llegaron al hospital. Eran exactamente como Ann había imaginado que serían después de ver a sus hijos: fuertes, dispuestos a desafiar a la muerte, seguros de que iban a vencer.

Al mediodía, Mary le dijo a Ann en la cafetería:

— ¿Qué tal está Natalie?

— Nada bien. Voy a quedarme con las niñas esta tarde. ¿Quieres venir a ayudar? ¿Qué se hace con niñas de esa edad?

— Ser tú misma.

— ¿Es una venganza?

— No. Tengo un trabajo de jornada completa. Te estoy dejando en manos de Clint.

— El no tiene ni idea sobre cuidado de niños.

Y nada más decirlo, se dio cuenta de que era mentira.

Mary se encogió de hombros y dijo:

— Enséñale.

— El piensa que le estoy dando fuerza.

— Creer es la mitad de la victoria. Tú creías que yo era capaz de hacer algo y lo hice. Pero en realidad siempre he funcionado a posteriori. Si revisas tu vida, te darás cuenta de que siempre has hecho lo que te ha dado la gana.

— Pero tú siempre me salvabas — protestó Ann.

— Tú me dabas la sensación de que me necesitabas, pero yo siempre llegaba cuando todo había terminado. Como en Texas. Fran y Jim te dieron la oportunidad de huir de Harry y tú la aprovechaste. Si no hubieran sido los Bates, habría sido cualquier otra persona o cosa. Yo siempre he sabido que no me necesitabas en realidad. Vine al hospital ayer porque sabía que Dingus estaría aquí. Es muy leal a Clint y es muy compasivo y afectuoso detrás de esa fachada formal y severa. Necesitaba asegurarme de que se encontraba bien.

Ann estaba atónita.

— ¿Pusiste a Dingus antes que a mí?

— Sin dudarlo ni un instante.

Realmente asombrada, Ann le dijo a su hermana:

— Me dejas conmovida.

Mary bufó:

— Eres más fuerte de lo que te imaginas.

— Hasta ayer mismo no me había dado cuenta de que dependo tanto de ti.

Mary sonrió. Ann declaró con vehemencia:

— Dependo completamente.

Mary sacudió la cabeza.

Clint entró en la cafetería y Mary se levantó y le besó en la mejilla.

— A mi padre y mi madre les gustaría que tus padres fueran a casa. Estarán muy cómodos allí.

— Es muy hospitalario de su parte — replicó Clint —. Por favor, agradécelo de la nuestra, pero creo que nuestros padres querrán quedarse en el hotel con el resto de la familia. Tenemos una suite completa, con varias habitaciones. Así no impondrán molestias a nadie.

— De todas formas, la oferta sigue en pie para cuando lo deseen.

Ann pensó otra vez que era Mary quien había ofrecido la bienvenida de la familia. A Ann ni siquiera se le ocurrió pensar en el alojamiento de la familia de Clint. ¿Por qué era eso? Quizá porque Clint daba la impresión de tenerlo todo bajo control. Claro que ella tampoco tenía la casa como para recibir a los padres del hombre que amaba...

Ann se dirigió a la enfermera que actuaba como contacto para cuestiones de información.

— ¿Qué se puede hacer con dos niñas de cinco y siete años?

La enfermera se la quedó mirando, con el rostro en blanco.

— ¿Un baño lento? ¿Libros? — dijo una vez que Ann le hubo explicado el problema mejor —. Deje que la ayuden. Manténgalas ocupadas.

— ¿Pero qué me sugiere usted? — insistió Ann. La enfermera enarcó las cejas.

— Mi madre nos ponía a hacer ramos de flores. O nos hacía ayudarla a fregar el porche, descalzas. El agua es siempre relajante. No deje que se exciten demasiado; Ya han tenido bastante alteración por el momento. Mantenga las cosas apacibles. Tal vez se peleen. Tal vez lloren. Sea amable.

— Gracias, creo que con eso podré arreglármelas.

— Ya verá como sí. Pídale a su hermana que la ayude. Ella es una organizadora nata — dijo la enfermera y miró hacia Clint, que estaba un poco apartado, hablando con su hermano.

Aquello le produjo una cierta reacción a Ann, quien dijo de nuevo:

— Creo que podré arreglármelas sola.

Pero cuando le llevaron a las niñas, el alma se le cayó a los pies. Las sobrinas de Clint le parecieron muy pequeñas... Eran muy solemnes, con los ojos grandes y quietos. Como ratones. Miraron a Ann con suspicacia y no quisieron ir con ella. Clint se agachó y les dijo:

— Ann las cuidará muy bien.

Ellas miraron a Ann, sin creer a su tío ni por asomo. Ann sonrió forzada y trató de parecer segura de sí.

— Tengo un gato que se llama Mac. Y tengo un estanque con peces en el jardín, donde podrán chapotear.

Clint le ofreció su más maravillosa expresión de alivio. Era como si hubiera dudado de que fuera capaz de quedarse con las niñas. ¿Acaso no tenía la menor fe en ella? Bueno, ella tampoco la tenía.

Capítulo 9

MARY le había dicho que lo único que hacía falta para dominar una situación era estar convencida de que se era capaz de hacerlo. Si Ann pudiera convencerse de ello, sería capaz de llevar a cabo cualquier cosa. Así de simple.

Como habían ido de viaje, las niñas llevaban con ellas sus objetos favoritos. Jan, que tenía siete años, tenía una muñeca de trapo que le hizo su madre; y Cathie, que con cinco años se sentía menos segura, llevaba una mantita, un conejo y un sombrero.

Aunque Ann no era muy consciente de aquellos aspectos, no pudo menos que escandalizarse ante el estado de suciedad de los objetos. Mientras se organizaban para marcharse del hospital, Ann dijo entusiasta:

—Vamos a lavar bien esas cosas.

Lo cual le ganó una mirada horrorizada por parte de Cathie y expresiones de censura por parte del resto de la familia. Ann era demasiado ignorante para saber que estaba caminando por terreno sagrado.

Una vez se despidieron de la familia y estaban en el ascensor, Clint trató de informar a Ann con mucho tacto:

—En este momento, Cathie es inseparable de su manta, su conejo y su sombrero.

Ann estaba en vena eficiente y controladora, así que sonrió a Clint con indulgencia.

—Todos los niños tienen sus fetiches —dijo—. El mío era un pato de trapo.

Y pasó a explicarle sus vicisitudes con el pato. Clint hizo varios intentos de advertirla, pero ella no estaba de ánimo receptivo en aquel momento. Una vez en el estacionamiento, metió a sus sobrinas en el coche más bien polvoriento de Ann y les dijo animoso:

—Pasaré a buscarlas a eso de las ocho. Vendrán a dormir con nosotros en el hotel. ¿De acuerdo? —luego le dijo a Ann—. ¿Les darás de cenar?

Ella replicó con gran seguridad.

—No te preocupes.

Se despidieron mientras salían del estacionamiento, Ann con un alegre saludo, las niñas con las naricitas apretadas contra el cristal trasero como si marcharan al exilio. Cuando perdieron de vista a su tío se volvieron hacia adelante y mantuvieron la vista fija, tomadas de la mano y aferrando con fuerza toda su parafernalia de seguridad.

Ann lo intentó. Les preguntó qué querían cenar. Les preguntó cuáles eran sus programas favoritos de televisión y si les gustaban los gatos. Y no recibió ninguna respuesta en absoluto. Se quedó sin más preguntas a las cinco manzanas. Recorrieron el resto del trayecto hasta su casa en completo silencio. Ann se mordió el labio inferior y se preguntó en qué lío se habría metido.

Cuando llegaron a la casa, Ann no supo qué diablos hacer y se puso a enseñarles todas las habitaciones, como si fuera una anfitriona con sus invitados.

Las llevó a su estudio. Las niñas miraron a su alrededor solemnes, moviendo sólo las cabezas y los ojos. Ella les preguntó:

— ¿Habían visto antes el estudio de una artista?

Y ellas sacudieron la cabeza.

Y fuera, bajo el sol de agosto, Jan y Cathie miraron al poco inusual jardín, siempre tomadas de la mano. No hicieron ningún comentario. Ann les enseñó los columpios y se ofreció a empujarlas. Ellas negaron con las cabezas.

Mac no estaba por ninguna parte. Después de cuatro años de alimentar a aquel gato miserable, no estaba cuando más lo necesitaba.

Luego las llevó a la cocina y les preguntó qué querían cenar.

Las niñas encogieron los hombros. Finalmente, decidió hacerles una deliciosa ensalada con todo tipo de verduras. Las niñas ni la probaron. Finalmente, comieron emparedados de mantequilla de cacahuete y de jalea de uvas. Ann estaba cada vez de peor humor.

Después de comer, las sacó otra vez al jardín. Ann quitó la rejilla al estanque y, para animar a las niñas, se quitó las sandalias y se sentó en el borde con los pies en el agua. Las pequeñas se la quedaron mirando. Las invitó a hacer lo mismo. Ellas no respondieron.

Jan sostenía con fuerza su muñeca y la sudorosa manita de Cathie con la otra mano. Cathie aferraba desesperada todos sus objetos y llevaba el sucio sombrero puesto. Ann contempló a sus invitadas. ¿Así que Cathie no iba a dejar que nadie lavara aquellos tesoros? No había problema. Ann conseguiría que acabaran limpios.

Le preguntó a Jan.

— ¿Eres la mayor?

— Sí — dijo la otra, mirándola como si la considerara muy inteligente por preguntarlo.

¡Ajá! ¡Conversación!

— Yo tengo una hermana mayor, Mary. Siempre ha sido muy buena conmigo. Me cuidaba.

Jan dijo:

— Yo la cuido a ella.

Ann asintió, satisfecha. Había conseguido una frase completa.

De pronto, Mac surgió de la nada y se acercó al estanque.

— Este es Mac mi gato.

— Parece malo.

— Es un gatito — le aseguró Ann a Jan.

Aparentemente ofendido, Mac arqueó la espalda, soltó un bufido, levantó la cola y se volvió a marchar.

— ¡Mac! ¡Eres un mal educado! ¡Vuelve aquí de inmediato!

Mac la miró por encima del hombro y le bufó otra vez, antes de desaparecer.

Las dos niñas se apretaron más. La poca confianza que habían tenido en Ann se desvaneció por completo. Estaban solas con una mujer tonta y un gato peligroso.

Pero hacía calor. Y el agua parecía fresca y deliciosa. Muy despacio, las dos niñas se fueron acercando al estanque. Finalmente se sentaron y tocaron el agua.

Con naturalidad, Ann les señaló los pececitos que se movían rápidamente de un sitio a otro del estanque. Ann intentó atrapar uno. Y Cathie se rió, un sonido muy leve, que ahogó rápido.

Al fin, las niñas se quitaron los zapatos mientras el sol empezaba a ponerse.

—Su tío Clint llegará en seguida — ¿se notaba el profundo alivio que sentía en su voz?

Pero el recordatorio produjo una reacción en las niñas. Pronto se irían al hotel y aún no metían los pies en el estanque. Si iban a hacerlo, tendrían que darse prisa. Intercambiaron una mirada.

Ann se sintió capaz de hacer cualquier cosa. Tal fue la sensación de triunfo que experimentó cuando las niñas metieron los pies en el agua. ¡Y luego empezaron a chapotear!

Entonces fue cuando Ann cometió un pecado mortal. ¡Alargó las manos, le arrebató sus tesoros a Cathie y los tiró al agua con los peces!

Para consternación de Ann, Cathie se puso histérica de inmediato. ¡Y Jan, llena de instinto protector, se puso furiosa! Cathie se lanzó contra ella y comenzó a golpearla con sus diminutos e ineficaces puños mientras Jan gritaba acusadora. Luego Cathie se tiró al estanque para recuperar los tesoros.

Ann trató de atrapar a la cría y recuperar sus cosas mientras intentaba sujetar a Jan. Y al cabo de un momento, mientras el trío chapoteaba, chillaba y salpicaba en medio del estanque, empezaron llamar a la puerta.

Ann sacó a las niñas del estanque, volvió a colocar la rejilla y fue a abrir la puerta a ver qué más podía ocurrir. Eran varios vecinos y vecinas, con ninguno de los cuales había hablado nunca.

— ¿Qué ocurre aquí? —le preguntaron, mirando hacia atrás de ella, donde las dos niñas empapadas y con aspecto deplorable, lloraban juntas.

— ¡Nunca había oído un escándalo igual! —la acusó otra vecina—. ¿Qué le está haciendo a esas niñas?

Así que las tres comenzaron a hablar al mismo tiempo.

Se tardó un rato en aclarar la situación. Una mujer indignada le dijo a Ann:

— ¡Parece mentira! ¡Debería tener más sensatez!

— Pero es que no ha visto usted lo sucias que estaban esas cosas...

— ¿Y qué? ¡Mire su jardín! Nunca había visto un desastre igual. ¿Cómo se atreve a juzgar?

Las cosas siguieron un rato en aquel tono.

Ann siguió defendiéndose hasta que, de pronto, se dio cuenta de que no les había hecho ningún daño a las niñas. Realmente no era tan culpable. Mary no estaba allí para sacarla del atolladero. Así que iba a tener que tomar ella el control de la situación. Entonces dijo con firmeza:

– Esperen un momento.

Y todos se callaron.

¡Sonó como si supiera lo que estaba haciendo, y la escucharon! Fue algo asombroso.

– Puedo arreglármelas perfectamente. Gracias por venir. Me alegro de tener vecinos que están alerta y dispuestos a ayudar.

Apaciguados, fueron marchándose.

Y Ann se quedó sola con las dos niñas hostiles, los tesoros empapados, el gato ausente y ninguna experiencia sobre cómo continuar. Pero fue entonces cuando se dio cuenta de que las niñas habían pasado dos días de horrendas experiencias y tenían todo el derecho del mundo a estar disgustadas y tensas. Se dirigió hacia ellas, quienes retrocedieron, sorbiendo. Ella se agachó y dijo:

– Lo siento. Es que no lo entendía.

Se la quedaron mirando un largo rato. Luego Cathie hipó y se puso a llorar más alto aún, pero corrió hacia Ann y se arrojó a sus brazos, casi tirándola al suelo. Jan se puso a llorar también y Ann se unió a ellas, llorando también e incluyó a Jan en su abrazo. Las tres se revolcaron por el suelo, en un lío de brazos y piernas mojadas, llorando y abrazándose. Un auténtico desastre.

Clint no llegó allí hasta casi las nueve. Nadie respondió a su llamada, así que entró con su llave en la silenciosa casa. Las encontró dormidas en la cama de Ann, abrazadas. Vio que Jan sostenía su muñeca de trapo, mientras que Cathie llevaba un impoluto sombrero, una reluciente manta y un níveo conejo. Y había restos de lágrimas en las mejillas de todas ellas.

Clint sintió una oleada de amor y deseó estar también en aquella cama. Necesitaba a Ann. Natalie estaba mucho peor. Tal vez no saliera del problema. De mala gana, Clint se dio la vuelta, procurando no despertarlas y regresó al hospital.

Por la mañana, Clint llamó y le preguntó a Ann si podía llevar a las niñas. Sam pensaba que tenían que ver a Natalie una vez más. Ann les planchó la ropa, las arregló y las llevó al hospital. Todo el mundo estaba muy serio, pero sonrieron a las niñas y las acariciaron compasivos. Aquello hizo que las niñas se aferraran con más fuerza a las manos de Ann. Fueron Clint y su hermano Rick quienes las llevaron a ver a sus padres. La señora Burrows se acercó a Ann y le preguntó quedo:

– ¿Cómo ha podido conseguir que Cathie le deje sus cosas para lavarlas?
¡Nunca lo había conseguido nadie! Estamos impresionados.

Ann replicó:

— Por pura estupidez — y añadió con una sonrisa —. Es una larga historia. Pero mi torpeza acabó por ser una bendición. Después del desastre, nos hemos hecho amigas.

— ¿Qué ocurrió?

— Es quizá demasiado emotivo para que se lo cuente ahora. ¿En otra ocasión?

— Es usted muy sensible.

— En ocasiones — la sonrisa de Ann era pesadosa.

— Clint nos dice que es usted una artista de talento,

— Gracias. He traído un retrato suyo a la acuarela para ustedes.

Lo pensó mucho, porque no quería desprenderse de él, pero finalmente lo hizo. Lo sacó del bolso y se lo ofreció.

La señora Burrows desenvolvió la pintura y todos se reunieron en torno a ella para verla. La señora Burrows reconoció todo el amor que había en aquella obra y sonrió.

— Gracias.

En ese momento, terminó la visita de cinco minutos a Natalie y Sam. Clint, Rick y las niñas venían con un asomo de sonrisa en sus rostros tensos.

Los padres preguntaron:

— ¿Y bien?

Clint soltó a Cathie, que corrió a reunirse con Ann. Clint les explicó a todos:

— Las niñas dijeron "hola", y luego Cathie: "Ann lavó a Bunnie, Silky y Tricky" ¡Y Natalie lo oyó y sonrió!

La familia rió con la indefensión de las personas seriamente atribuladas; y aquello atrajo las lágrimas.

Jan le preguntó a Ann.

— ¿Qué pasa?

Ann sabía que la respuesta a un niño ha de ser lo más sencilla posible.

— Tu madre ha sonreído.

Y Jan le preguntó:

— ¿Se va a morir mamá?

— No si ellos pueden evitarlo — Ann encontró la respuesta perfecta.

Cathie se apoyó en las rodillas de Ann y la miró seria a la cara.

— ¿Qué va a ocurrir con nosotras?

Habiendo sido una cobarde hasta hacía muy poco, Ann entendía bien aquello.

— Miren a todas estas personas que las quieren. Todas se ocuparán de ustedes. No tienen que preocuparse.

Jan declaró:

— Nos quedaremos contigo.

— Muy bien. Siempre que quieran.

— Para siempre.

¡Cómo necesitaban seguridad las niñas! Necesitaban saber que alguien tomaba iniciativas y sabía lo que iba a ocurrir. Ann le acarició la cabeza a Cathie, asombrada de que buscaran en ella refugio. ¡En ella! Una vez más les dijo:

— No tienen que preocuparse.

¿Cuántas veces en la vida le dijo Mary aquello mismo? Y había funcionado.

La hermana de Sam estaba allí. Se acercó a las niñas y les preguntó:

— ¿Están bien? — ellas se pegaron a Ann y asintieron con la cabeza —. Soy la hermana de su papá. Soy su tía Lucy. Vivo en Montana. Las vi cuando eran muy pequeñas — luego se dirigió a Ann —. ¿Es usted?...

— Ann Forbes. Una amiga de Clint.

— Ah, vaya.

Entonces Clint se acercó a ellas. Sonrió a Ann con ojos posesivos mientras le decía a Lucy:

— Es la mujer que amo. Lo que pasa es que no se ha hecho aún a la idea.

¿Quieres que te lleve a casa, mujer a la que amo?

Ella se sonrojó.

— Tengo el coche. ¿No tendríamos que quedarnos?

— El médico acaba de entrar. ¡Nos ha dicho que Natalie ha pronunciado el nombre de Sam! Y el pobre está a su lado y no puede hablar. Pero la tiene asida de la mano. Esto es maravilloso. La sonrisa de Natalie a las niñas ha sido su primera reacción frente a otra persona.

Ann se dio cuenta de que había más optimismo entre la familia. Sonrió a Clint, y él la acompañó a ella y a las niñas hasta el coche y se despidió de ellas.

Cuando llegaron a casa, Mable estaba allí para hacer la limpieza. Las saludó con naturalidad y puso a las niñas a ayudarla, entre risas Ann se dedicó a hacer apuntes de las niñas trabajando. Estaban las tres limpiando el estanque esa tarde cuando llegaron Mary y Dingus, Dingus se arremangó de inmediato para ayudarlas, para agradable sorpresa de Ann. No era ella la única que estaba cambiando.

Clint llegó un rato después. Saludó a todos y dijo:

— Creía que el estanque había sido limpiado hace poco. Van a acostumbrar mal a esos peces.

Con su sombrero limpio, Cathie le dijo muy seria:

— Es que ayer ahogamos a Bunnie, Silky y Tricky en el agua de los peces. Y estaban tan sucios que los pececitos podían ponerse enfermos.

¡Había absuelto a Ann de toda responsabilidad en la limpieza de los tesoros y la convirtió en una empresa conjunta!

Clint sonrió a Ann y dijo:

— Te amo, mujer a la que amo.

— ¿Está mejor Natalie? — preguntó cautelosamente Ann.

— Sí. Hay esperanza.

Las niñas le preguntaron:

— ¿Ya está mamá bien?

Pero su respuesta estuvo llena de precaución.

— Hasta ahora, ha respondido a algunas preguntas — miró a los adultos y simplificó la respuesta para las niñas —. Están seguros de que su mamá puede oír. Y sabe que es su papá el que le tiene asida la mano. Pronunció su nombre y él sintió que le apretaba la mano.

Clint parecía muy cansado. Ya era miércoles. El accidente había sucedido tres días antes, y cada uno de esos días fue largo como una semana.

Pero en lugar de descansar, Clint se puso también a ayudarlos en la limpieza del estanque. Acabaron todos empapados. Y riendo como locos.

Luego cenaron junto al estanque. Dingus y las niñas ayudaron después a Clint a limpiar los platos y la cocina, mientras Mary y Ann charlaban. Mary y Dingus se fueron un rato después.

Una vez se hubieron secado sus ropas, Clint les dijo a las niñas que se marchaban.

— ¿Adonde vamos? — dijeron ellas, acercándose a Ann.

— A pasar la noche en el hotel con sus abuelos. Toda la familia va a estar allí y les gustaría verlas.

Las hermanitas se miraron y dijeron casi al unísono:

— Queremos quedarnos con Ann.

Clint les prometió.

— Podrán volver por la mañana. Pero ahora tendrán que cambiarse de ropa. Me da la impresión de que Ann no consigue mantenerlas secas.

Ann comenzó a balbucear explicaciones y Clint estalló en carcajadas.

Y las niñas se rieron también. Se despidieron de Ann con un abrazo, apremiándola a que fuera con ellas.

— Ann tiene que quedarse con Mac — dijo Clint y luego, mientras le daba un beso de despedida, le dijo a ella —: Volveré lo antes que pueda.

Mientras esperaba a Clint, ella se metió en el estudio y se puso a trabajar en una acuarela de las niñas trabajando en el estanque. Estaba aún en ello cuando regresó él.

— Estoy agotado — dijo, mientras la abrazaba con ternura.

— Ven a la cama.

— Me siento muy raro. Cansado. Inquieto.

— Sí, es comprensible. ¿Vas a quedarte a pasar la noche?

— Sí.

Mac estaba sobre la cama, limpiándose las patas.

— ¿No podría dormir Mac en otro sitio?

Ella sonrió, cogió al gato, que le lanzó una mirada de rencor, y lo sacó al jardín. Volvió junto a Clint y comenzó a desnudarlo.

— Te deseo con desesperación, pero puede que me quede dormido en la mitad de todo.

— Tal vez no.

— Nunca había estado tan cansado.

— No tenemos por qué hacer el amor. Será bonito sólo estar juntos — dijo, mientras le quitaba la camisa.

— Me dejas perplejo. Las niñas te aman. Nadie puede ganarse a unas niñas desconocidas tan rápido. Nunca vi nada igual.

— Sufrimos un cataclismo juntas... y sobrevivimos de algún modo. No le recomiendo a nadie que lo haga así, pero a nosotras nos funcionó. Hizo que nos convirtiéramos en amigas, pero también podría haber tenido el efecto contrario.

— ¿Qué ocurrió?

— Ya te lo contaré en otra ocasión. Ahora necesitas dormir.

— Dejé este número en el hospital.

— Muy bien — dijo ella, mientras se agachaba para desatarle los cordones; tras una pausa, añadió — : Amo a esas niñas. No amo a muchas personas, pero a esas niñas sí — comenzó a quitarle los pantalones.

— Y a mí. Me amas a mí — no era una pregunta.

— A ti, más que a nadie — dijo ella, desnudándolo del todo.

— Creo... tal vez fuera capaz de probarte un poquito, aunque fuera rápido. Sólo para asegurarme de que eres... real ¿No te importaría?

— Por la mañana — dijo ella.

— ¿Qué hay de malo ahora?

— Tienes que dormir.

— ¿No llevas nada debajo de esa bata? Es muy virginal, de un blanco tentador, pero es tan fina que parece transparente.

— Ignórala — dijo ella.

— Podría ver mejor si te la quitaras.

Ella le sonrió.

— Se suponía que tenías que dormir.

— En seguida.

Y le desabrochó la bata. Luego comenzó a besar la piel expuesta, abrasándola con su ardiente aliento,

— Bueno, tal vez podrías probarme un poquito — le indicó sin aliento.

— Cuidado. Tal vez sea demasiado rápido.

— No me importaría.

— ¿Ya volvemos a las andadas?

— No, eso sería imposible. Ya me has mal educado. Me vuelves loca.

— ¿Loca eh? ¿Cuánto? — dijo él, sonriendo malicioso.

Lo hizo derrumbarse sobre la cama. El fingió resistencia. Ann se sentó a horcajadas sobre él.

Con su mejor voz de leguleyo, él declaró:

—Quiero que conste en acta que me resistí. No soy una persona fácil, señores del jurado.

Ella tomó la iniciativa y comenzó a hacerle el amor. Clint permaneció como una víctima tensa y rígida, utilizada por una mujer voraz. Permitió que aquellas manos ávidas se deslizaran por todo su cuerpo hasta que ya no pudo más. Entonces se dio la vuelta, la dejó de espaldas y emprendió un furioso ritmo que en poco tiempo los disparó hacia alturas maravillosamente vertiginosas.

Capítulo 10

CLINT se sumió en un sueño profundo, pero Ann permaneció despierta mucho rato. ¿En qué se estaba metiendo? No mintió cuando le dijo a Clint que era a quien más amaba. Era cierto. ¿Cómo podía seguir siendo una mujer fría y distante cuando lo amaba tanto?

Y luego estaban las niñas... qué a gusto se sentía con ellas. Antes de aquello, nunca había deseado tener niños.

¿Cómo sería lo de tener hijos? No venían ya preparados con cinco y siete años. Venían como materia prima. Requerían tiempo y energía y... un gran nivel de compromiso. Aquello era algo que no le faltaba a Clint.

Quería casarse con ella. ¿Cómo podía ella cambiar tanto su vida? Se volvió de costado y contempló su apacible sueño, experimentando una oleada de sentimientos contradictorios.

A ella le disgustaba mucho la idea del matrimonio. Le gustaba su vida como estaba. Si se mudaba con Clint, tendría que cambiar. Además, su casa no le gustaba. Era demasiado ordenado. Y a él le pasaría lo mismo, pero al revés.

Si seguían como estaban, ¿podría ser feliz Clint? Eran tan diferentes en todo. El era tan posesivo... se quedó dormida pensando en todas aquellas veces en que había mostrado su posesividad: en la galería, en las cenas, con otras personas y... en la cama.

La despertó la respiración agitada de Clint. Abrió los ojos, alarmada, y luego sonrió irónica al verlo. Estaba apoyado en un codo, gloriosamente desnudo y había levantado la sábana para tenerla a ella bajo su mirada ávida y... posesiva.

—Me gustaría poder llevarte conmigo como Bunny, Silky o Tricky.

Ella lo pensó un momento y dijo:

—En un portafolio, probablemente resultaría difícil de llevar.

—Eres magia pura —dijo él con voz ronca, mientras su respiración se hacía más rápida.

Se inclinó hacia ella y le besó los labios. Luego, su boca fue descendiendo. Ella se estiró, alzando los brazos despacio, mientras la boca de Clint se atareaba ávida en uno de sus pezones antes de saltar al otro. Ann ronroneó, excitándolo aún más.

Las manos habían comenzado a temblarle a Clint, y sus movimientos eran más fuertes. Su aliento era abrasador. Los gestos de ella ya no eran perezosos. Se retorció incansable bajo él. Clint alzó un momento la cabeza y susurró, con una sonrisa irónica y triunfante:

— ¿Así que frígida, eh?

Ella se acurrucó en torno a él y siguió su danza salvaje y apasionada. Y su pasión los llevó hasta una última exquisita pausa, que alcanzaron juntos y en la que se mantuvieron fugazmente, antes de que las convulsiones finales sacudieran sus cuerpos al unísono en un clímax gozoso y estremecedor.

Se quedaron inertes, hasta que al fin él volvió a apoyarse en el codo y sonrió:

— ¿Y ahora quieres que me levante y me vaya al trabajo?

Ella le lanzó una sonrisa culpable.

—He terminado contigo por un rato. Puedes retirarte.

—Te amo, mujer malvada —se rió Clint.

— ¿Malvada yo? ¡Pero si estaba dormida. ¡Has sido tú quien me ha puesto así!

— ¿Ah, sí? ¿Yo te altero?

—Eres un pirómano sexual. Tienes que serlo, ya que los dos sabemos que soy frígida.

—Venga, no me hagas reír, que ya tengo bastante problema n respirar. Habrías sido una espía estupenda. Si fuera capaz de organizar mis pensamientos, te soltaría hasta el último secreto que deseas saber.

— Por ejemplo... ¿a quién amas más en el mundo?

— A una gitana salvaje, cuyo cuerpo está bajo el mío en este instante. No me excites otra vez. Tengo que ir al trabajo, a asegurarme de que todo marcha bien. Pero antes, tengo que pasar a ver a Natalie. Y a Sam. Pobre hombre, con lo que habla, y con las mandíbulas inmovilizadas. Va a ser terrible cuando pueda hablar de nuevo —dijo, sonriendo afectuoso al recordar, mientras se levantaba de la cama.

Ella se quedó mirándolo.

— Me alegro de que tengas tan buenas relaciones con tu familia. Hay muchas en las que no ocurre eso.

— Me siento muy solitario, viviendo solo.

— ¿Podrías vivir aquí?

El contempló la femenina habitación.

— No hay suficiente espacio de armarios.

— Yo no estoy segura de que pudiera vivir en tu casa. Me ahoga.

— Construiremos otra después de casarnos.

Ella se dejó caer otra vez sobre la cama, suspirando.

— Ya tenemos otra vez el obstáculo.

— Ah, por cierto, mis padres van a venir esta mañana, un poco más tarde.
— ¿Qué? — preguntó ella quedo; luego, con estridencia añadió —: ¿Qué has dicho?
— Sólo que mis padres van a pasar por aquí más tarde. No es para tanto — dijo él, sorprendido.
— ¿Que no es para tanto? ¡Oh, Dios mío! ¡Tenías que habérmelo dicho antes! — salió gateando furiosa de la cama.
— ¿Pero qué ocurre? — estaba perplejo.
— ¿Que qué ocurre? ¡Pues que tu madre va a pensar que soy un desastre!
— No, qué va. Le gustas.
Ann le preguntó al techo:
— ¿Cómo puedes ser tan obtuso?
— ¡A mi madre le gustas! ¡La acuarela le pareció brillante!
Ann cruzó los brazos y dijo con gran paciencia:
— La acuarela te representa ti. A ella le gustas, así que le gusta esa acuarela de ti.
— Bueno, evidentemente. Es mi madre. No le queda más remedio. Tengo que gustarle.
— No me había dado cuenta de que había partes de tu inteligencia tan dañadas. El estaba asombrado,
— ¿Por qué estás tan disgustada?
— Cualquier mujer desea la aprobación de la madre del hombre que ama. Es... El sonrió ampliamente.
— ¿Deseas su aprobación? ¿Estás nerviosa?
¡Parecía encantado!
Ella le lanzó una mirada severa. Luego se puso a rebuscar furiosa entre su vestuario. No encontraba nada adecuado. Lo miró, desesperada. El sonrió, ella dijo gélida:
— Te desprecio.
El se echó a reír alegre. Ann le lanzó un cepillo con poca fuerza y salió de la habitación. El estaba cada vez más encantando y fue a ducharse, silbando tranquilo.
Cuando salió de la ducha, afeitado y vestido, Ann le tenía preparado un enorme y sabroso desayuno. Evitando su beso, pero no su satisfacción palmadita en el trasero, ella fue a ducharse a su vez.
Estaba de pie bajo la humectante y deliciosa ducha, sumida en gran melancolía, cuando él entró en el cuarto de baño. Abrió la puerta, cerró el agua, la secó y la besó.
La miró a los ojos.
— Si no le gustas, renegaré de ella.
— Limpiaré toda la casa. Lo prometo. ¿Cuándo llegan las niñas?

— Voy a buscarlas ahora mismo: las llevaré al hospital y luego las traeré aquí. Tardaré más o menos una hora y media. No te apures, mi amor. Me gustas tal como eres.

Ella lo miró a los ojos y supo que valdría la pena todo esfuerzo.

Clint la besó otra vez, suspiró, sonrió y le dijo:

— Haces que me sea muy difícil dejarte aquí. Si me guiñas el ojo, tal vez deje el trabajo.

— No llevo puesta la lentilla.

— Me alegro. Pórtate bien.

Y se marchó.

Ella se puso inmediatamente al trabajo. Limpió y ordenó su habitación, y luego se metió con la cocina, hasta dejarla reluciente. A continuación, se puso unos discretos pantalones anchos y una blusa. Se sujetó el pelo en un moño y estuvo lista.

Clint llevó a las niñas. Ellas irrumpieron en la casa como si fuera el viejo hogar, llenas de exuberancia.

— ¡Mamá ha abierto los ojos! Nos ha visto. ¡Está despierta!

Y por un breve minuto, Ann olvidó la inminente visita de la señora Burrows.

Pero entonces Clint le preguntó, con ojos tiernos:

— ¿Quieres que venga yo con mis padres?

Ella se puso rígida y negó con la cabeza.

— No, no. No, no, no. Qué tontería. Puedo arreglármelas.

— Ella es muy linda.

— Ya lo sé.

— Si resulta que tiene una crisis de mediana edad y se pone desagradable, tírala al estanque. Tengo comprobado que los estanques pueden ser de lo más sedantes.

— Oh, Clint... — dijo ella, sacudiendo la cabeza y ofreciéndole una sonrisa trémula.

El acercó su cabeza a la de ella y susurró:

— No sé si se da cuenta, señorita Forbes, pero resulta que tiendo a gustarle un poco.

— Bah, pero es muy, muy poco, y sólo como alivio sexual.

Aquello le encantó a Clint, que estalló en carcajadas, mientras las niñas bullían a su alrededor.

— ¿De qué te ríes tanto? ¡Cuéntanoslo!

El les dijo:

— Pórtense bien. Y cuiden a Ann. ¿Vengo al mediodía a almorzar?

— Emparedados de mantequilla de cacahuete y de jalea — dijo Ann, alzando la barbilla.

— Es evidente que encontraste el truco de la alimentación del mundo subadolescente. Traeré hamburguesas para todo el mundo. ¿De acuerdo niñas?

Ellas mostraron su júbilo.

— Clint. ¿Cuándo?

El miró el reloj.

— Son sólo las ocho y media. Todavía falta un par de horas.

Ella respiró hondo. El le puso una mano en el hombro.

— He estado tres días sin ir al trabajo. No va a pasar nada si falto otro medio día. Puedo ir a media mañana.

— No, naturalmente que no. Vete al trabajo. Me las arreglaré sola.

— Esta es mi chica.

La besó y, de camino a la puerta, se despidió alegre de las niñas.

Como a Ann le gustaba cuidar de las cosas vivas, las plantas que Clint puso en su estudio habían crecido llenas de fuerza. Ann contempló la gran sala. Sus útiles de pintura no eran sucios. Eran sus herramientas de trabajo.

Con la entusiasta ayuda de las niñas, se puso a ordenar sus dibujos. El tiempo pasó volando.

El timbre de la puerta sobresaltó a Ann. ¿Ya eran las diez y media y la madre de Clint estaba allí?

Miró a las niñas. No estaban tan limpias como cuando llegaron y ella tampoco. Llena de pavor, se levantó y fue a la puerta, seguida de las niñas.

Era la familia Burrows... la mayoría de sus miembros. Ann sonrió forzada y los hizo pasar. Como todo el mundo, se quedaron impresionados con el biombo chino.

Oyó su voz. Clint estaba allí. Finalmente entraron en el estudio, hablando todos, las voces de las niñas mezcladas con las de los adultos. Ann deseó meterse bajo las piedras. El estudio estaba peor que nunca. Buscó con la mirada a Clint. El por fin asomó la cabeza por detrás del biombo y sonrió mientras miraba a su alrededor.

— Estábamos ordenando las cosas — explicó ella pesarosa —. Pero llegamos a las ilustraciones que hice para un cuento de niños y me puse a contarlos — su mirada se aferró a la de Clint.

Sus parientes lo miraban todo, admirando los dibujos y escuchaban las explicaciones de las niñas. Todos sonreían. Ann los observaba ansiosa. Incluso la hermana de Sam, Lucy, estaba allí. La señora Burrows estudiaba los cuadros de las paredes, en especial la gran acuarela de Clint que hizo ella una vez. También estaba una señora mayor a la que no conocía. Todo eran gestos de asentimiento y sonrisas. ¿Eran sonrisas sinceras o sólo amables?

Entonces Ann vio que una de las niñas había dejado abierta la puerta del dormitorio y todo el mundo podía ver la habitación seductora. Ann se sentía expuesta como una mujer caída en pecado. Aquella era la guarida de la tentadora. La señora Burrows arrancaría a su hijo de sus garras; Ann lo sabía.

¿Tan pusilánime era como para abandonar? ¿Acaso no valía la pena la lucha? ¿Acaso no lo amaba? Miró a Clint y se dio cuenta de lo mucho que significaba para ella. Muchísimo.

Si se sentía segura, podía dominar la situación y podía hacer lo que se propusiera.

— Me alegro de que hayan venido todos — comentó —, sobre todo porque significa que Natalie y Sam se encuentran mejor. Son muy afortunados por tenerlos aquí a todos, comunicándoles fuerza.

— Y Clint es afortunado de tenerte a ti — dijo su madre, sonriendo —. Traje conmigo a una vieja amiga. Estuvo trabajando en la editorial para la que hiciste las ilustraciones infantiles. Te recuerda bien y se alegró tanto al enterarse de que te conocíamos, que me pidió venir con nosotros. ¿Te importa?

Y Ann miró a la desconocida.

— No, no, en absoluto. Estoy encantada.

— Ann, te presento a Mildred Henshaw.

— Llámame Millie. Soy una admiradora tuya. Es maravilloso poder ver tu estudio. ¿Te importa si echo una ojeada?

— En absoluto.

Salieron al jardín y nadie se escandalizó ante su aspecto salvaje, como temía Ann. Todos se relajaron y se sentaron para comer las hamburguesas que llevó Clint. Fue muy agradable y la familia del abogado se mostró muy cariñosa con Ann. Lucy le dijo de un modo muy natural:

— Quería llevarme a las niñas conmigo a Montana hasta que Natalie y Sam se recuperen. Pero Clint me ha dicho que tú puedes ocuparte de ellas. Estarían más cerca del hospital y tú te quedarás con ellas hasta que puedan regresar a casa. Yo no pensaba que una artista tuviera la estabilidad suficiente para eso, pero ahora veo que las niñas estarían más a gusto contigo. A cualquier niño le gustaría vivir aquí.

Aquello sorprendió en verdad a Ann. ¿Clint la había comprometido? ¿Por todos los santos, empezaba a dar muchas cosas por hechas! ¿Cómo se atrevía a decidir por ella! Le lanzó una mirada fría mientras decía:

— Es una lástima que vivas tan lejos. Ha sido un detalle que vinieras a buscarlas. Debes quererlas mucho. ¿Tienes hijos?

— No, trabajo. Pero podría conseguir un mes de permiso. Me hubiera gustado ayudar, pero contigo aquí, no me necesitan.

Ann percibió en el tono de voz de Lucy cierta tristeza.

— ¿Te gustaría quedarte una temporada aquí? ¿Antes de regresar? Tendrías que compartir la habitación conmigo, pero podríamos meter una o dos camas más para las chicas, y puedes conocerlas mejor.

El rostro de Lucy se iluminó.

— ¿Un par de días? Me encantaría.

Qué solitaria estaba Lucy. Fue entonces cuando Ann supo que, si no corría el riesgo con Clint, ella también acabaría igual. Miró a Clint. La estaba contemplando. Ella le sonrió. El le guiñó lentamente un ojo, haciéndola reír.

— Qué risa más bonita tienes — dijo el señor Burrows, acercándose —. Clint es un hombre afortunado.

— Sí, y muy seguro de sí mismo.

El señor Burrows se rió entre dientes.

— ¿Te ha dicho ya que vas a casarte con él?

— Sí. Pero aún no le he dado una respuesta.

— ¿Te casarás?

Ella sonrió al imperativo padre de su arrogante amor.

— Es probable.

— El lo da por sentado. Deberías oír los planes que tiene para ti. No me extrañaría que te arrastrara hasta el juzgado si fueras tan arisca y poco solidaria como para negarte.

— Probablemente — repitió y sus ojos danzaban,

— Será un placer tenerte entre nosotros. Tus padres son muy amables.

Estuvimos con ellos un rato anoche; fueron al Hotel a visitarnos.

— ¿En serio?

Ann se quedó sorprendida y muy conmovida. ¿Hicieron eso por ella? Tenía que haber sido cosa de Mary. Bendita Mary.

Clint se acercó a ella.

— Realmente tengo que irme. ¿Me acompañas al coche?

Mientras salían, ella le dijo:

— Al parecer, me he ofrecido como voluntaria para cuidar a las niñas hasta que Natalie y Sam se recuperen.

El asintió distraído.

— Podías habérmelo dicho antes — añadió ella.

— ¿No quieres? — pareció alarmado.

— Naturalmente, esa no es...

— Entonces, ¿cuál es el problema?

— Es sólo que...

— ¿Estás molesta conmigo? Sabía que no te importaría. Eres parte de la familia.

Ella lo corrigió:

— La familia ampliada. Lucy se va a quedar conmigo y las niñas un par de días.

— ¿Aquí? ¿Cómo? Sólo está nuestra cama.

— Vamos a traer otras dos para nosotras, y las niñas van a dormir en la cama grande.

— ¿Es una venganza por no haber preguntado antes?

— Cielos. ¿Cómo iba yo a urdir una cosa así?

— No me gusta este arreglo en absoluto. Vamos a tener que pensar otra cosa.

Ella se inclinó hacia Clint.

— Lucy está muy sola. Quiere conocer mejor a las hijas de Sam.

— Pueden quedarse en mi casa.
— ¡Entonces todo el mundo sabría que nos acostamos juntos! — protestó ella.
— Bueno — dijo él, con un suspiro resignado —. Entonces no queda más remedio que casarnos. Todo el mundo está aquí, de todas formas. ¿Por qué desaprovechar la oportunidad? ¡Piensa en el dinero que se puede ahorrar en gastos de viaje!

Así que Ann se encontró casada otra vez dos días después. Sharon se encargó de los canapés. Mary fue la dama de honor; Rick, el padrino. Y todo el mundo se lo pasó estupendo. Lucy estuvo encantada de encargarse de las niñas mientras ellos dos se iban de luna de miel.

Naturalmente, las niñas querían ir con su tío Clint y su nueva tía Ann, y no entendían por qué no podían. Pero aceptaron quedarse en casa de la tía Ann con la tía Lucy. Y allí tenían el estanque, a Mac, y toneladas de arena, que fueron entregadas un día antes de la boda.

Mac creyó haber llegado al paraíso de los gatos. Fue así que al fin consiguieron estar ellos dos solos en la luna de miel. Fueron a St Louis a ver la casa de Sam y Natalie, revisar la correspondencia y buscar alguien que cuidara el jardín mientras ellos estaban fuera. Y usaron la casa de ellos mismos durante varios días.

Estaban en la cama de aquella casa grande y tranquila, cuando Ann le dijo a Clint:

— No puedo creer que esté casada contigo.
— ¿Esperabas que viviera en pecado el resto de mis días? — dijo él en broma, mientras su dedo trazaba círculos sobre el cuerpo desnudo de Ann.
— No soy muy ordenada — aseveró la chica.
— Ya lo sé.
Le lanzó una mirada algo indignada, pero sintió necesidad de añadir.
— Soy realmente un poco... arrogante.
— Sí — mostró él su acuerdo.
Ella apretó los labios, pero dijo lo que le quedaba por decir:
— Soy una solitaria.
El se rió.
Ella se levantó, enojada, pero él se limitó a indicar que no podía decir que estuviera muy solitaria en ese momento. Ahora era parte de una pareja.
— Somos muy diferentes — insistió ella.
— En eso tengo que darte la razón — dijo con voz ronca mientras sus manos descendían aún más —. Somos muy diferentes.
— Si eras consciente de que no éramos idóneos el uno para el otro, ¿por qué dijiste que me amabas?
— Te amo.
— ¿Por qué?

— Eres más que esas cosas que dices que eres. Eres apasionada, responsable, divertida, amable. Y amas a los niños... y a mí.

— Me dijiste que era una amante fabulosa.

El dijo en tono instructivo:

— Eso no es un rasgo de carácter, es una habilidad.

— ¿Crees realmente que esta mujer frígida tiene alguna habilidad para hacer el amor?

— La estoy enseñando — replicó él con tono plácido.

— No me toques allí, estoy intentando mantener una conversación seria.

Estamos casados. No estoy muy segura de cómo pudo ocurrir esto tan rápido. No estoy convencida de que vaya a funcionar.

— Nos las arreglaremos. Tenemos lo básico en común.

— ¿Qué es lo básico?

El la besó larga y maravillosamente, moviendo su lengua y sus manos ávidas sobre ella. Ella suspiró y gimió. El sonrió.

— ¿Crees que esto es lo más sensato que podemos hacer? — inquirió ella, jadeante.

— Sí.

— Pero Clint, ¿qué hay de las diferencias?

— Lo solucionaremos todo. Tú no te separes de mí. Podemos hacer cualquier cosa... juntos — esa última palabra la pronunció con una convicción suave e intensa.

Y a continuación le mostró algunas de las cosas que tenían en común.

FIN